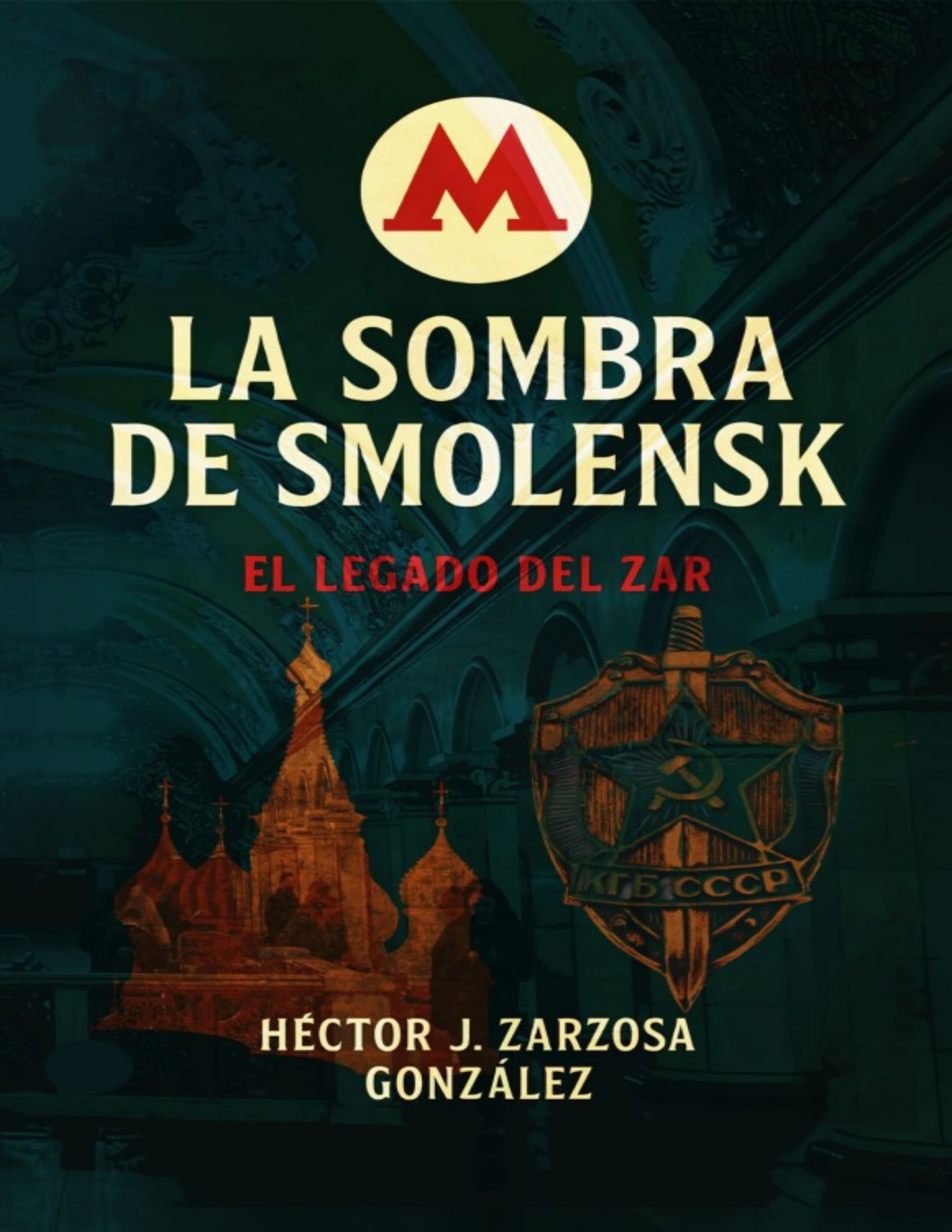
LA SOMBRA DE SMOLENSK

EL LEGADO DEL ZAR



HÉCTOR J. ZARZOSA GONZÁLEZ

LA SOMBRA DE SMOLENSK

El Legado del Zar

Héctor J. Zarzosa González

ZarCryED
SELLO EDITORIAL

Derechos de autor © 2026 Héctor J. Zarzosa González

Título Original: La Sombra de Smolensk
Subtítulo: El Legado del Zar

© 2026. Héctor Juan Zarzosa González
Todos los derechos reservados.
Publicado independientemente. Madrid, España
Registro de la Propiedad Intelectual. Ref.: 09/138889.9/26

Esta obra apoya y promueve la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual fomenta la creatividad, impulsa la diversidad en el ámbito de las ideas y del conocimiento, protege la expresión individual y contribuye al desarrollo de una cultura viva y plural. Gracias por adquirir una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual, evitando reproducir, distribuir o comunicar públicamente cualquier parte de esta obra sin el permiso expreso de su autor. Con ello contribuyes a que la creación literaria continúe siendo posible. De conformidad con lo dispuesto en la Ley de Propiedad Intelectual, aprobada mediante el Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril, en su redacción vigente, el autor se reserva todos los derechos de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra por cualquier medio, incluidos sistemas de lectura mecánica, digital o de naturaleza análoga. Asimismo, y según establece el artículo 67.3 del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, el autor mantiene sus derechos sobre el uso y la disposición de los ejemplares remanentes de cualquier edición, en los términos legales establecidos. Para solicitudes de permisos, licencias o usos autorizados de fragmentos de esta obra, puede contactar directamente con el autor en: libros.hector.zarzosa@gmail.com

ISBN: 978-84-09-82834-0
Depósito Legal: M-4804-2026

Mi gratitud más profunda a quienes, desde su conocimiento, sus experiencias vitales, su generosidad intelectual y su mirada crítica, ampliaron mi comprensión del mundo y contribuyeron de manera decisiva a dar vida a estas páginas.

Personas procedentes de distintos lugares —España, Reino Unido— cuyos aportes, conversaciones y matices dejaron una huella silenciosa pero esencial en el desarrollo de esta historia: Elena V., Steve C. y muchos otros.

A todas ellas, gracias por compartir ideas, recuerdos y perspectivas que enriquecieron el trasfondo humano y emocional de esta novela.

Y, finalmente, quiero dedicar esta obra de manera muy especial a Andrea Cryan. Impulso decisivo para comenzar esta historia, fuerza constante para sostenerla y luz que acompaña cada una de sus páginas y también el día a día. Su presencia, su confianza y su forma de mirar el mundo han sido el cimiento sobre el que este libro se ha construido.
Sin ella, nada de esto habría sido posible.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
El Eco de la mentira
1. Vladislav
2. Geometría de una farsa
3. Raíces junto al lago Hoàn Kiếm
4. El recluta inadvertido
5. Llegada a Moscú
6. El tablero del Cantábrico
7. Bajo la ciudad
8. El espejo del cazador
Bajo el oso de hierro
9. Puerta a Volkhov
10. La estación fantasma
11. La revelación
12. El murmullo del Monzón
13. El mercado de las sombras
14. La huida del miedo
15. Juramento en la oscuridad
16. La emboscada turca

17. La persecución continúa
18. Refugio del pasado
El precio del silencio
19. La traición de la sangre
20. El Río de la Plata
21. El cardenal
22. El último muelle
EPÍLOGO. Cinco meses después
NOTAS
Acerca del autor

AVISO

Esta obra es una ficción. Los personajes, los hechos y las situaciones que en ella se narran nacen de la imaginación del autor. Las referencias históricas, citas o datos reales que aparecen a lo largo del relato se incorporan únicamente con fines narrativos y explicativos, al servicio de la historia.

Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es fruto de la coincidencia. Del mismo modo, los nombres de lugares, marcas o productos se emplean exclusivamente como elementos narrativos, sin intención alguna de reflejar la realidad ni de establecer vínculos con ella.

"El secreto de la existencia humana no sólo está en vivir, sino también en saber para qué se vive"

Fiodor Dostoyevski

EL ECO DE LA MENTIRA

1. VLADISLAV

La delicada lluvia, esa que los londinenses ni siquiera se molestan en nombrar, cubría las calles de Kensington[1].
Era 2025, y Londres seguía fingiendo normalidad con la misma obstinación de siempre.
Vladislav Petrov, a sus cincuenta y cinco años, encontraba una paz discreta en aquel espectáculo cotidiano. Era un entorno muy distinto al de su infancia. Un caleidoscopio de recuerdos fragmentados entre la humedad asfixiante de Hanói y la brisa salada de Montevideo.

Su estudio parecía pulcro a primera vista, pero el escritorio lo delataba: documentos apilados junto al portátil. En la estantería, una foto de su hija Anya en la graduación lo miraba con la distancia de los años.

Vladislav se pasó los dedos largos por el pelo entrecano, ya poco poblado. Las noches en vela hablaban por sí solas. La complexión que en su juventud había sido atlética empezaba a ceder, en parte por una vida más sedentaria, lejos del ajetreo de perseguir noticias.

Se sirvió otra taza de té, ya frío. Estaba terminando un artículo de análisis para una revista de geopolítica sobre la influencia energética rusa en los Balcanes, una de esas colaboraciones esporádicas que aún aceptaba por prestigio y por inercia profesional. No era periodismo de calle ni investigación incómoda: solo opinión informada, bien pagada y sin riesgos.

Pero, en esas noches tranquilas, la pantalla le devolvía una versión de sí mismo demasiado cómoda.

Su teléfono vibró sobre la mesa de roble. Un zumbido sordo e insistente quebró el hechizo de la tranquilidad. No era una llamada, sino una notificación de correo electrónico.

Vladislav se inclinó para recoger el teléfono.

—¿Qué demonios es esto? —dijo al ver la notificación desplegada en la parte superior de la pantalla.

El remitente era una cadena de caracteres alfanuméricos sin sentido, una sucesión de letras y números fríos como una matrícula de chapa:

«KL-7342@230222.com»

—Spam… —estuvo a punto de eliminar el mensaje. Pero algo, una corazonada incómoda, le detuvo el dedo en el aire.

Como periodista especializado en los oscuros asuntos de la política, estaba acostumbrado a fuentes anónimas, a mensajes cifrados y a conversaciones en habitaciones de hotel con las cortinas corridas. Pero esto… esto era demasiado frío, demasiado directo.

Un recuerdo, mínimo como el vuelo de una brizna, le rozó el oído. Era la mano de su madre trazando en el aire la silueta de un ala. No debía significar nada. Sin embargo, cada vez que ella tenía miedo, ese gesto típico de un pájaro aparecía. Y ahora, sin saber por qué, a él también.

Vladislav apartó la imagen con un manotazo mental. Había aprendido a ignorar señales que no entendía.

Sentía que no debía abrirlo.

Y aun así lo hizo.

Con un dedo que de pronto notó pesado, abrió el mensaje. Aparentemente no había saludo, ni texto, ni firma. Solo un archivo adjunto:

«foto_1976.jpg»

El móvil vibró de nuevo. Esta vez no era un mensaje, sino el aviso insistente de una llamada entrante.

«Anya».

Dudó un segundo, como quien amaga con saltar al agua helada y retira el pie.

Aceptó la llamada.

—Vlad… papá —la voz de su hija sonó clara, distante—.

—¿Estás… bien?

—Sí —susurró, cerrando la tapa del ordenador portátil.

—Hace ya mucho tiempo que no hablamos… Me han dicho que el embajador de… —vaciló—. Solo… no trabajes tanto.

Vladislav apretó el móvil con demasiada fuerza.

—¿Anya? ¿Pasa algo?

Un silencio breve, cargado de misterio.

—Nada que deba preocuparte.

La llamada se cortó antes de que él pudiera preguntarle por qué su voz arrastraba ese aire de nerviosismo y nocturnidad.

La pantalla volvió a mostrar el correo con la imagen adjunta. Parpadeó y respiró hondo.

Hizo clic.

Al descargarla, la pantalla se llenó con una fotografía en blanco y negro, granulada y deteriorada por el tiempo.

La escena era tropical. Se notaba en la luz cegadora y cruel que bañaba los contornos y proyectaba sombras sobre las figuras. Al fondo, se intuía la frondosa vegetación de unos árboles bàng[2] meciéndose en una brisa invisible, y la barandilla de hierro verde y familiar, de un puente sobre el lago Hoàn Kiếm[3].
El aire se le heló en los pulmones.
Un latido violento y primitivo le golpeó el pecho como un ariete.
Reconoció a sus padres al instante.
A su madre, Irina, con un vestido claro de flores que le llegaba por la rodilla, el pelo oscuro recogido en un moño que dejaba al descubierto su cuello esbelto. Sonreía, pero su sonrisa era tímida, forzada, un gesto que rara vez había visto en sus últimos años, marcados por una tristeza instalada en su rostro como una segunda piel.
A su lado, su padre, Yuri, más alto, con el torso ancho enfundado en una camisa clara y un brazo posesivo, casi protector, alrededor de los hombros de ella. Lucía un bigote fino y su mirada, fija en el objetivo de la cámara, era segura, casi desafiante, la misma con la que Vladislav lo había visto enfrentarse a cualquier obstáculo, ya fuera una factura o un reproche de su mujer.
Estaban en Hanói. Lo supo no solo por el lago. También por el espíritu mismo de la foto, por la claridad de la luz filtrada por la humedad. Solo la había conocido en su primera infancia, y ahora le quemaba los ojos.
Pero no eran sus padres lo que lo dejó sin aliento.
Una oleada gélida golpeó su nuca.
Había una tercera persona.
Se situaba un paso detrás de su padre, un hombre delgado, espectral, con un traje claro que le quedaba holgado, como prestado, el pelo oscuro peinado con una raya al lado impecable y demasiada brillantina. Sus ojos, hundidos en sus órbitas y de un color claro incluso en la foto descolorida, transmitían una frialdad inquietante, una inteligencia astuta que contrastaba de un modo grotesco con las sonrisas, ahora falsas, de los demás.
Dmitri Aleksandrovich.

Vladislav había investigado ese nombre años atrás, al rastrear los vestigios del KGB[4], en la política moderna. Un halcón de la antigua guardia del que se decía, en mentideros, que había estado en Hanói durante años críticos, supervisando… algo. Nunca se habían aclarado sus funciones, porque hombres como él solo dejaban leyendas y cadáveres.

Sus padres, sonriendo en una actitud relajada y familiar, junto a un halcón del KGB en Hanói, en 1976.

La ecuación era sencilla.

Y su solución, devastadora.

Su infancia en Hanói, esos seis años antes de que la familia se trasladara inesperadamente a Montevideo, siempre había sido un recuerdo difuso, teñido de la nostalgia dorada del sol, el mar y los olores embriagadores de la calle.

Sus padres —«asesores técnicos» para el gobierno vietnamita, siempre bajo esa vaga y tranquilizadora denominación— habían sido esquivos como peces cuando se trataba de hablar de su trabajo. Él, niño, había asumido que era algo aburrido, administrativo, relacionado con la «reconstrucción de infraestructuras» o algo por el estilo.

Esta foto, la camaradería que irradiaba, convertía en mentira la versión edulcorada de la historia diseñada para él —el hijo, el último eslabón—.

Con manos que denotaban una pizca de temblor, subió la fotografía a una herramienta de mejora de imagen. Era una de esas que prometen milagros con inteligencia artificial.

Amplió la imagen hasta que los píxeles empezaron a desdibujarse y se convirtieron en una tormenta de grano.

No había margen para la duda.

Dmitri no solo estaba allí. Tenía la mano izquierda apoyada en el hombro de su padre con una familiaridad que no era diplomática, sino de compartir un secreto, una misión, una vida en la sombra.

Eran colegas.

Eran, probablemente, camaradas.

La palabra le resonó en el cráneo con un eco metálico.

En la parte inferior de la foto, finalmente, apareció un texto. Solo había una línea, en un español con un leve «acento» que él no pudo identificar. Parecía traducido por una máquina o por alguien que no era nativo, quizá alguien que pensaba en cirílico:

No eran lo que piensas

La frase le golpeó con la fuerza física de un martillo, aplastándole el pecho con una violencia inesperada.
Hundió la espalda contra la silla —que crujió protestando—, su vista perdida en la pantalla, que ahora parecía un portal abierto a un pasado familiar envenenado.
El zumbido lejano de Londres —el rumor anónimo del tráfico, la sirena de una ambulancia que se alejaba— desapareció, reemplazado por un rugido interno de preguntas sin respuesta que se estrellaban, una y otra vez, contra los diques de su memoria.
¿Asesores técnicos?
¿O agentes encubiertos del KGB?
¿Por qué mentirle?
¿Por qué ocultarle una vida entera, una identidad completa?
¿Y qué significaba eso para él, para su propia historia, para la sangre que corría por sus venas?
La imagen le devolvió no solo el rostro de sus padres, sino también una escena enterrada, resucitada con la violencia de una explosión.
Él, de niño, buscaba a su padre entre sacos de arroz en un almacén fluvial junto al Río Rojo[5]. Escuchando conversaciones de adultos que se cortaban en seco al aparecer él en la escena. Recibiendo una mirada de su padre que no era paternal, sino profesional, evaluadora.
En aquel momento no lo entendió.
Siempre había pensado que los trabajos de sus padres eran negocios aburridos, de trámites de sus «asesorías».

Ahora, esa escena inocente se teñía de un significado siniestro, se transformaba en un fragmento de una conspiración mucho mayor, en la que él había sido un peón sin saberlo.
Miró de nuevo la foto en la pantalla.
La sonrisa de su madre ya no le parecía tímida, sino tensa: la de alguien que aguanta una máscara que le oprime la cara.
La mirada de su padre no era seguridad, sino la vigilancia constante de un hombre que vive una mentira las veinticuatro horas del día, la hipervigilancia del espía que nunca puede bajar la guardia.
Y los ojos de Dmitri…
Esos ojos claros y hundidos parecían atravesar la pantalla y el tiempo, burlándose de su ignorancia, de su cándida construcción de la realidad.
El gran periodista que era se puso en alerta máxima, un mecanismo de defensa profesional que se activaba ante la conmoción personal.
Esto era una bomba.
No una bomba política destinada a las primeras páginas de un diario, sino una bomba dirigida directamente a los cimientos de su identidad.
Alguien quería que supiera. Alguien que conocía su pasado, su profesión, su correo personal.
¿Quién?
¿Un viejo enemigo de sus padres surgido de la tumba del tiempo?
¿Alguien del FSB[6] que quería manipularle, enredarle en sus juegos?
¿Un colega periodista jugando sucio, una venganza por algún trabajo pasado?
Las posibilidades eran un torbellino en su mente.
Se levantó, las piernas algo inestables, como de goma, y se acercó a la ventana.
Apoyó la frente contra el cristal cortante, sintiendo el latido de sus sienes contra la superficie lisa.
La lluvia había arrastrado la niebla sucia de la ciudad, dejando las calles brillantes y negras, como ríos de alquitrán.
Pero ahora el mundo exterior le parecía hostil, lleno de ojos ocultos en la penumbra. Cada faro de un coche que giraba una esquina,

cada ventana iluminada en el edificio de enfrente podía esconder al que le había enviado aquello. Se sintió observado y vulnerable. Su apartamento ya no era un refugio.
Volvió al escritorio y actuó por instinto: guardó la foto en un soporte cifrado, borró el correo y abrió una carpeta segura en la nube con un nombre inofensivo.
Luego escribió solo tres líneas —como si fueran un titular—: quién se la enviaba, por qué ahora y qué sentido tuvo el traslado a Montevideo en 1979.
Cerró el portátil.
No era una noticia: era un billete de ida.
Se dejó vencer sobre la silla, observando la lista en la pantalla.
Parecía el esquema de uno de sus artículos, crudo y metódico, pero esta vez el tema central, la fuente primaria, era su vida.
No necesitaba entenderlo todo esa noche.
Necesitaba un nombre.
Se levantó nuevamente, incapaz de estarse quieto, de contener la energía nerviosa que lo recorría. Caminó hasta una estantería baja, junto al sofá, y sacó un viejo álbum de fotos familiar, forrado en terciopelo. Rara vez lo miraba; era un ataúd de recuerdos demasiado dulces para el presente.
Las páginas, al pasarlas, desprendían un olor a papel viejo y pegamento seco.
Allí estaban: más fotos de Vietnam.
Su padre, con su típico traje blanco impecable, en lo que parecía una recepción oficial.
Buscó en ellas señales: en la postura de las personas al fondo, en la sombra de una palmera.
¿Era el hombre que estaba junto a su padre en aquella foto del lago un agente?
Cerró el álbum bruscamente, con un golpe seco.
Así no llegaría a ninguna parte.
Estaba contaminando sus propios recuerdos con la sospecha. No podía permitir que la paranoia borrara lo poco que creía saber.
Sus ojos se dirigieron al teléfono, inerte sobre la mesa.

La necesidad de hablar con alguien que le anclara a la realidad, era casi física, una presión en el pecho.
Desbloqueó la pantalla y buscó en sus contactos, la agenda digital de su vida.
Su dedo se detuvo, tembloroso, sobre el nombre de Anya.
Sopesó brevemente el daño potencial de reiniciar la llamada de hacía unos instantes, el riesgo de arrastrarla a la sombra.
¿Qué iba a decirle?
«Hola, hija, creo que tus abuelos, a los que apenas conociste, eran espías y alguien nos está vigilando.»
La alejaría aún más, la marcaría con la misma desconfianza que ahora lo corroía a él.
Además, si había el más mínimo riesgo, una brizna de peligro, era su deber primordial, su legítimo acto de padre, mantenerla lejos de esto, en la luz.
Con una expresión de amargura, dejó el teléfono a un lado, sintiendo el peso de la soledad como una lápida.
La alternativa era la acción.
El periodista tenía que imponerse al hijo confundido y asustado.
Era la única armadura que tenía.
Encendió un segundo ordenador, una «máquina limpia», que usaba para navegaciones anónimas a través de una VPN —una red privada virtual— que serpenteaba por servidores de medio mundo.
Esta vez, además, abrió Tor Browser[7], su puerta habitual a la dark web, donde los cauces legales se diluyen y la información circula como humo.
Comenzó una búsqueda metódica, obstinada, sobre Dmitri Aleksandrovich. Los datos públicos eran escasos, antiguos, desvaídos como la propia foto.
Aparecía en alguna lista de delegaciones comerciales soviéticas, siempre en puestos secundarios, raras veces decorativos, pero su nombre suscitaba menciones fugaces en libros sobre el KGB escritos por disidentes o por periodistas temerarios.
Era una sombra, un hombre que sabía, por oficio y por instinto, cómo no dejar rastro, cómo ser un fantasma en los archivos del

tiempo.
Después de una hora de infructuosa búsqueda, de callejones digitales sin salida, solo había conseguido aumentar su frustración y la certeza de que se movía en aguas turbias.
Se masajeó los párpados, pesados como piedras.
La fatiga empezaba a ganar la batalla a la adrenalina.
Entonces, una idea cruzó su mente, un destello en la niebla.
Un nombre.
Peter.
Peter Durán, un influyente periodista uruguayo aún no retirado, un hombre de pelo blanco y sonrisa fácil, que había sido amigo de su padre durante sus primeros años en Montevideo, en esa época de reasentamiento.
Peter siempre había sido una fuente inagotable de historias coloridas sobre la política local y las intrigas internacionales que se cocinaban en las cafeterías de la Ciudad Vieja.
Incluso Vladislav creía recordar, con una claridad borrosa, haber visto a Dmitri en alguna de aquellas míticas tertulias.
El tiempo y la distancia habían terminado por tejer una telaraña de desconexión.
¿Sabría algo Peter?
¿Habría visto algo detrás de la fachada del «asesor técnico» Yuri Petrov?
¿O había sido, él también, una pieza involuntaria o consciente del engaño?
Recordó una tarde de 1985. Su padre, Yuri, hablaba con Peter en voz baja.
—No podemos seguir así, Peter. Cada semana es más difícil.
—Tú solo mantén la fachada. Ellos no quieren problemas. Solo información.
Vladislav, entonces adolescente, no entendió el significado.
Ahora, el recuerdo le alertaba.
¿Había sido Peter siempre parte del juego?
La posibilidad lo incomodó más de lo que esperaba. Tal vez había sido un error.

Recordaba a Peter Durán como el periodista afable que visitaba su casa en Montevideo.
Siempre traía libros, historias de Europa.
Su padre lo trataba con respeto, pero nunca con afecto.
«Peter es útil», decía Yuri, como si fuera una herramienta más que un amigo.
Vladislav, entonces joven, no lo entendía.
Ahora, cada gesto de aquel hombre adquiría un matiz dudoso.
Era un hilo del que tirar.
Uno muy débil, casi invisible, pero el único que tenía en ese momento en la mano.
No podía llamarlo por teléfono y preguntarle.
Si sus padres habían sido agentes, si Dmitri aún tenía tentáculos, sus líneas podrían estar pinchadas, o las de Peter.
No podía arriesgarse a alertar a nadie, a asustar a la posible fuente o a algo peor.
La única opción segura, la única manera de sonsacar la verdad sin filtros, era el contacto cara a cara, el lenguaje corporal y la conversación en un lugar discreto.
Y eso significaba viajar.
Volver a Montevideo, a la ciudad que lo había visto crecer en su segunda vida, y enfrentarse a los fantasmas en su propio territorio.
La decisión, tan drástica y repentina, le trajo una extraña calma, la paz del condenado que por fin oye la sentencia.
Tenía un objetivo, un camino a seguir, por nebuloso y peligroso que fuera.
Miró el reloj en la esquina de la pantalla.
Era tarde en Londres, la noche se había adueñado de la ciudad, pero aún era temprano en Uruguay, donde el día seguía en su plenitud.
Podría buscar un vuelo para dentro de un par de días, un billete de ida a las sombras.
Inventaría una excusa para su editor, una historia sobre el legado soviético en el Cono Sur que, irónicamente, ahora tenía una urgencia y una relevancia personal escalofriantes.
Tomó la maleta del altillo y la dejó abierta sobre la cama.
El golpe seco del cierre sonó como un disparo en la noche.

Se levantó con una determinación nueva y fue hasta el dormitorio.
Abrió el armario y empezó a sacar ropa, moviéndose con un propósito renovado, como un soldado preparándose para una campaña.
Mientras doblaba una camisa con su metódica precisión, su mirada se cruzó con la que reflejaba en el espejo del armario.
Los ojos que lo miraban denotaban aún la conmoción inicial, el desconcierto, pero también —naciendo de las profundidades— un brillo vítreo que no había visto en años, desde sus tiempos de reportero joven.
El hombre acomodado que oteaba el mundo desde la seguridad había mutuado, fulminado por ese correo anónimo.
En su lugar estaba alguien distinto, alguien dispuesto a mancharse las manos, a adentrarse en las tinieblas de su propio pasado para arrancarle la verdad, a cualquier precio.
—De acuerdo —susurró para su propio reflejo, su voz ronca y extraña en la habitación muda, un pacto sellado consigo mismo—. Vamos a jugar.
Fuera, la lluvia había cesado.
Vladislav, el hijo de Yuri e Irina, el padre de Anya, el periodista, se preparaba para regresar a las sombras de donde, al parecer, nunca había salido.
Cerró el archivo y apagó la lámpara.

◆ ◆ ◆

A miles de kilómetros, en Madrid, otra vida seguía inalterada. Otra rutina. Otra clase de ambición.
Y sin saberlo, estaba a punto de recibir un correo que anticipaba honores… y que podía ocultar grandes cambios.

2. GEOMETRÍA DE UNA FARSA

El sol de media mañana se colaba por el ventanal del apartamento de Juan, en el barrio madrileño de Chamberí. Iluminaba motas de polvo que danzaban como partículas de oro en suspensión.
Era un caos ordenado, el santuario de un soltero intelectual. Torres de libros junto a una estantería saturada de proyectos; entre ellas, un dibujo infantil destacaba como una nota de color. En la mesa, esquemas de infraestructuras costeras se extendían como mapas de mundos por conquistar, y una taza de café vacía, con el poso

amargo en el fondo, atestiguaba una larga noche de trabajo frente a la pantalla.

Juan Zarzúa, a sus cuarenta y tres años, observaba el monitor con una sonrisa incrédula. Medía cerca de un metro ochenta. Con el pelo castaño siempre peinado, sostenía su mirada marrón verdosa, mezcla de análisis y curiosidad. No mostraba ningún adorno, salvo su inseparable reloj. Llevaba los mismos pantalones chinos y el polo azul marino del día anterior: la armadura improvisada de quien ha librado una batalla nocturna contra el agotamiento y los últimos flecos de un proyecto que le había consumido meses sobre la recuperación energética mediante oleaje marino.

—No me lo puedo creer —murmuró, pasándose una mano por el cabello, ahora desordenado por la costumbre de rascarse la cabeza cuando las ideas no fluían.

Entre planos y cálculos, Juan había aprendido a narrar la ingeniería, a convertir cifras en historias. Aquella habilidad lo había llevado a firmar reportajes que cruzaban fronteras.

En la pantalla, un correo electrónico oficial del Comité del «Premio Internacional de Periodismo e Ingeniería» le confirmaba que era el ganador en 2025 por su serie de artículos técnicos «*Las energías y la implementación de la Inteligencia Artificial*».

El premio incluía un sustancioso cheque, una ceremonia de entrega en Moscú y, lo más valioso, un acceso sin precedentes a expertos e instalaciones energéticas rusas.

Era uno de los reconocimientos más importantes de su carrera: la culminación de años de bucear en datos, teclear en la sombra y hacer concesiones vitales y personales.

Sin pensarlo dos veces, como si un resorte interno lo impulsara, descolgó el teléfono y marcó el número de Elizabeth Carberry. Eli, amiga y compañera en dos proyectos como ingeniera, era la única persona capaz de comprender la magnitud de aquello, no solo para su afinidad profesional, sino para su alma.

El tono de llamada sonó varias veces, un martilleo rítmico en el silencio de la mañana. Justo cuando esperaba oír el impersonal buzón de voz, una voz femenina, un poco agitada, como si hubiera estado corriendo, respondió.

—Juan…, justo iba a llamarte. ¿Has visto…?
—El premio —la interrumpió él, incapaz de contener el torrente de entusiasmo—. Lo acabo de ver. Es una locura.
—Es más que una locura —la voz de Eli sonaba extraña, no solo eufórica sino con un deje de urgencia en sus palabras—. Necesito verte. Ahora.
—¿Ahora? ¿No podemos…?
—Ahora, Juan. En mi casa. Es importante. Tiene que ver con el premio, pero… es mucho más… grande.
Veinte minutos después, Juan llamaba al timbre de un piso luminoso en el glamuroso barrio de Salamanca. Eli le abrió la puerta. A sus treinta y nueve años, llevaba su pelo oscuro recogido en un moño informal del que se escapaban rizos rebeldes; con leggings y sudadera holgada parecía recién salida de la ducha.
Medía algo más de metro sesenta y se movía con una ligereza precisa, como si ya estuviera calculando el siguiente paso. Pero sus ojos, de un marrón intenso y casi siempre serenos, brillaban ahora con una excitación contenida que Juan no le había visto antes.
—Pasa —dijo, cerrando la puerta tras él con ímpetu, aunque con un golpe delicado.
El apartamento era un reflejo de ella: blanco, ordenado y elegante, con muebles minimalistas y estanterías repletas de libros de ingeniería y marcos de fotos. Algunas novelas delataban a la romántica oculta tras la analista. En el ambiente flotaba el aroma a café recién hecho y a la acidez fresca del pomelo.
—Enhorabuena, de verdad —dijo Eli, dirigiéndose a la cocina para servir dos tazas, al tiempo que esbozaba una sonrisa; una leve risa le iluminaba su redondeado rostro—. Tu trabajo lo merecía.
—Gracias —respondió Juan, siguiéndola—. Dime qué pasa, Eli. Tu voz por teléfono… Parecías…
—Asustada y emocionada a la vez —terminó ella, volviéndose y entregándole una taza. Sus dedos se rozaron un instante, un contacto breve que transmitió una chispa dejó en el aire una tensión inesperada—. Antes de nada, quiero que lo sepas: voy a ir contigo a Moscú para el premio. Y no solo por acompañarte… sino porque hay

algo más. Mi padre me llamó esta mañana, justo antes de que tú lo hicieras. Desde San Sebastián.
Juan asintió. Conocía un poco a Michael, Mr. Carberry, el padre de Eli, o su *aita*, como ella le solía llamar con un deje de ternura vasca. Un tipo amable, culto, de modales impecables y una erudición sobre historia mundial que podía resultar abrumadora. Un exdiplomático británico retirado que disfrutaba de una merecida paz en el País Vasco, entre libros y algunos paseos por la playa de La Concha.
—¿Y? ¿Le ha dado un ataque porque su hija se va a Moscú a recoger un premio con alguien que no conoce tan bien como a él le gustaría? —bromeó Juan, intentando aligerar la tensión que palpaba en el aire.
Pero Eli no sonrió. Su rostro se mantuvo serio, concentrado.
—Al contrario. Estaba… eufórico. Dijo que el premio era la coartada perfecta.
Bajó la voz, aunque estaban solos en el apartamento.
—Juan, el viaje a Moscú no debe ser solo por el premio.
—¿A qué te refieres?
—¿Recuerdas tus artículos sobre geopolítica de los gasoductos?
—Claro.
—Pues esto va de otra ruta. Una más antigua. Una que se remonta a la Segunda Guerra Mundial. Antes incluso.
Eli lo tomó del brazo y lo guio hacia el salón.
—Mi padre no era un simple diplomático, Juan —continuó—. Durante la Guerra Fría trabajó para el MI6[8] en labores de… inteligencia de baja intensidad, digamos.
En el rastreo de obras de arte y de tesoros saqueados por los nazis y que la URSS[9] nunca devolvió.
—Hay algo más concreto. Algo que mi padre persigue desde hace décadas. Los llaman los «Diarios de Smolensk»[10].
Juan se quedó en silencio, pero no era el silencio de quien procesa, sino el de quien se niega a creer. Retrocedió un paso, necesitaba ganar espacio.
—Espera. Espera. —dijo, alzando las manos en un gesto de parar—. ¿Diarios? ¿Smolensk? Eli, ¿estás diciendo que tu padre, Michael...

era un espía?
—Soltó una risa corta, cargada de nerviosismo—. Es... una locura.
—Lo era, Juan. Y esto no es una película —la voz de Eli era firme—. Es real.
Eli guardó silencio un instante. Hizo memoria y añadió: —La última vez que acepté un encargo sin verificarlo, un compañero acabó retenido durante horas en una sala sin ventanas. Oficialmente «no pasó nada».
Extraoficialmente, le reventaron la carrera… y la cabeza.
Juan le sostuvo la mirada y continuó escuchándola.
—Por eso, si vamos a Moscú, será con una regla: nada de terceros sin plan de salida. Los usamos, sí. Pero no les entregamos el control. Nunca.
Juan se pasó una mano por la cara, como si intentara apartar el vértigo.
—¡Pero si estamos hablando de Moscú! —protestó él, bajando el tono por instinto—. No de husmear en los archivos municipales. ¿Espionaje? Nosotros somos periodistas, ingenieros... ¿Sabes lo que les pasa a los «periodistas espías»? Se pudren en cárceles que no aparecen en los mapas. ¿Y por qué? ¿Por unos diarios antiguos que probablemente ni existan?
—Precisamente por eso —dijo Eli—: cobertura real, pasos medidos y salida prevista. Nada de heroicidades.
Su mirada se clavó en ella, desafiante, buscando un rastro de duda, un asomo de que esto era una broma pesada. Pero solo encontró una determinación férrea, tallada en el marrón de sus ojos. La euforia del premio se había evaporado, dejando en su lugar un nudo en el estómago.
Tras un tenso silencio en el que solo se escuchaba el pálpito de su propia sangre en los oídos, Juan notó cómo la negación inicial empezaba a ceder, no por convencimiento, sino por la abrumadora seriedad en el rostro de Eli. Con un suspiro que le quemó los pulmones, la pragmática curiosidad del ingeniero empezó a abrirse paso a través del miedo.
—De acuerdo —dijo Juan, cediendo, con un hilo de voz—. Supongamos que es verdad. ¿Y qué contienen exactamente esos

diarios...?
Eli se acercó al escritorio y abrió una carpeta con notas de su padre. En ella, había extractos traducidos, fragmentos atribuidos al Zar Alejandro I[11], escritos entre 1812 y 1815, durante los años más convulsos del Imperio ruso.
—Reflexiones personales, sí —dijo—. Pero también acuerdos secretos con otras potencias, menciones a pactos no registrados, mapas de rutas comerciales y militares, la ubicación de un depósito imperial oculto, y lo más inquietante: referencias a un plan global y a una reorganización. Según el Zar, todo esto debía permanecer fuera del alcance de cualquier gobierno futuro.
Juan arrugó la frente, el ingeniero tratando de cuadrar la leyenda con la lógica.
—¿Un plan? ¿Un tesoro? ¿Una reorganización?
—Más que eso —respondió Eli, y en sus ojos brilló un destello de esa fe que mueve montañas—. Es un legado. Un archivo que podría reescribir la historia diplomática del siglo XIX y del presente. Y si lo que mi padre cree es cierto, los nazis lo robaron en 1943, y el Ejército Rojo[12] lo capturó en 1945. Desde entonces, oficialmente, se «perdió». Está oculto. Silenciado.
Juan se pasó una mano por la cara.
La revelación, pesada como plomo, lo hundió en un abatimiento súbito.
Ya no se trataba de un premio.
Era una pieza de historia capaz de inclinar, aunque fuera simbólicamente, el viejo equilibrio entre Europa y Rusia.
Los «Diarios de Smolensk».
—¿Y por qué ahora? ¿Por qué buscarlo ahora?
Eli lo miró con una intensidad que le heló la sangre.
—Porque alguien más lo está buscando. Y, mucho me temo, no lo quiere para un museo.
Hizo una pausa, bajando el tono hasta convertirlo en un susurro.
—Extraoficialmente, mi padre cree saber dónde están esos Diarios.
Juan dejó la taza sobre la mesa de centro, con un impacto que quebró la tensión.

—¿Dónde?
—Escondidos en una red tan secreta como olvidada, en una estación fantasma del metro de Moscú. En una línea secreta, la D-6, el llamado Metro-2[13].
—Eli contuvo la respiración, estudiando su reacción de Juan como un náufrago escruta el horizonte—. El premio es nuestra entrada, nuestra razón para estar allí sin levantar sospechas. Mi padre tiene un contacto, alguien dentro de la Biblioteca Estatal[14], que puede darnos pistas. Pero necesitamos ir con antelación. Necesitamos reconocer el terreno.
Juan se levantó y se acercó a la ventana, mirando el bullicio ordenado y ajeno de la calle. Su mente, metódica y analítica, ya estaba evaluando los riesgos, las probabilidades, las variables, trazando mapas de contingencia en su interior.
Mezclar periodismo e ingeniería era una cosa.
Esto era entrar en la cueva del oso ruso para robarle uno de sus secretos mejor guardados.
Era la frontera entre el reportaje y la leyenda.
—Hay una cosa —dijo Juan—. Si usamos el premio como coartada, estoy cruzando una línea. El Comité, mis fuentes… No sé si quiero ser ese tipo de profesional.
—Lo entiendo —respondió Eli—. Por eso lo haremos como lo hacen los «honestos»: pediremos acceso a material que sí es legítimo —eficiencia energética, sistemas de ventilación, etc— y miraremos lo que nadie mira entre planos y polvo. Si no encontramos nada, el viaje será solo por el premio. Si lo encontramos… será una historia que merece salir a la luz.
—Y el Comité…
—Les daremos tu presencia impecable —sonrió con astucia—. Y a nosotros, un motivo real para haber viajado.
—Esto es una locura, Eli —dijo, sin volverse, hablándole a la ciudad —. Es peligroso. Podríamos meternos en un lio del que no podamos salir.
—Lo sé —respondió ella, su voz ahora más suave, más vulnerable, rasgada por la sinceridad—. Por eso no te lo pediría si no creyera

que eres la única persona con la que podría hacerlo. No solo por tu inteligencia, Juan, sino porque… porque confío en ti. Implícitamente.
Él se volvió. La vio allí, en el centro de la habitación. Eli no retrocedía, pero tampoco parpadeaba: se quedó quieta, con la taza anclada entre ambas manos, como si el calor fuera lo único que aún controlaba.
No era solo su compañera profesional.
En los últimos años, había sido su confidente, la persona con la que debatía durante horas, con la que se reía de las banalidades del mundo. Y ahora, en sus ojos, veía la chispa de una aventura que trascendía cualquier artículo, cualquier premio. Veía la oportunidad de vivir una historia diferente, con mayúsculas.
—Tu padre —preguntó Juan, cruzando los brazos, erigiendo una última barrera de cordura—. ¿Está seguro de la información?
—Tan seguro como se puede estar en estas circunstancias. Lleva cincuenta años jugándosela. Y dice que la ventana de oportunidad es ahora. Algo ha cambiado. Alguien más está interesado.
Juan giró la mirada hacia la ventana. Su vida era cómoda, predecible. Ganaría el premio, escribiría más artículos, quizá conseguiría formar parte de un consejo de administración de una empresa de consultoría. Una buena vida. Pero deslucida.
La que Eli le proponía, aunque temeraria, estaba pintada con los colores vibrantes del peligro, el misterio y… ¿algo más?
Sintió una extraña emoción, un coraje que no sabía que poseía.
—De acuerdo —dijo con determinación, volviendo a mirarla, y en sus palabras resonó el cruce de un umbral—. De acuerdo.
Vamos a Moscú.
Recogemos el premio… y buscamos los Diarios.
La sonrisa que iluminó el rostro de Eli fue tan radiante que pareció eclipsar el sol de Madrid. Cruzó la habitación en dos pasos y lo abrazó con una fuerza que le arrancó el aire.

—Gracias —susurró cerca de su oído, y Juan sintió un calor súbito recorrerle la espalda, un reconocimiento que iba más allá de las palabras.

Cuando se separaron, la complicidad entre ellos había mutado, había adquirido una nueva dimensión, más profunda y peligrosa, como un cristal que, una vez tallado, no puede volver a ser arena.

—Bien —dijo Eli, secándose una lágrima fugaz de emoción con el dorso de la mano—. Entonces tenemos que planificarlo todo. El vuelo, el hotel, el visado, suficiente dinero en efectivo… las «visitas».

Mientras Eli empezaba a hablar con entusiasmo contenido sobre los preparativos, Juan se quedó mirándola. El apartamento, tan seguro, de repente le pareció la antesala de un acantilado escarpado. Pero al borde de ese acantilado, estaba Eli. Y por primera vez en mucho tiempo, Juan sintió que valía la pena saltar.

La euforia inicial dio paso rápidamente a una concentración febril. El amplio salón de Eli se transformó en una sala de operaciones improvisada. Su portátil estaba abierto sobre la mesa de centro, mostrando un mapa detallado de Moscú, mientras Juan, con su iPad ya en mano, anotaba puntos clave con la precisión de un ingeniero que calcula los pilares de un puente hacia lo desconocido.

—Mi padre me ha enviado un dossier —explicó Eli, abriendo un archivo cifrado en su ordenador—. Es todo lo que se sabe. Los Diarios fueron vistos por última vez en 1946, en poder de una unidad especial del NKVD[15], al mando de un coronel llamado Vasily Orlov. La orden era trasladarlos a un lugar seguro, lejos de los archivos centrales, considerados «demasiado vulnerables».

—La pista se pierde ahí.

Juan estudió la información. Eran escaneos de documentos desclasificados, notas manuscritas de Michael y diagramas de la red de metro de Moscú de los años 50 y 60 que parecían venas de una criatura subterránea.

—Orlov… —murmuró Juan—. ¿Y si no era una operación oficial? ¿Y si fue una «apropiación»? Unos documentos de ese supuesto valor…

—Esa es la teoría de mi padre —asintió Eli—. Cree que Orlov actuó por su cuenta, o para una facción interna, y los escondió con la intención de usarlos como moneda de cambio o quizá para protegerlos de una posible guerra civil dentro del aparato soviético.

Nunca salió a la luz. Orlov murió en 1959 en un accidente de tráfico nunca aclarado.
—Típico —resopló Juan, sintiendo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Estaban jugando con almas peligrosas, en un cementerio de ideologías dormidas.
Eli señaló un punto sobre un plano del metro del año 1965.
—La pista de Michael conduce a una estación fantasma llamada Volkhov, en la línea Koltsevaya[16]. No aparece en los planos públicos. Se rumorea que existe una red paralela, conocida como Metro-2 o Línea D-6. Algunos informes desclasificados y testimonios indirectos la mencionan como una ruta de evacuación para la élite soviética en caso de ataque nuclear. Nunca ha sido confirmada oficialmente, pero quienes han investigado el subsuelo de Moscú aseguran que hay indicios: planos incompletos, túneles que no figuran en los mapas públicos. Si es real, podría ocultar algo más que búnkeres.

—¿Y si solo es una leyenda urbana? —preguntó Juan, intentando aferrarse a la lógica.
—Las leyendas nacen de algo —replicó Eli, con una expresión que no admitía réplica. Nuestro contacto en la Biblioteca Estatal, un antiguo académico llamado Konstantin que debe favores a mi padre, tiene acceso a archivos de planificación urbana que podrían confirmar su ubicación y un posible punto de acceso.
Juan se frotó la barbilla, sintiendo la aspereza de la barba de un día.
—¿Y cómo justificamos nuestro interés en archivos de planificación urbana de la era soviética?
—Fácil —dijo Eli, con una sonrisa pícara que iluminó por un segundo la gravedad de la situación—. Nuestro próximo artículo, el que «investigaremos» allí, se titulará «*La huella energética de las infraestructuras soviéticas: El metro de un futuro sostenible.*» Estudiaremos la eficiencia energética del metro, las estaciones, los sistemas de ventilación. Es creíble, nos da cobertura y nos abre las puertas que necesitamos.
Juan no pudo evitar admirar la astucia del plan. Era arriesgado, pero elegantemente construido, una partida de ajedrez en la que ya

tenían su caballo de Troya. Michael, desde su apacible retiro en San Sebastián, seguía siendo un maestro de la intriga.
—De acuerdo —asintió, notando cómo la adrenalina empezaba a mezclarse con el miedo en un cóctel extrañamente embriagador—.
Durante la siguiente hora, planificaron los detalles logísticos con la minuciosidad de quien prepara un asalto. Informaron a la Organización del premio que llegarían una semana antes de la ceremonia, justificándolo como «un periodo de investigación previa para un nuevo artículo». Reservaron vuelos y para esa semana, un hotel céntrico, pero discreto. Crearon una carpeta de documentación falsa con borradores de su supuesto artículo, una mentira tan bien armada que casi parecía de verdad.
Mientras trabajaban, Juan no podía dejar de observar a Eli.
La ingeniera metódica y la periodista serena daban paso a una versión de ella misma más viva, como si un resorte interno, heredado de su padre, hubiera sido liberado.
Cada vez que sus miradas se cruzaban sobre el mapa de Moscú, sentía entre ambos un voltaje silencioso, algo que no formaba parte del plan pero que avanzaba al mismo ritmo que la conspiración.
Esto ya no era solo compañerismo profesional. Estaban tejiendo una conspiración, y ese acto los fundía en un solo propósito.
—¿Y tu padre? —preguntó Juan, haciendo una pausa en su febril escritura—. ¿Está seguro de que esto es lo correcto? Nos está enviando a nosotros, a su hija, a lo desconocido.
El rostro de Eli se suavizó, bañado por una luz de ternura filial.
—Le pregunté lo mismo. Me dijo: «El mundo ya no es un lugar para viejos espías, Eli. Es un lugar para mentes preclaras que quieren la verdad de su lado. Y tú y Juan sois los más apropiados que conozco». Dijo que confía en nosotros más de lo que jamás confió en ningún agente.
Las palabras flotaron en la habitación, cargadas de un peso solemne. Juan comprendió entonces que no se trataba solo de un tesoro histórico. Para Michael, era la misión inconclusa de su vida, el fantasma que había perseguido su retiro. Para Eli, era la oportunidad de conectar con la parte más secreta y auténtica de su padre. Y para él… para él era la oportunidad de ser esa persona valiente, de salir

de la cómoda butaca del observador y entrar en un hito de la Historia, con mayúsculas.

—Bien —dijo Juan, cerrando su libreta con un golpe que sonó a punto final y a comienzo—. Entonces, vamos a Moscú a recoger un premio y a buscar un legado.

Se levantaron. Fuera, había caído la tarde, tiñendo el cielo de Madrid de tonos naranjas y púrpuras como un cuadro impresionista. El apartamento estaba sumido en el mutismo, pero la energía entre ellos era palpable, una corriente subterránea que los unía en su conspiración naciente.

—¿Y si nos atrapan? —preguntó Juan. Era la pregunta que ambos habían estado evitando, la sombra que se cernía sobre el plan.

Eli lo miró, y en sus ojos no había rastro de miedo, solo una determinación absoluta, tallada en granito.

—Entonces tendremos una historia aún mejor que esa. Pero no nos atraparán.

Al mismo tiempo que Juan salía del apartamento, con la idea de reunirse al día siguiente para ultimar los preparativos, una inquietante idea cruzó su mente. Se volvió hacia Eli, que lo observaba inmóvil.

—Este contacto en la biblioteca, Konstantin… ¿cómo de segura es la conexión?

La sonrisa de Eli se desvaneció un poco, dejando al descubierto la inquietud que latía bajo la superficie.

—Nada es seguro en esto, Juan. Mi padre dice que Konstantin es de fiar, pero que fue… «presionado» en el pasado. Trabaja allí bajo cierto grado de vigilancia.

Tenemos que ser muy cuidadosos.

Juan asintió, asimilando la información. No solo estaban desenterrando secretos del Estado ruso, sino que su único punto de apoyo dentro era un hombre que posiblemente actuaba bajo coacción. La misión era aún más delicada de lo que parecía, un baile en la cuerda floja.

—Entonces jugaremos con sus reglas —dijo Juan, con una calma ficticia—. Hasta que cambiemos el juego.

Bajó por las escaleras. El eco de sus propios pasos acompañaba el latido acelerado de su corazón. Madrid, su ciudad, ya parecía diferente. Cada esquina, cada rostro anónimo, podía ser una amenaza o un aliado. Al salir a la calle, la brisa de la noche le rozó el rostro como el ala de un murciélago. Miró hacia el cielo, hacia el este, donde las constelaciones se dibujaban sobre un tapiz de terciopelo oscuro.

En una semana, estarían allí. En el corazón de la bestia. Y por primera vez en su vida, Juan no sentía la ansiedad metódica del planificador, sino una expectación terrible y magnífica.

Había cruzado un umbral invisible, y no había vuelta atrás. Solo el avance, hacia Moscú, hacia el premio, hacia una historia.

La decisión ya estaba tomada.

Pero ninguna viaja sola: siempre arrastran consecuencias.

Juan lo notó al salir. No era euforia; era como asomarse a un andamio y comprobar que no hay barandilla.

◆ ◆ ◆

En el otro lado del mundo, alguien aterrizaba con la misma pregunta clavada en el pecho. No buscaba un mito ni un premio; buscaba una explicación.

3. RAÍCES JUNTO AL LAGO HOÀN KIẾM

El avión de Iberia comenzaba su descenso hacia Montevideo. Un vuelo desde Heathrow, con escala en Madrid, le había dejado el cuerpo como si hubiese envejecido una semana en una noche. Vladislav, sentado junto a la ventanilla, observaba cómo la mancha urbana se definía contra el vasto estuario del Río de la Plata[17]. Pero no veía la ciudad actual. Sus ojos, velados por la fatiga, proyectaban

contra el cristal una película antigua. De un lugar donde la humedad era pesada. Un recuerdo de verdades crueles.

Hanói, 1976. El calor era húmedo, propio de un monzón recién retirado, y dejaba el aire espeso, cargado de los olores del lago Hoàn Kiếm: agua estancada, jazmín y carbón vegetal. Vladislav, de seis años, correteaba por los adoquines desgastados del casco antiguo, donde la neblina mañanera se aferraba a los follajes de los árboles bàng.

Su mundo era ese microcosmos de sensaciones intensas: el verde jade del lago, el amarillo de las fachadas coloniales francesas, el olor a phở[18], ruidosas motos y a nước mắm[19]. Un mundo que, él lo sabría después, era un decorado exótico para una función de sombras.

Su padre, Yuri, lo llevaba a menudo a «dar paseos» que, en la memoria infantil, estaban llenos de aventura. Ahora, desde la perspectiva envenenada del presente, cada recuerdo se retorcía, mostrando su naturaleza siniestra, como un negativo fotográfico expuesto a la luz.

Uno en particular se impuso con la fuerza de una epifanía dolorosa. Un embarcadero semiabandonado en un recodo del Río Rojo, lejos de los barrios turísticos. Un lugar que olía a lodo fermentado, pescado seco y gasolina. Yuri le dijo que era un «juego del escondite» especial. Un juego de hombres. «Quédate aquí, Vladislav. Cuenta hasta cien. Luego búscame. Pero en silencio, como un agente secreto. Sin hacer ruido». La emoción del niño se disparó, palpitando en su pequeño pecho. La promesa de compartir un secreto de adultos con su padre, su héroe.

Pero al llegar a setenta, la impaciencia pudo más que la disciplina. Se deslizó entre las sombras alargadas y los montones de redes de pesca vacías, y encontró a su padre hablando con dos hombres vietnamitas de rasgos curtidos en un sol distinto al de los paseos por la Pagoda del Pilar Único[20]. No intercambiaban sonrisas ni palmadas en la espalda. Su padre hablaba en un vietnamita funcional: «...el embarque debe ser antes del viernes. La señal de radio se confirmará a las 23:00. Si hay intercepción, aplicar el protocolo».

Protocolo Chernomor. Vladislav, el niño, no entendía las palabras, pero absorbió la frialdad con que fueron pronunciadas. Vladislav, el hombre, lo sabía ahora: era un código de contingencia del KGB, heredado de antiguos protocolos de NKVD[21], diseñado para una destrucción de documentos y una huida inmediata. Uno de los vietnamitas asintió, su rostro una máscara de seriedad tallada en madera de teca. «Entendido. Los asesores técnicos en la planta hidroeléctrica de Thác Bà[22] estarán informados».

«Asesores técnicos».

La misma frase almohadilla que sus padres usaban siempre para explicar lo inexplicable, la que cubría con una capa de normalidad aburrida la realidad vertiginosa de sus vidas.

Yuri lo vio entonces. Sus ojos, cálidos y burlones, se endurecieron de inmediato en un gesto que no era humano, sino operativo. No fue el enfado momentáneo de un padre, fue el destello de alarma de un agente cuyo encubrimiento ha sido comprometido por un error de cálculo. «¡Vladislav! Te dije que esperaras. Esto no es parte del juego». La reprimenda no fue lo que le congeló. Fue la manera en que los dos vietnamitas se tensaron al unísono, cómo sus manos se fueron instintivamente a la cintura, a donde, sin duda, ocultaban armas bajo las holgadas áo bà ba[23]. Por un segundo eterno, el niño de seis años no sintió el regaño de su padre, sino el peligro real, tangible como una punta de bambú en la garganta. Había traspasado una línea invisible y había visto los engranajes que movía su mundo.

Esa misma punzada de miedo primario, casi cincuenta años después, lo atravesó de nuevo en su asiento de avión, cuando una sacudida de turbulencia brutal estremeció el fuselaje al descender sobre el Aeropuerto de Carrasco[24]. Parpadeó, desorientado, arrancado a la fuerza del pasado. La imagen de su padre, el operativo del NKVD de expresión vacía, se superpuso a la del hombre que lo llevaba a comer bánh cuốn[25] en un puesto callejero del mercado de Đồng

Xuân, y supo, con una certeza intachable, que ningún recuerdo de su infancia estaba a salvo.
Todos estaban minados, esperando explotar bajo presión ejercida por la verdad.
Mientras el avión se posaba con un chirrido de goma sobre asfalto, otro recuerdo lo asaltó, más íntimo, más devastador.

Noche en Hanói. El aire era caliente y pesado, cargado del zumbido de los mosquitos y el lejano claxon de algún camión. Vladislav se despertó con sed. Al pasar descalzo y sigiloso por el salón, vio a sus padres sentados en el diván de bambú, bañados por la luz plateada de la luna que se filtraba por la ventana. No se habían percatado de su presencia.
Su madre, Irina, lloraba en silencio, los hombros sacudidos por un sollozo contenido. Su padre, Yuri, tenía un brazo alrededor de ella, pero no la miraba. Su rostro estaba pálido, la mirada perdida, más allá de las paredes de la humilde villa.
—No aguanto más, Yuri —susurró Irina con voz quebrada—. Esto no es vida. Es una condena. Estamos respirando mentiras. Criar a nuestro hijo sabiendo que su futuro será como el nuestro.
—Calla, Irina —dijo Yuri, áspero, roto por una fatiga que iba más allá de lo físico—. No tenemos elección. Se nos dio una orden. Es por la Patria. Y es por él. Por Vladislav.
Hizo un leve gesto hacia el pasillo hacia donde dormía su hijo, el peón inconsciente de su partida.
—¿La Patria? ¿Qué Patria nos ha dado esto? Nos usa y nos desprecia. Somos herramientas Yuri, no somos personas.
—Seguiremos diciendo que somos asesores técnicos. Y será la verdad que necesite creer. La única verdad que podemos ofrecerle es la ignorancia.
Vladislav, desde su escondite en la oscuridad, no entendió el significado literal de la conversación, pero absorbió la emoción cruda y desgarradora que llenaba la sala: el miedo, la desesperación, la amargura. Era la primera vez que veía a su madre, su sol, deshecha en lágrimas y a su padre, su fortaleza, reducido a una sombra

vulnerable. Al día siguiente, todo había vuelto a la normalidad fabricada. La fachada era perfecta, impenetrable. Pero la grieta en el cristal de su infancia ya estaba ahí, y ahora, cinco décadas después, se extendía hasta convertirse en una falla continental.

Ahora, caminando por la terminal moderna del aeropuerto de Carrasco, Vladislav sentía esa presión expandirse en su pecho. Cada sonrisa de sus padres, cada palabra de aliento, cada lección de vida... todo había sido parte del personaje, del guion escrito en una oficina de Moscú. Hasta su propio amor filial había sido una línea en esa obra de teatro.

Recogió su maleta y se dirigió hacia la salida, hacia el calor húmedo del verano austral. No había avisado a nadie de su llegada. No venía a recorrer lugares nostálgicos. Venía a buscar respuestas en los escasos y mustios rastros que su familia de fantasmas había dejado en esta ciudad. Venía a interrogar a sus propios espectros, a exigirles una versión de los hechos que no estuviera editada por el *Politburó*[26] o por el cariño filial.

Miró el cielo plomizo de Montevideo, un cielo que no tenía la densidad del monzón, ni la neblina de Londres. Aquí, quizá pudiera ver con más claridad, con los ojos desnudos y sin protección. La búsqueda de la verdad sobre sus padres era una carrera contrarreloj. No solo contra la sombra anónima que le había enviado la foto, sino contra la versión idealizada y edulcorada de su propia historia, una versión que se desmoronaba más rápido de lo que podía reconstruirla.

El primer paso era encontrar a Peter, el periodista uruguayo, el único hombre que quizás, solo quizás, hubiera vislumbrado un atisbo de la persona real detrás de la máscara de Yuri Petrov. Pero al salir al aire cálido, que le envolvió el rostro como una caricia inesperada, una pregunta resonaba en su mente con más fuerza que todas las demás: si Peter había sido realmente un amigo de la familia, ¿cuánto había sabido? ¿Y había sido, él también, parte consciente o inconsciente del engaño, otro actor en la obra que fue su vida?

La necesidad de respuestas, las urgencias de la vida cotidiana, aceleraron la entrevista con Peter. Vladislav quería saber, y rápido.

Ese mismo día se vieron. En el fugaz encuentro, Peter no negó nada, pero tampoco afirmó. Eso era peor. Evitó prolongar la conversación. Sus respuestas eran cortas, casi mecánicas, y sus ojos parecían buscar una salida más allá de la mesa. Vladislav percibió que aquella prisa no era casual: había algo que Peter no quería revelar y ante ese muro que se erguía en la conversación, se despidió mientras caminaba por la ciudad con la sensación de que el pasado no estaba muerto: solo sabía esconderse.

En la tarde del día siguiente, cuando Vladislav subió al avión de regreso, no sintió alivio. Sintió que llevaba un foco encendido en la nuca. Londres lo recibiría con su lluvia habitual, sí… pero ya no sería un refugio. Sería un escaparate. Y alguien, en algún lugar, habría notado que Vladislav Petrov acababa de empezar a tirar de un hilo.

◆ ◆ ◆

Ese hilo que había empezado a tirar parecía más grueso de lo asimilable. Y, quizá Peter tenía miedo… ¿de quién exactamente?

4. EL RECLUTA INADVERTIDO

ç

Londres se había transformado para Vladislav.
La lluvia que antes era un manto de melancolía sobre los adoquines ahora era un velo líquido tras el cual podían ocultarse

miradas hostiles. La neblina que envolvía los puentes sobre el Támesis ya no era pintoresca, sino un elemento de ocultación, una aliada de lo innombrable. Cada rostro en el metro, cada persona sentada junto a él en un café era un potencial enemigo, o un mensajero de aquella verdad que ahora lo perseguía como un espectro familiar.

El café de la Ciudad Vieja aún le raspaba la garganta cuando pensaba en Montevideo.

Peter había sonreído con la boca y no con los ojos, removiendo el azúcar como si estuviera midiendo el tiempo.

—Tu padre… era un hombre reservado —dijo, y dejó la frase colgando incompleta, mirando por encima del hombro hacia un reflejo en el cristal.

Vladislav entendió el mensaje sin que se lo explicaran: no era evasiva; era miedo.

Habían pasado dos semanas desde su regreso de Montevideo.

Un viaje infructuoso que había dejado en su boca el regusto de la arena movediza. Peter, el curtido periodista, se había mostrado evasivo, hablando de su padre con una vaguedad que parecía deliberada, tallada a fuerza de miedo o de lealtad.

No había obtenido respuestas, solo la amarga confirmación de que sus preguntas arañaban una superficie mucho más profunda y peligrosa.

Fue en ese estado de paranoia y frustración crecientes cuando recibió una llamada. Estaba inmerso en la luz fantasmagórica de los microfilmes, revisando periódicos soviéticos de 1976, buscando cualquier mención, por ínfima que fuera, a delegaciones comerciales o «asesoramientos técnicos» que pudieran encubrir la presencia de su padre y Dmitri en Hanói.

Su teléfono vibró de nuevo, un zumbido urgente, mostrando un número desconocido con prefijo londinense.

—¿Sí? —contestó, con un deje entre cansado y lejano.

—¿Vladislav Petrov? —preguntó una voz masculina, grave, con un acento ruso apenas perceptible, pulido por años de educación internacional hasta convertirse en una entonación neutra y desarraigada.

—El mismo. ¿De qué se trata?
—Me llamo Alexei Morozov. Soy adjunto de asuntos culturales en la Embajada de la Federación Rusa. Hemos seguido su trabajo, su último artículo sobre los Balcanes fue particularmente perspicaz e interesante.
Vladislav se puso en guardia de inmediato, cada uno de sus sentidos en alerta.
—Gracias. Pero lo más frecuente es que sean los editores quienes me contactan.
—Esto no es sobre un artículo, señor Petrov. Es sobre archivos. —Hubo una pausa calculada, un silencio cargado de significado—. Acceso a archivos que podrían interesarle profundamente. Archivos del comité de Seguridad del Estado.
El corazón de Vladislav dio un vuelco seco contra su caja torácica. El KGB.
La palabra resonó en su mente como un gong sordo, haciendo vibrar algo primitivo en su interior.
—¿A qué archivos se refiere usted? —preguntó, intentando mantener la voz neutral, un dique contra el torrente de esperanza y temor que lo asaltaba.
—Aquellos relacionados con ciertas… operaciones en el extranjero durante la década de 1970. Operaciones en América Latina. Creemos que su perspectiva, como periodista de origen ruso criado en aquella región, sería invaluable para contextualizarlos. Una colaboración entre la Rusia moderna y uno de sus talentos en la diáspora.
Era una trampa.
Lo sabía con cada fibra de su ser, con el instinto del animal que huele el cepo bajo la hojarasca.
Le estaban ofreciendo las llaves del reino, la respuesta a las preguntas que lo estaban devorando por dentro. «Operaciones en América Latina». Era una carnada demasiado específica, demasiado perfecta, diseñada a su medida.
—¿A cambio de qué? —preguntó Vladislav, sin rodeos.
—A cambio de su profesionalidad. De su discreción. Y, ocasionalmente, de su opinión experta sobre ciertos asuntos de

actualidad que puedan surgir. Nada que comprometa su ética periodística, se lo aseguro. Solo una… sinergia.
Quedaron en reunirse al día siguiente en un club de gentlemen en St. James's[27], un lugar de paredes forradas de madera de roble, con olor a cuero envejecido y whisky caro. Un lugar donde la discreción era una mercancía tan valiosa como el coñac más añejo y donde las conversaciones se ahogaban en el pesado ambiente del poder tradicional.
Alexei Morozov era la personificación de ese entorno.
Alto, de cabello entrecano peinado con una impecabilidad que rayaba en lo militar, vestía un traje a medida de tres piezas que no gritaba riqueza, sino un poder soterrado, una influencia que no necesitaba alardes.
Sus manos, largas y pálidas, sin una sola mancha de edad, sostenían una copa de brandy con una elegancia innata. Pero sus ojos, de un gris glacial, lo observaban todo con la precisión de un escáner, evaluando, catalogando.
—Vladislav, un placer —dijo Morozov, levantándose con parsimonia para estrechar su mano. Su apretón fue firme, seco, como un sello —. Me complace que haya aceptado nuestra invitación.
—La curiosidad es un vicio profesional —respondió Vladislav, tomando asiento en el pesado sillón de cuero.
—Una virtud, en mi opinión —corrigió Morozov con suavidad, como un maestro corrigiendo a un alumno prometedor—. La curiosidad es el motor del progreso. Y Rusia está progresando. Queremos dejar atrás los malentendidos de la Guerra Fría, mostrar nuestra historia con transparencia. Compatriotas como usted pueden ayudar en esa tarea.
Durante la siguiente hora, Morozov desplegó todo su encanto, un encanto aséptico y calculador. Habló de la nueva Rusia, de la necesidad de «puentes culturales». No era un espía de la era soviética; era un ejecutivo de las relaciones públicas del poder moderno, un hombre del FSB con el barniz de un diplomático de Oxford y la eficacia de un cirujano.
Y entonces, llegó el momento.

Con un gesto fluido, Morozov deslizó una carpeta de cuero sobre la mesa pulida, como un jugador mostrando su mejor carta.
—Una muestra de buena fe —dijo, susurrando—.
La carpeta era fina. Demasiado.
«Documentos desclasificados. Delegación comercial soviética. Hanói, 1975-1979. Listas de personal».
Vladislav abrió la carpeta con manos que apenas lograba mantener firmes.
Allí estaban.
Nombres.
Fechas.
«Yuri Petrov. Especialista en Logística».
«Irina Petrova. Intérprete y Asistente Administrativa».
Y, en una nota al margen de otro documento, una referencia a «Dmitri Aleksandrovich. Asesor de Alto Nivel».
Era real.
No eran fantasías suyas.
Sus padres habían estado allí, bajo esas coberturas tan transparentes y a la vez tan herméticas.
El periodista en él ansiaba escrutar cada línea de esos documentos.
El hijo se sentía violado, usado, como si estuvieran exponiendo las entrañas de su propia historia familiar sobre la fría madera del club.
—Esto es… increíble —logró decir, la voz leve y quebrada.
—Es solo el principio —aseguró Morozov, su tono impregnado de una certidumbre absoluta—. Hay más. Mucho más. Informes de campo, evaluaciones… —Hizo una pausa dramática, dejando que el anzuelo se hundiera más—. Pero requiere un nivel de confianza, Vladislav. Un acuerdo de colaboración.
—¿Colaboración? —Vladislav alzó la vista, encontrándose con esos ojos grises que ahora parecían no tener fondo—. Usted quiere que trabaje para ustedes.
—Queremos que colabore con nosotros —rectificó Morozov con suavidad—. Su conocimiento de Occidente, su olfato periodístico… son activos. A cambio, le ofrecemos acceso a fuentes primarias que cualquier historiador mataría por tener. Usted puede contar la historia verdadera. La de sus padres, y la de muchos otros.

Era un chantaje elegantemente enmarcado, un intercambio de almas en el mercado de las conciencias. Le estaban ofreciendo la verdad sobre su familia a cambio de su integridad. Y lo más peligroso, lo más aterrador, era que él lo deseaba.

Lo deseaba con una intensidad que le quemaba las entrañas, un hambre que anulaba el razonamiento.

—¿Y si me niego?

Morozov esbozó una sonrisa, una expresión fría y delgada que no llegó a sus ojos, que permanecieron inmóviles como un lago en calma.

—Entonces será una lástima. Una oportunidad perdida para la Historia. Pero, por supuesto, es un hombre libre. —Bebió un sorbo de brandy, con parsimonia—. Sin embargo, considere esto, Vladislav. La verdad no es unívoca. Depende de quién la cuente. Usted puede ser el que narre esta historia, o puede dejar que otros lo hagan. Quizás con menos… delicadeza.

La amenaza era clara. Si no aceptaba, otros podrían usar esa misma información para destrozar la memoria de sus padres, o para torcer su propio destino.

—No se requiere una decisión inmediata —concluyó Morozov, poniendo fin a la reunión con la misma elegancia con que la había iniciado—. Piénselo. Pero no demasiado. El tren no espera.

La reunión en el club había terminado, pero la agitación en el interior de Vladislav no hacía más que comenzar.

Caminó sin rumbo por las calles de Londres, la carpeta de Morozov pesando como más de lo asumible en su maletín. Cada vez que cerraba los ojos, veía la foto de sus padres sonriendo junto a Dmitri. ¿Eran sonrisas genuinas o la máscara de quienes vivían una mentira tan grande que había terminado por devorarlos?

Los siguientes tres días fueron una agonía interior, un lento desangrarse de sus principios. Vladislav deambuló por su apartamento como un alma errante, alternando entre la rabia sorda y la desesperación muda. Aunque pasaba la mayor parte del tiempo en Londres, su otra residencia en Moscú —una antigua casa de estilo imperial heredada por vías que prefería no recordar— seguía

esperándolo como una resonancia de su pasado, tan opulenta como vacía.
Releyó los documentos del FSB una y otra vez, buscando en su prosa burocrática algún signo de manipulación.
Una madrugada, desvelado, con la ciudad dormida a sus pies, sacó el viejo álbum de fotos.
En una imagen descolorida, su padre lo llevaba sobre sus hombros junto al lago Hoàn Kiếm, el agua quieta como un telón infinito detrás de ellos. —¿Quiénes fuisteis de verdad? —murmuró hacia la fotografía, como si pudiera responderle.
La carpeta pesaba más que el maletín, más que su conciencia: el peso de una historia que no había pedido y que ahora lo reclamaba como heredero. Se sentó en el borde de la cama y continuó ojeando el álbum. Allí estaban sus padres, congelados en una felicidad que ahora parecía fingida. ¿Qué había detrás de esas sonrisas? ¿Qué secretos se escondían que él, niño, nunca supo descifrar?
«¿Y si todo lo que sé es mentira?», pensó. «¿Y si yo también soy una mentira?»
El teléfono vibró dejando un mensaje.
Era como si supieran fehacientemente que estaba despierto. Era Morozov. Recordaba que la oferta seguía en pie.
Y como siempre que el pasado amenazaba con devorarlo, su mente buscó algo que aún lo uniera al mundo real.
A veces pensaba en ella, en la distancia emocional que había crecido entre ellos sin que ninguno de los dos supiera muy bien cuándo empezó.
No era culpa de Anya; simplemente, cuando intentaba acercarse, algo en él se tensaba, como si temiera contagiarle sus propias sombras.
Pero Vladislav no dio una respuesta. No aún.
Se quedó mirando la foto de Anya en la estantería. Su *zaychik*, su conejito. ¿Qué le estaba dejando como legado? ¿Una historia sin verdad?
Vladislav retornó al momento presente, imponiéndose la necesidad de saber.

Sabía que Morozov era el lobo, pero también sostenía las únicas llaves de su pasado, de su propia identidad.
Al cuarto día, vencido por una fatiga que iba más allá de lo físico, envió el correo:
«Acepto reunirme para discutir términos. Nada más».
Era una rendición, una capitulación con condiciones.
Se juró a sí mismo, con la poca convicción que le quedaba, que jugaría el juego, pero manteniendo una parte de sí en reserva, un último reducto de independencia, como sus padres debieron hacerlo para sobrevivir.
La respuesta fue casi inmediata:
«Sabia decisión. Le esperamos en la Embajada Rusa el jueves a las 10:00. Pregunte por mí.
Traiga su pasaporte».
Al leer el mensaje, Vladislav sintió una mezcla nauseabunda de excitación y vergüenza.
Había cruzado un Rubicón personal, un punto de no retorno. Se había convertido, voluntaria e inconscientemente, en lo que sus padres quizá habían sido: un activo. Un recluta inadvertido.
La foto de Anya en su salón, por primera vez, le devolvió un alivio punzante por la distancia que los separaba.
Había caído en las sombras y no quería arrastrarla consigo hacia lo más profundo del pozo.
Lo que Vladislav ignoraba era que su hija ya había sido atraída a la órbita de Morozov años atrás, en un juego silencioso que ahora comenzaba a revelarse.
Ella no supo decir cuándo el interés académico se transformó en algo más que una invitación; solo una frase:
«La fuerza se construye con los que no titubean».
Tras culminar el máster, fue seleccionada para un «programa discreto de análisis de riesgos», primero desde Londres y luego entre Moscú y San Petersburgo.
Tenía la profunda sensación de que la libertad era un lujo que no podía permitirse.
El entrenamiento, metódico, sin discursos, le inculcó una ética de eficacia: el futuro también necesita guardianes.

Cuando su padre empezó a preguntar por Hanói y por «lo que fueron», Morozov la miró sin adornos:
«Te necesitarán para proteger la verdad que importa».
Anya aceptó sin pedir detalles.
No era obediencia ciega. Era fe en un propósito.
O eso quiso creer.
La mañana del jueves, Vladislav se vistió con un traje oscuro y conservador, como si la formalidad de la ropa pudiera armarlo contra la corrupción que sentía rezumar en su interior, una coraza de tela contra la degradación moral.
El edificio de la Embajada Rusa en Kensington Palace Gardens[28], una imponente mansión de estilo victoriano no inspiraba calidez, sino una solemnidad intimidante.
Las altas verjas negras, los guardias de seguridad y las cámaras de vigilancia omnipresentes transmitían un mensaje claro de poder inmune y discreción absoluta.
Al anunciarse en la garita, dio su nombre y el de Morozov.
Un guardia revisó una lista en una tablet, asintió con brusquedad y le indicó que pasara con un gesto seco.
Al cruzar las verjas, sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.
Era como entrar en un pedazo de territorio extraterritorial, donde las leyes y sensibilidades occidentales se difuminaban hasta desaparecer.
El aire parecía más denso, el silencio más profundo, cargado de ecos de poder.
Morozov lo recibió en un despacho de la planta baja, una habitación amplia y sobriamente amueblada, donde el lujo era sinónimo de austeridad. No había símbolos soviéticos, solo una bandera rusa en un rincón y un retrato oficial del presidente Vladimir Putin.
La elegancia era funcional, como todo lo que envolvía a aquel hombre.
—Puntual. Me complace —dijo Morozov, señalando una silla frente a un escritorio de caoba impoluto, despejado de todo excepto de un portapapeles y un teléfono—.
La burocracia, ya sabe. Solo unos formularios de rigor.

Deslizó hacia él varios documentos.
No eran «formularios de rigor». Eran acuerdos de confidencialidad draconianos y un contrato de «consultoría cultural» con un lenguaje vago pero de amplio alcance, cuyas cláusulas estaban redactadas para poder significar cualquier cosa, y su contrario.
Vladislav los leyó con detenimiento, el periodista en él alerta ante cada giro legal que podría ser usado como una atadura.
Al firmar, con un ligero temblor en el trazo final, sintió que sellaba un pacto faustiano.
No con el diablo, sino con los espectros de su propio pasado, que ahora lo reclamaban desde más allá de la tumba.
—Excelente —Morozov guardó los documentos en un cajón que cerró con un giro de llave metálico y definitivo—. Ahora, como gesto de buena fe y primera entrega de nuestra colaboración…
Abrió un maletín discreto de cuero y extrajo una carpeta más gruesa que la anterior, la promesa y la condena hechas papel.
—Informes de campo de la estación de Hanói, 1975-1979.
Evaluaciones de personal.
Incluye los expedientes de los Petrov.
Vladislav contuvo el aliento.
Allí estaba. La vida secreta de sus padres, reducida a informes mecanografiados y evaluaciones escritas por manos anónimas.
Su mano casi se niega a obedecerlo, y en su palma no solo sintió el objeto, sino el resonar de una traición histórica y ancestral.
—Tómese su tiempo —dijo Morozov, levantándose con elegancia—. Esta sala está a su disposición. Tengo una reunión. Volveré en una hora.
Cuando la puerta se cerró con un clic suave, Vladislav quedó solo con sus demonios.
Abrió la carpeta con la reverencia mezclada con terror de un profanador de tumbas, sabiendo que lo que encontrara allí cambiaría para siempre la imagen que tenía de aquellos a quienes más había amado.
Una mosca, prisionera entre la cortina y el cristal, zumbó tres veces.
Vladislav leyó la primera línea del expediente de Yuri y le pareció que la habitación había perdido oxígeno.

Dejó el folio sobre la mesa, no para descansar, sino para sentir que tenía un punto de apoyo.
En el pasillo, alguien tosió con parsimonia. No era tos de catarro: era el recordatorio de que las paredes oyen.
En uno de los papeles leyó:
Petrov, Yuri. Código: «*Krepost*».
Para él esa palabra no significaba «Fortaleza» sino cautiverio.
Vladislav, periodista, cerró los ojos, y en lugar del frío despacho vio una mesa de madera en Hanói, un vaso con agua y su madre tarareando una cancioncilla que nunca llegó a aprender.
Pero el papel seguía allí.
«Se recomienda vigilancia continua».
Lo leyó en voz alta sin darse cuenta.
La mosca, como si fuera una señal, dejó de zumbar. Había muerto.
El expediente de Yuri era el de un agente modelo.
Leer sobre su padre como si fuera una herramienta, le revolvió el estómago.
Pero fue el expediente de su madre, Irina, lo que le partió el alma.
«Actriz natural».
Vladislav imaginó los dedos de su madre abrochando un botón despacio, no por coquetería sino por temor a sobrepasar la frontera entre su persona y el personaje.
Sentía la presión de un sistema que la usaba desconfiando de su humanidad.
«Solntse». «El Sol».
Le habían dado un nombre en clave cruelmente irónico a una mujer cuya luz interior estaban apagando despacio.

CONFIDENCIAL

DEPARTAMENTO DE INTELIGENCIA SOVIÉTICO

INFORME DE EVALUACIÓN DE AGENTE

Fecha: 12 de marzo de 1976

Nombre: PETROV, YURI
Código: KREPOST
Evaluación:
- Leal
- Disciplinado
- Frio bajo presión

Habilidades:
- Logistica avanzada
- Establecimiento de redes de contacto
- Manejo fluido del idioma español

Debilidad percibida:
- Apego emocional a la unidad familiar
  * Posible punto de presión en operaciones encubiertas

Firmado:
Comandante V. Smirnov
Departamento de Evaluación de Operativos



CONFIDENCIAL

DEPARTAMENTO DE INTELIGENCIA SOVIÉTICO

INFORME DE EVALUACIÓN DE AGENTE

Fecha: 19 de marzo de 1976

Nombre: PETROVA, IRINA
Código: SOLNTSE
Evaluación:
- **Inteligente**
- **Intuitiva**

Habilidades:
- **Manejo fluido del idioma español**
- **Excelente actriz natural**
- **Eficaz en labores de seducción y extracción de información (Operación Canto de Sirena en la embajada francesa, 1971)**

Debilidad percibida:
- **Inestabilidad emocional creciente. Muestra signos de fatiga por la vida dual.**
  *** Posible punto de presión en operaciones encubiertas**

Recomendación: Se recomienda vigilancia continua.

Firmado:
Comandante V. Smirnov
Departamento de Evaluación de Operativos

Encontró una mención a un incidente en 1976.

«Petrova, I., mostró resistencia a una operación de reclutamiento que implicaba acercarse al cónsul italiano, alegando repugnancia moral. Amonestada. Se le recordó que el sentimiento personal es un lujo que la Patria no puede permitirse».

Su madre, la mujer que le había enseñado a distinguir el bien del mal con cuentos antes de dormir, había sido amonestada por mostrar un atisbo de humanidad, de integridad. Vladislav apoyó la cabeza en las manos, sintiendo una ola de rabia impotente y de lástima infinita. Ellos también habían sido atrapados, quizás empezando con el mismo idealismo manipulado que ahora usaban con él.

Cuando Morozov regresó, puntual como un reloj suizo, Vladislav había recompuesto su fachada, había vuelto a colocar la máscara de frialdad sobre su rostro, aunque por dentro todo fuera un campo de ruinas.

—¿Iluminador? —preguntó Morozov, tomando asiento y entrelazando los dedos sobre el escritorio.

—Sí —respondió Vladislav, con voz ronca por la emoción contenida —.

Demasiado.

—La historia es compleja, llena de matices que los simples mortales no llegan a comprender. Por eso su labor es tan valiosa. Nos ayuda a… comprender esos matices.

—¿Y cuál es mi primera «labor»? —preguntó Vladislav, dispuesto a afrontar la cruda realidad de su nueva situación.

Morozov contestó con una leve sonrisa.

—Nada oneroso. Queremos su opinión, como periodista que también reside en Londres, sobre un tema de actualidad. Hay un exagente del GCHQ[29], ahora convertido en «experto en ciberseguridad». Da conferencias, es muy crítico con Moscú. Nos interesa saber… cuán influyente cree usted que es en realidad, cuál es su audiencia. Una simple evaluación, la que haría para su editor.

Era una prueba. Una tarea aparentemente inocua, un simple análisis de fuentes abiertas, pero diseñada con precisión diabólica para cruzar un umbral psicológico. Si daba ese paso, el siguiente sería un

poco más comprometedor, y el siguiente aún más. Era la pendiente resbaladiza hacia una complicidad de la que ya no podría escapar.
—¿Su nombre? —preguntó Vladislav, sintiendo el sabor amargo de la traición en su lengua, un sabor que intuía se volvería familiar.
Morozov deslizó una tarjeta blanca y lisa con un nombre y una foto recortada de algún periódico.
—Tómese su tiempo. No hay prisa. La calidad por encima de la velocidad.
Al salir de la embajada, con la carpeta de los expedientes de sus padres, Vladislav se sintió mancillado, impregnado de una suciedad que no creía poder lavar. Ya no era un observador independiente; ahora era un activo, un «recluta inadvertido», tal y como sus padres lo habían sido. El ciclo se repetía, una maldición familiar que se extendía a través de las generaciones, una cadena de compromisos y traiciones.
De repente, recordó una escena difusa de su infancia en Hanói. Su madre, Irina, hablaba en voz baja con un hombre delgado, de acento extranjero mientras el aire cálido traía el aroma del jazmín y el murmullo lejano de las motocicletas. Él, jugando a sus pies, no entendía las palabras, pero sí el gesto de su madre al despedirse, ese dibujo rápido en el aire, ese movimiento de la mano que trazaba la silueta de un ala.
Años después, ese gesto volvió a él como un fénix resucitado. No era solo una despedida. Era un susurro cifrado. Su madre lo llamaba «El Pájaro».
Vladislav no sabía si era un código, un contacto, una fantasía… o una forma de esperanza. Pero ahora, con todo lo que estaba descubriendo, necesitaba saber qué o quién era.
¿Había sido «El Pájaro» su protector? ¿Un agente encubierto? ¿Un traidor? ¿O simplemente una motivación, un aliento que cruzaba generaciones?
Esa noche, en la falsa seguridad de su apartamento londinense, no pudo evitar sumergirse de nuevo en los documentos, envenenándose con la verdad. Buscó con desesperación cualquier mención sobre «El Pájaro», la supuesta tabla de salvación de su madre.

Al final lo encontró.
Estaba en el informe sobre su «amonestación», en una nota al margen, casi ilegible.
«Utiliza un contacto, alias «El Pájaro». Aumentar vigilancia.»
Irina había intentado escapar, o al menos denunciar la podredumbre. Y lo había hecho a través de aquel contacto, aquel símbolo alado. El sistema lo había detectado.
La sensación de claustrofobia que debió sentir su madre, la desesperación de saberse vigilada incluso en su rebeldía se apoderó de él con una fuerza abrumadora. Estaba atrapado en la misma red, cinco décadas después, repitiendo los mismos pasos hacia la misma jaula.
Miró la tarjeta con el nombre del exagente del GCHQ. No quería hacerlo. Sentía náuseas solo de pensarlo. Pero sabía que si no entregaba algo, si no mordía el anzuelo, Morozov podría cortar el acceso a la información, o algo peor. Tenía que seguir jugando el juego, al menos hasta que entendiera todas las reglas y encontrara una manera de volverlas en su contra, de escapar del plan que habían trazado para él.
En la oscuridad de la habitación abrió su ordenador, al tiempo que la pantalla iluminaba su rostro cansado. Comenzó a teclear, recopilando información pública sobre el hombre. Cada clic del teclado sonaba como un disparo en la sordina de la noche, un recordatorio de que estaba traicionando los principios que siempre había defendido, el periodismo que creía objetivo y limpio. No por dinero, ni por una ideología en la que creyera, sino por las respuestas que solo aquellos que habían destruido a sus padres podían darle.
La ironía era de gran agudeza. Para descubrir la verdad sobre su familia, había tenido que venderse a la misma maquinaria que los había devorado. Y lo peor, lo más humillante, era que, a pesar de la repugnancia que sentía por sí mismo, una parte de él, la parte obsesiva, la que anhelaba las respuestas más que la redención, se sentía más viva que nunca. El periodista había muerto en esa sala de la embajada. Debajo de él no había red de seguridad. Y aun así avanzó.

Vladislav cerró el portátil con una idea fija: la verdad sobre sus padres estaba en manos del Estado.

◆ ◆ ◆

Pero mientras Vladislav se hundía en la noche londinense con la sensación de que cada respuesta traía consigo una nueva condena, en otros lugares del mundo el tablero seguía moviéndose. Las piezas no descansaban, y algunas vidas, sin saberlo, ya orbitaban alrededor de la misma verdad que ahora lo estrangulaba a él.

En un avión que cruzaba fronteras, una pareja con un motivo oficial impecable viajaba hacia un premio que ocultaba razones demasiado frágiles para decir en voz alta.

5. LLEGADA A MOSCÚ

El Airbus A330 de Turkish Airlines se posó sobre la pista del aeropuerto internacional Vnukovo[30]. El tren de aterrizaje rebotó con brusquedad hasta resonar en el interior del fuselaje. Para Juan no fue el sonido de una bienvenida, sino el de un portón cerrándose a sus espaldas. Sellaba su entrada en un territorio nuevo y quizá hostil.

Era mediados de diciembre y, por la ventanilla, un cielo de plomo presidía un paisaje de asfalto agrietado, hangares grises y bosques

de abedules que se perdían en la lejanía. Aún no sentía el frío en la piel, pero ya le debilitaba el ánimo.

—Bienvenidos a Moscú —murmuró Eli, adivinando el letrero en cirílico que se deslizaba junto al avión. Su entonación era un lago en calma, pero Juan, ya aprendiendo a leerla, detectó la tensión en su postura.

Él asintió, sintiendo el peso de la «misión» como una mochila cargada de piedras sobre sus hombros. El premio, la ceremonia, todo se desdibujaba hasta convertirse en una anécdota lejana, la frágil cobertura de una operación que olía a peligro inminente.

Mientras el avión rodaba hacia la terminal, su mirada se aferró a los detalles de Eli como a un salvavidas. Sus facciones, la elegancia práctica de sus manos con uñas cuidadas aferradas al reposabrazos, su perfil serio y esos ojos marrones que escudriñaban el exterior. Llevaba un jersey negro que acentuaba la línea de su cuello y la fortaleza esbelta de su figura. Su pragmatismo, antes una barrera, se convertía ahora en el muro tras el que él anhelaba refugiarse.

El trámite de inmigración fue un ejercicio de paciencia y sutil intimidación. Solo había dos puestos abiertos. La fila avanzaba con la parsimonia de un glaciar.

Cuando por fin les tocó el turno, la oficial, con el rostro esculpido en granito, estudió sus pasaportes españoles con una lentitud exagerada; alzando la vista para comparar sus rostros con las fotos una y otra y otra vez, como si intentara desentrañar la mentira que ocultaban.

Después vino el reconocimiento facial y digital, un trámite mecánico que culminó con el estampado del sello en el pasaporte y en la visa, ejecutado con una fuerza que resonó como un golpe seco sobre la mesa: casi una declaración de autoridad.

Creyeron que todo había terminado. A los pocos metros, Eli descubrió que en su pasaporte faltaba el sello. El error no era menor. Tuvieron que retroceder hasta el mismo puesto, sorteando el murmullo impaciente de la cola. La oficial no pronunció palabra; tomó el pasaporte, estampó el sello con brusquedad, y lo devolvió sin siquiera mirarla, como si el gesto bastara para borrar la omisión y reafirmar su poder.

Desde Vnukovo, el taxi los condujo por la Kiyevskoye Shosse[31], una herida de asfalto que atravesaba los suburbios del suroeste.
Más adelante, la carretera se abrió paso entre una sucesión interminable de bloques soviéticos y zonas industriales. Al cruzar el río Moscova[32], la cúpula en caramelo de la Catedral de San Basilio[33] emergió en el *skyline*. Solo entonces Juan sintió que habían llegado al corazón de la bestia.
El taxi se detuvo frente a su hotel, un edificio de la era soviética reformado, lo suficientemente céntrico como para ser conveniente, pero lo bastante impersonal como para resultar invisible.
La habitación era estrecha. Dos camas individuales. Un escritorio de madera laminada. Una ventana grande hacia un patio interior sombrío. La moqueta olía a limpiador y a humedad. Dejaron las maletas en el suelo, y por un momento, se quedaron de pie, uno frente al otro, en el incómodo silencio de la conspiración y la proximidad forzada.
—Bien —dijo Eli, desabrochándose el abrigo con movimientos precisos—. Hemos llegado.
—Sí —asintió Juan, frunciendo el ceño—. Y ahora, ¿qué?
—Ahora, nos comportamos como periodistas, como turistas —declaró ella, con una determinación que Juan encontró admirable—. Mañana, a primera hora, desayuno y Biblioteca Estatal. Tenemos una cita con el profesor Konstantin Kuznetsov a las 10:00.
Sacó un mapa de Moscú y lo desplegó sobre la cama con la solemnidad de un general antes de la batalla.
—Mientras tanto, debemos cambiar parte del dinero a rublos y activar las líneas de telefonía móvil local. Y esta tarde haremos un poco de turismo: un paseo por los alrededores, familiarizarnos con la red de metro… Al fin y al cabo, este será nuestro campo de juego, Juan. Tenemos que conocerlo, casi memorizarlo.
Este asintió mientras la ansiedad se mezclaba con una chispa de excitación. Eli se acercó a la ventana y corrió la pesada cortina de terciopelo deslucido.
—No encendamos las luces aún —susurró, escudriñando el patio. Mejor acostumbrarnos a la oscuridad.

En la penumbra, su silueta se recortó contra el cristal. Juan la observó, y por primera vez desde que habían aterrizado, sintió una punzada de algo que no era miedo ni camaradería profesional. Era más profundo, más visceral. Ella era su brújula en aquel territorio hostil, y él sintió la necesidad imperiosa de estar a la altura, de ser tan fuerte como ella aparentaba ser.

—De acuerdo —dijo, uniendo su voz al susurro conspirativo—. Empecemos.

La habitación se llenó de un silencio abrupto. Eli se volvió desde la ventana.

—Necesitamos establecer una rutina —dijo—. Salimos, tomamos fotos de edificios, compramos en tiendas corrientes. Comamos. Nada de escondernos. La mejor cobertura es la normalidad.

Eli comenzó a deshacer su maleta.

Juan, conectado por fin a la lenta red Wi-Fi del hotel, navegaba distraído por su galería, buscando refugio en recuerdos. Entre las imágenes apareció una foto tomada en Sicilia. La pantalla devolvía un cielo imposible y una ladera herida por ríos de lava.

Permaneció inmóvil, con el pulgar suspendido, como si interrumpir ese instante pudiera borrarlo para siempre.

Eli se acercó sin hacer ruido y vio su reflejo en la pantalla. Una sonrisa fugaz —la primera genuina desde que habían aterrizado— iluminó una fracción de segundo sus facciones.

—El Etna… diciembre de 2013. Parece que fue ayer y, a la vez, en otra vida —dijo sonriendo.

Juan bloqueó el teléfono despacio. No era pudor; era miedo a que aquella imagen perdiera significado si la explicaba con palabras. Guardó el móvil y respiró hondo, como quien devuelve una reliquia a su santuario.

Luego se acercó a ella. El olor discreto de su colonia Noa de Cacharel se mezcló con la atmósfera cargada de la habitación.

Eli se apoyó en el alféizar, mirando la ciudad como si buscara respuestas entre las luces lejanas.

—El Etna… —repitió Eli, con una sonrisa breve que ocultaba más preguntas que certezas—. Aquella noche, cuando el volcán rugía, pensé que eras distinto.

Juan fijó sus ojos en ella.
—¿Distinto cómo?
—Alguien que sabe callar ante lo que no puede medir —respondió ella, con una voz baja que sonó más a desafío que a confesión.
Por un instante, el silencio se volvió denso, como si la habitación contuviera algo más que palabras. Juan desvió la mirada hacia el mapa extendido, intentando encontrar en las líneas frías una respuesta que no estaba allí.
Eli se apartó un centímetro, lo justo para que el reflejo de ambos cupiera en el mismo cristal empañado. Sus manos se rozaron al soltarla; no fue accidente ni ceremonia. Fue una promesa que ninguno de los dos se atrevió a nombrar.
Aquel viaje a Italia, analizando un proyecto sobre energía geotérmica, había sido el crisol donde su relación profesional empezó a evolucionar. Habían sido testigos de una fuerza primitiva e incontrolable, y eso los había unido, aunque ellos aún no lo sabían.
Decidieron salir.
La fachada de «turistas» empezaba ahora. Bajaron a la calle, y el frío y la fina aguanieve moscovita los golpeó con fuerza.
Caminaron sin rumbo. Los sentidos en alerta, como antenas. Juan diseccionaba los ángulos de los edificios, los sistemas de drenaje, la estructura urbana. Eli, más intuitiva, leía a la gente, los gestos, los ritmos secretos de la ciudad.
Llegaron a Teatralnaya Plóshchad[34], con su imponente arquitectura estalinista y el bloque granítico de Karl Marx observándolos desde otra época. Muy cerca, la Plaza de la Revolución[35], otro icónico espacio de esa gran ciudad.
—Es increíble —dijo Juan, levantando la cámara para tomar una foto inocua—. Toda esta ciudad fue diseñada para imponer. Para ignorar la individualidad.
—Y sin embargo, mira —señaló Eli discretamente con la cabeza hacia un grupo de jóvenes que reían y tomaban selfies frente a la estatua —. La vida siempre se abre paso. Como la hierba entre los adoquines.

Su paseo los llevó, casi de forma natural, hacia la entrada de la estación de metro de Kurskaya[36]. Bajaron las escaleras mecánicas, larguísimas y ruidosas, y se sumergieron en otro mundo.

El metro de Moscú no era un simple medio de transporte; era una catedral subterránea, iluminada por lámparas de araña que custodiaban la memoria de un imperio que nunca aceptó desaparecer.

—Dios mío —exhaló Juan, incapaz de disimular su asombro—. Esto es… abrumador.

—Este es así porque es el nivel público —susurró Eli, acercándose a él hasta que su hombro rozó el suyo—. Mi padre dice que las líneas secretas, el Metro-2, son funcionales, austeras. Militares. Esto es el escaparate. Lo que buscamos está detrás del telón.

Recorrieron varios andenes, cambiando de línea, absorbiendo la lógica del subsuelo moscovita. Sentados en un banco de mármol en la estación de Komsomolskaya[37], bajo unos mosaicos dorados que representaban la victoria sobre los nazis, Eli sacó su teléfono y, disimuladamente, mostró a Juan un plano esquemático que su padre les había enviado.

—La Koltsevaya es la línea circular, la que rodea el centro —explicó en un susurro que era casi un roce en su oído—. Según esto, Volkhov no está en los mapas, pero podría estar entre Kurskaya y Taganskaya[38], en un tramo de mantenimiento abandonado en los años 60.

Juan estudió el plano, al tiempo que su mente analítica procesaba la información.

—El flujo de pasajeros es masivo. Cualquier acceso restringido estará vigilado. No podemos colarnos como si tal cosa.

—No —aceptó Eli—. Por eso necesitamos a Konstantin. Él tiene planos arquitectónicos originales, los que muestran otras puertas, conductos de ventilación que llevan a zonas selladas.

De vuelta en la calle, el crepúsculo teñía Moscú de tonos azules y grises metálicos. La lluvia, confundida con copos de nieve había cesado, pero el frío se había intensificado, calándose hasta los huesos, tiñendo de un intenso rubor la cara de Eli.

Regresaron al hotel sin articular palabra, cada uno sumido en sus pensamientos, pero reconfortados por la presencia tangible del otro.
En el ascensor, sus manos se rozaron: un contacto breve y eléctrico que habló más que cualquier discurso.
Dentro de la habitación, la realidad de su situación volvió a aplastarlos. Estaban solos, en el núcleo de un sistema que no dudaría en hacerlos desaparecer si descubrían su verdadero objetivo. La fachada de periodistas era tan frágil como el cristal de la ventana. Juan se dejó caer en su cama, exhausto.
—Es mucho más grande que nosotros, Eli. Más que el premio. Más que un artículo. Más que cualquier proyecto de ingeniería.
Eli se sentó en el borde de su cama, frente a él. No respondió de inmediato. Se quitó las botas con lentitud.
—Lo sé —dijo al fin—. Pero en el Etna en erupción también lo era. Y estuvimos allí, juntos, frente a esa fuerza que podía arrasarlo todo. Y no huimos. —Lo miró, y en sus ojos había una determinación feroz —. Esto no es diferente. Es otro tipo de erupción. Y estamos juntos en esto.
Esas palabras, simples y verdaderas, disiparon parte de las tinieblas en la mente de Juan. Ella no solo era su compañera; era, desde hace bastante tiempo, su persona de confianza, aquella en quien podía apoyarse incluso cuando todo lo demás fallaba. La persona que, frente al poder desnudo de la naturaleza o la maquinaria política de un estado, encontraba la razón para no volverse.
Más tarde, ya en la oscuridad total, con solo el resplandor lejano de la ciudad filtrándose por los bordes de la cortina, la incertidumbre del mañana se desvaneció momentáneamente.
—Juan —susurró Eli.
—¿Sí?
—Sea lo que sea lo que encontremos… o lo que nos encuentre a nosotros… —hizo una pausa—. Me alegro de no estar aquí con nadie más.
Entonces ocurrió algo mínimo y devastador: el móvil de Juan perdió la cobertura y la recuperó en un parpadeo. Luego, otra vez. Y en el pasillo, un golpe seco —no fuerte, no casual— sonó en algún punto cercano, como si alguien comprobara una puerta.

Ninguno de los dos se movió.
—Mañana —dijo Eli, apenas audible—, no improvisamos.
Él no respondió con palabras. Extendió la mano en la penumbra hasta encontrar la de ella, que ya lo esperaba. Sus dedos se entrelazaron, un pacto tácito sellado en la noche moscovita. Fue entonces cuando la distancia entre las dos camas se volvió irrelevante.

◆ ◆ ◆

Ya no hubo palabras, sólo complicidad y atracción mutua en medio de aquel caos, se acercaron y fueron uno.

6. EL TABLERO DEL CANTÁBRICO

Michael observaba el Cantábrico desde el amplio ventanal , intentando ignorar el presentimiento que llevaba días persiguiéndolo.
Mientras el oleaje rompía contra La Zurriola, se aplicaba una generosa cantidad de crema antiséptica SAVLON en el dedo anular. No deseaba recordar el origen de aquella leve quemadura.

A sus setenta años, el exdiplomático británico había encontrado en San Sebastián, junto a su mujer, Elena, un refugio definitivo, de una elegancia discreta y muy distinta a la de los bulliciosos pasillos de las embajadas o la gris solemnidad de Whitehall[39]. Allí había pasado la mayor parte de su vida.

Pero un hombre como él nunca se retiraba del todo; solo cambiaba de escenario.

Y aquel amanecer, algo en el aire le decía que ese escenario estaba a punto de cambiar de nuevo, en Moscú, donde su hija caminaba —sin saberlo del todo— sobre un secreto por el que demasiada gente había matado antes.

Michael mantenía la sobriedad británica incluso a sus setenta años: cabello gris ceniza, postura firme y una mirada que aún no se rendía al tiempo.

Su apartamento era un testimonio mudo de sus dos almas: la británica y la vasca. Estanterías repletas de clásicos en inglés y en español coexistían con acuarelas de la costa vasca y un retrato al óleo donde posaba junto a su mujer, Elena, con su gesto sereno y sus ojos anclados en esta tierra.

Sobre la mesa de café, junto a un ejemplar del *The Economist*, destacaba un plato de porcelana especialmente preparado con tejas, de las que era particularmente aficionado.

Su médico le había advertido sobre el azúcar, pero a su edad, algunos placeres eran innegociables.

El suave timbre de la puerta lo arrancó de sus cavilaciones. Una sonrisa se esbozó en sus labios, sin lograr ocultar del todo la cautela en sus ojos grises, todavía agudos como si el tiempo se hubiera olvidado de nublarlos.

Al abrir, se encontró con la figura esperada.

Iván Antonov, a sus ochenta y tres años, era la viva imagen de la diplomacia de la vieja escuela. Alto, aún erguido, vestía un impecable traje de lino claro, incongruente con el fresco clima donostiarra, pero que en él parecía natural, como una segunda piel. Su pelo, una vez negro, era ahora una melena plateada, peinada con una raya tan precisa que parecía trazada con escuadra. Llevaba una

carpeta de cuero bajo el brazo, un accesorio tan inherente a su persona como su propia sombra.

—Michael, mi viejo amigo —dijo Antonov, con una voz profunda, tan suave como el terciopelo y tan fría como el mármol de una tumba—. El Cantábrico nos regala otro día de postal.

—Iván. *Always a pleasure*[40] —respondió Michael, con su acento británico marcando cada palabra, tan presente como el primer día que pisó España hacía casi medio siglo—. *Do come in, old chap*[41]. El café está listo. Dos *espressos* dobles, como me gusta a mí. Nunca he entendido la afición de mis paisanos ingleses por esa agua marrón que llaman té.

Repitieron su viejo ritual: café fuerte, un buen tinto de Remírez de Ganuza y la mesa de ajedrez entre ambos. Michael acabó un *After Eight*[42], que estaba saboreando minutos antes; Antonov, solo una teja, que Elena había traído de una confitería de la Parte Vieja[43]. Esa diferencia siempre decía más que sus palabras: uno se entregaba a los placeres terrenales, el otro ejercitaba un control absoluto, una abstinencia que era en sí misma una forma de poder.

—¿Preparado para una partida? —propuso Michael, como siempre, limpiándose las yemas de los dedos con una servilleta de algodón.

—Por supuesto —asintió Antonov, colocando las piezas con movimientos precisos y económicos, sin un solo ruido superfluo—. Las blancas, para el anfitrión.

Michael inició con una apertura de *peón de rey*, un movimiento sólido y clásico. Antonov respondió con la *defensa siciliana*, agresiva y compleja. Los primeros movimientos fueron rápidos, automáticos, un preludio de tanteo. El crujido de la madera y el tintineo de las tazas contra los platillos eran los únicos sonidos, una música minimalista para un duelo de titanes.

—Por cierto, Eli está de viaje —comentó Michael, haciendo avanzar un caballo—. Por trabajo. En tu tierra… en Moscú.

Intentó que su mano no temblara al mover la pieza; la partida, para su oponente, era solo ajedrez. Para él, cada movimiento era también la sombra del peligro que amenazaba a su hija.

Antonov no alzó la vista del tablero, pero Michael notó una casi imperceptible duda, algo sutil, antes de mover un alfil.
—Moscú es una ciudad fascinante. Llena de historia. ¿Planea quedarse mucho tiempo?
—Lo necesario. No está sola. Asiste a la entrega de un premio. El de Periodismo e Ingeniería. Lo ha ganado un compañero, Juan —dijo Michael, tomando un sorbo de su *espresso*, dejando que el amargo aroma llenara sus fosas nasales—. *Quite an achievement*[44].
—Ah, cierto. He leído algo —murmuró Antonov, su atención aparentemente absorbida por el ébano y el boj—. Un reconocimiento muy importante.
—La energía es un campo de batalla trascendental —dijo Antonov.
—Más limpio que las trincheras —admitió Michael—. Pero igual de decisivo.
Las piezas chocaron en el tablero.
—Sin duda —asintió Michael—. Aunque a veces los campos de batalla más interesantes están bajo tierra. Como el metro de Moscú: una obra de arte, una maravilla de la ingeniería soviética. Eli me decía que además piensan hacer un reportaje sobre su huella energética. —Hizo una pausa y tomó otro bocado de pastel, con una naturalidad estudiada, como si la conversación no fuera más que eso.
Antonov alzó por fin la mirada. Sus ojos, de un azul acerado, se encontraron con los de Michael, y por un segundo, la máscara de afabilidad se volvió translúcida.
—¿El metro? Es una elección… peculiar para ese nuevo… estudio. Hay centrales hidroeléctricas, presas, mucho más… fotogénicas.
—Oh, ya conoces a los periodistas, y estos, además, son ingenieros —sonrió Michael, moviendo su dama a una posición más expuesta, un guiño en el juego real y en el metafórico—. Siempre buscando un ángulo original. Han mostrado especial interés por las estaciones más antiguas. Las de la línea Koltsevaya. Dicen que son un ejemplo de eficiencia en la ventilación. Incluso hablaban de una estación, no recuerdo el nombre… ¿Puede ser Volkhov? ¿Te suena? Creo que está abandonada.

Se impuso un silencio sepulcral.

Antonov dejó su taza sobre la mesa con un clic perfectamente audible, un sonido que cortó el aire como un cuchillo. Su rostro no se inmutó, pero Michael, que lo conocía desde sus días de enfrentamientos velados en los pasillos de la ONU a finales de los años 80, notó el cambio. La amenaza, ahora, era velada pero diáfana.

—Son leyendas urbanas, Michael. Cuentos para turistas y para periodistas demasiado imaginativos. El metro de Moscú es un organismo vivo y funcional. No un cementerio de fantasmas.

—Claro, claro —asintió Michael, con un ademán despreocupado mientras se servía otro *espresso*, un gesto automático para templar la ansiedad—. *But ghosts sell newspapers, my dear fellow*[45]. Y a mi hija y a Juan les encantan los rompecabezas técnicos, aunque sean imaginarios. —Endulzó el café con dos cucharaditas de azúcar, un gesto deliberadamente mundano que Antonov observó con una sutil desaprobación que solo alguien como Michael podía detectar.

Antonov no respondió de forma automática. En su lugar, movió su torre, capturando con firmeza un peón de Michael.

—Jaque.

Michael estudió el tablero. El movimiento era bueno, agresivo. Antonov no solo estaba al tanto de la leyenda de Volkhov; la había reconocido como una amenaza y contraatacaba sin piedad.

—Bien jugado —murmuró Michael, desviando a su rey con un movimiento cauteloso—. Siempre tan directo.

—La elegancia es un lujo, querido amigo. La eficacia, una necesidad. Había aprendido esa máxima décadas atrás, en un sótano de la vieja Academia de Inteligencia Exterior, Yuri Andrópov (SVR)[46]. Había aprendido esa máxima décadas atrás, en una academia soviética donde la elegancia se castigaba como debilidad. Allí, un compañero demasiado brillante desapareció tras una jugada arriesgada. Antonov nunca lo olvidó.

La eficacia sí.

Volvió a mover su torre con precisión.

—Jaque.

Se reclinó en su sillón.
—Dile a tu hija que Moscú puede ser… complicada para los curiosos. A veces lo que parece un rompecabezas técnico es una caja fuerte. Y a algunas cajas fuertes es mejor no acercarles el oído.
La amenaza, ahora, era velada pero diáfana. Michael mantuvo la calma, moviendo un alfil para defender su flanco debilitado. Con la otra mano, tomó ahora una pantxineta del plato. El contraste entre la frivolidad del gesto y la gravedad de la conversación no era accidental; era su propia defensa, su manera de decir que no se doblaría.
—Se lo transmitiré —dijo Michael, mordiendo el pastel con deliberada lentitud, saboreando la crema y la almendra como un acto de desafío—. *But Eli has always had a mind of her own*[47]. Igual que su madre Elena. Y estos chicos de hoy en día, ya sabes, es difícil disuadirlos cuando huelen una buena historia, son como sabuesos.
—Los sabuesos sin experiencia a veces confunden el rastro de un tesoro con el de una trampa —replicó Antonov, con voz suave como terciopelo—. Y en Moscú, las trampas son antiguas y muy, muy efectivas. Algunas llevan esperando desde la Gran Guerra Patriótica[48].
La partida continuó en un mutismo formal, solo roto por el sonido seco de las piezas al deslizarse o ser capturadas. Michael sacrificó un caballo para ganar posición, una jugada arriesgada que reflejaba con exactitud la situación real. Antonov respondió con una frialdad imperturbable, consolidando su ventaja con la paciencia de un geólogo que ve formarse un diamante bajo una presión inmensa.
Mientras jugaban, Michael no podía dejar de pensar en los planos que había proporcionado a su hija, en las viejas historias que Konstantin, su contacto en la biblioteca, le había contado sobre los túneles secretos. Cada movimiento en el tablero le parecía reflejo de los peligros que Eli y Juan podrían estar enfrentando en ese mismo instante, a miles de kilómetros de distancia.
Antonov ganó la partida quince minutos después, con un jaque mate, crudo y calculado que dejó a Michael sin escapatoria.
—Una partida estimulante, como siempre.

—*Well, that's that*[49] —convino Michael, sin perder la compostura, aunque una gota de sudor se abrió camino por su espalda—. *Your game is as sharp as ever, Iván*[50].

Se despidieron con la misma cortesía envenenada con la que se habían saludado, Antonov prometiendo traer en su próxima visita un vino del Cáucaso que tenía guardado.

—Un regalo para acompañar tus… dulces —dijo con una sonrisa ligera que no llegaba a sus ojos, que permanecieron fríos y distantes.

Cuando la puerta se cerró, la sonrisa de Michael se desvaneció, disuelta por la gravedad de la situación. Se quedó junto a la mesa, observando la posición de derrota en el tablero, las piezas blancas acorraladas. Pero no se sentía vencido. Había logrado su objetivo: confirmar que Volkhov era más que una leyenda y que Antonov estaba sobre aviso.

El hecho de que Antonov hubiera mencionado la «Gran Guerra Patriótica» era casi una tácita confirmación, un desliz calculado o una advertencia explícita, de que los «Diarios de Smolensk» eran reales y de que él sabía exactamente de lo que estaban hablando.

Iván Antonov era el mismo hombre que aparecía en la foto de 1976 en Hanói junto a los padres de Vladislav.

Dmitri Aleksandrovich.

Era el alias operativo que usó durante sus años en el NKVD, clasificado como Nivel 5 en los archivos internos del FSB.

Michael lo sabía desde hacía bastante tiempo, un conocimiento que guardaba como un naipe en la manga. El halcón de la vieja guardia y el cazador paciente eran el mismo hombre.

Se acercó a su teléfono fijo de color negro, un aparato seguro y encriptado que solo usaba para asuntos muy concretos, una línea directa con un pasado que no lo soltaba. Comenzó a marcar un número internacional, pero su mano se detuvo en el aire.

Michael se quedó junto al tablero un largo instante, sin tocar las piezas. La partida había terminado, pero la sensación de amenaza permanecía.

No muy lejos de allí, el día continuaba con su ritmo habitual.

En Irulea[51], Elena había entrado para saludar a su hermana. La fotografía de Bruce Springsteen, de su última visita a la tienda, seguía atrayendo miradas, igual que la fotografía de la capota hecha para la princesa Charlotte.
—Todavía hay muchos que entran preguntando —comentó su hermana.
Elena sonrió.
Entonces sonó el teléfono.
—Es Michael.
Elena sintió un leve sobresalto.
—¿Sí?
—Solo una llamada rápida —dijo él, con tono neutro—. Te has dejado el móvil. Y… por cierto… todo está en calma. Puedes estar tranquila.
Elena captó el mensaje al instante.
—Gracias. Vuelvo enseguida.
Colgó con una inquietud que no supo disimular.
Ya en su apartamento, Michael dejó el auricular.
«Lo siento. La he metido en esto. *Bloody hell!*[52]».
Durante años creyó tener control, pero ahora dudaba. Aun así, debía advertir a Konstantin. Era su seguro en Moscú.
Marcó.
La línea sonó demasiado tiempo.
—¿Mmm?
—Konstantin, soy el «primo» —dijo Michael, usando el código acordado, con un acento que denotaba urgencia—. El tiempo en San Sebastián es incierto. Parece que habrá tormenta.
Al otro lado del teléfono, Konstantin guardó silencio un momento. Respondió con una voz preocupada.
—Entendido. Aquí también el cielo se está nublando. Tendré cuidado.
—Cuida de los pájaros que vuelan bajo, viejo amigo —susurró Michael antes de colgar, con el sabor amargo de la responsabilidad.
Michael se dirigió de nuevo al ventanal. La bruma se había disipado por completo y un sol pálido intentaba abrirse paso entre las nubes,

bañando el Cantábrico de una luz engañosamente tranquila. La partida en San Sebastián había terminado. La de Moscú acababa de entrar en una fase mucho más peligrosa y oscura. Antonov no se quedaría de brazos cruzados, tenía demasiado interés en la «partida». Ahora era una carrera contrarreloj, y Michael solo podía esperar, desde su apartamento con olor a café, que su hija fuera tan astuta como su madre y tan resiliente como él. Tomó su taza vacía y suspiró, anhelando inconscientemente otro dulce que calmara la amarga incertidumbre que lo corroía por dentro.

Suspiró. El azúcar, al fin y al cabo, era el contrapunto perfecto, un edulcorante momentáneo para la acidez de la espera.

Dos días después, Antonov abandonaría España con la discreción de un espíritu. No hubo comunicados ni despedidas; solo un vuelo nocturno hacia Buenos Aires, donde la Embajada Rusa le ofrecía un refugio tan cómodo como estratégico. Argentina no era un capricho: era la nueva pieza en su tablero, un enclave desde el que podía vigilar el Atlántico Sur.

Michael lo sospechaba. No porque Antonov se lo dijera en la partida, sino por la actitud calculada con que movió su torre y la amenaza velada que dejó caer como una sombra.

◆ ◆ ◆

El silencio dejó atrás una sombra difícil de ignorar. Aunque esta vez, por primera vez en décadas, Michael sintió que Antonov había visto a través de él.

7. BAJO LA CIUDAD

El amanecer en Moscú fue una rendija de luz pálida que se coló entre los nubarrones. Desde la ventana, Juan observaba cómo el día se abría paso con desgana, tiñendo de gris los patios interiores.
La ciudad, incluso en su despertar, custodiaba sus secretos con hermetismo eslavo. Aquella mañana, la farsa de los «periodistas turistas» adquirió un nuevo y urgente matiz.
Eli ya estaba en pie. Vestía un suéter beige y vaqueros oscuros, un atuendo diseñado para fundirse con el paisaje urbano. Su pelo

oscuro, suelto y alisado, acentuaba la elegancia de su rostro. Al ver a Juan, le tendió una taza de café instantáneo, un brebaje amargo que poco tenía que ver con el *espresso* de Michael.
—¿Listo para un día de estudio? —preguntó, con un deje de ironía en la voz.
—Como si mi vida dependiera de ello —respondió Juan, aceptando la taza—. Y quién sabe si así es.
Mientras ellos ultimaban los preparativos, a dos mil quinientos kilómetros, Vladislav Petrov se preparaba para cruzar un umbral que cambiaría su vida. En su apartamento londinense, revisaba los últimos informes enviados por Morozov, mientras un billete de avión a Moscú descansaba sobre la mesa como una sentencia.
El viaje en metro hasta la Biblioteca Estatal, junto a la estación Biblioteka Imeni Lenina[53], fue una inmersión más profunda en las entrañas de Moscú. No eran observadores ya, sino intrusos. Sus miradas, disimuladas pero afiladas, escudriñaban cada detalle: los ojos de cristal de las cámaras en los techos abovedados, las puertas blindadas con inscripciones cirílicas inescrutables, los rostros inexpresivos de los empleados, preguntándose cuál ocultaría al vigilante. La majestuosidad estalinista del metro ya no les parecía grandiosa, sino opresiva, un recordatorio de la maquinaria estatal que podía triturarlos.
La Biblioteca Estatal se alzaba como un coloso soviético.
Al cruzar sus puertas, el mundo exterior, con su ambiente y su bullicio, se desvaneció, reemplazado por un silencio eclesiástico, roto solo por el susurro de páginas centenarias y el retumbar lejano de pasos sobre mármol. El aire olía a polvo de siglos, a papel viejo y a una quietud institucional que todo lo impregnaba.
En el mostrador de información, Eli preguntó en ruso, ayudándose de la aplicación de síntesis de voz con traducción simultánea de su OnePlus, por el profesor Konstantin Kuznetsov.
La mujer tras el mostrador, con gafas de pasta negra y cristales gruesos, y un rostro surcado de arrugas, los radiografió con desconfianza antes de indicarles, con un gesto seco, que subieran al

cuarto piso, al departamento de «Archivos de Planificación Urbana Histórica».
El pasillo era un túnel de suelos de madera oscura y luz tenue, flanqueado por altas puertas que parecían no llevar a ninguna parte. La oficina del Sr. Kuznetsov estaba al fondo. Al llamar, una voz anciana y algo temblorosa los invitó a pasar.
La estancia era una cápsula de tiempo. Estanterías desbordadas de legajos, rollos de planos amarillentos y libros con lomos de piel agrietada se alzaban hasta el techo. En el centro de aquel caos ordenado, tras un escritorio abarrotado de papeles, estaba Konstantin Kuznetsov. Un hombre menudo, de pelo grisáceo escaso y ojos azules que, pese a su afabilidad, escondían una profunda fatiga. Llevaba una bata de laboratorio manchada de tinta y polvo.
—¿Profesor Kuznetsov? —preguntó Eli, cerrando la puerta tras de sí —. Soy Eli. Mi padre, Michael, le envía saludos.
El nombre de Michael hizo que los ojos del viejo profesor se iluminaran con un destello de reconocimiento, seguido de inmediato por una sombra de aprensión. Hizo un gesto rápido hacia las dos sillas, despejándolas de un montón de carpetas.
—Michael… sí, sí —murmuró en inglés, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Un hombre… interesante. Dijo que vendrían. —Sus ojos, nublados por la edad pero aún lúcidos, los escrutaron—. ¿El reportaje? ¿Sobre… infraestructuras?
—Sí, profesor —confirmó Juan, adoptando un tono profesional—. Nos interesa la planificación original del metro, especialmente los sistemas de ventilación y los túneles de mantenimiento de la línea Koltsevaya. De la era inicial.
Kuznetsov asintió con suavidad, pero su expresión iba más allá de sus palabras. Estaba sopesando el riesgo.
—Es un tema… muy especializado. Muchos de esos planos son borradores, proyectos nunca realizados. —Hizo una pausa, jugueteando nerviosamente con un lapicero—. ¿Algo en concreto?
Eli se inclinó hacia adelante, su voz un hilo imperceptible.
—Mi padre mencionó un nombre. Volkhov.
El efecto fue instantáneo. Kuznetsov palideció. Su mano se cerró con fuerza alrededor del lapicero, los nudillos blanquecinos. Miró hacia la

puerta con el reflejo condicionado de quien ha vivido demasiado tiempo bajo miradas ajenas.
—Ese nombre… no se pronuncia aquí —susurró, con una urgencia repentina—. Es un fantasma.
—Pero los fantasmas a veces dejan huella en los planos, ¿no? —insistió Eli con suavidad, pero con firmeza—. Aunque luego los borren.
Kuznetsov los miró a ambos, sus ojos saltando de uno a otro como los de un animal acorralado. Al fin, con un suspiro que parecía surgir de lo más hondo, se levantó con dificultad.
—Hay… una sala de archivos. La 75B. Al final del pasillo. Material no catalogado de los años 30 y 40. A veces… a veces se guardan cosas allí que no deberían estar en los registros principales. —Se acercó a Juan y le deslizó en la mano una llave pequeña y oxidada—. La cerradura está… estropeada. Un golpe seco suele bastar. Yo no les he dicho nada. No los he visto.
Era su consentimiento. Un acto de valentía temeraria, motivado por una deuda antigua o por el último rescoldo de dignidad de un hombre cansado de tener miedo.
La sala 75B era aún más lúgubre que el pasillo anterior. Olía a humedad y a abandono. Las estanterías metálicas estaban cubiertas de un velo de polvo espeso, y cajas de cartón se apilaban como un «tetris».
Siguiendo las indicaciones de Kuznetsov, buscaron entre cajas marcadas con fechas entre 1938 y 1945. El tiempo pasaba con lentitud agónica, cada minuto aumentando su sensación de exposición.
Entre planos de los años 30, Juan vio notas antiguas de cimentación profunda.
—Esto huele a escuela de Betancourt —comentó, como quien reconoce una caligrafía.
En una caja etiquetada como «Bocetos preliminares — Línea Koltsevaya-1938», Juan encontró un rollo sorprendentemente bien conservado. Lo abrió.
Allí estaba.

Un plano detallado de un tramo de túnel entre Kurskaya y Taganskaya. Los primeros trazados del anillo existían ya en anteproyecto previo de la guerra. Y, claramente marcado con tinta roja algo más desvaída, una desviación: un túnel más estrecho que se adentraba en la oscuridad del diagrama, terminando en una pequeña cámara rectangular. Sobre ella, escrito en cirílico con una caligrafía pulcra, una sola palabra:
«Волхов». Volkhov.
—Dios mío —susurró Eli, tocando el nombre con la yema del dedo, como para asegurarse de que era real—. Existe.
Pero no era todo. En un margen del plano, escrito con un lápiz diferente, más apresurado, había una anotación.

Доступ: Вентиляционный канал ВК-7. Съемная решётка. Координаты: 55.7602° N, 37.6590° E [54]

Juan sacó su iPhone y, ocultándolo tras una pila de cajas, tradujo el texto y buscó las coordenadas en la aplicación MAPS.ME, que ya tenía descargado el mapa de Moscú. El marcador se posó sobre una construcción, a dos manzanas de Kurskaya.
No era la entrada principal, sino un punto de acceso alternativo, una especie de puerta trasera a la leyenda.
—Mira la traza —susurró Eli—. La derivación no respira como un acceso de obra; respira como una mentira bien hecha.
Juan la observó trabajar: el modo en que el ceño se le fruncía no por tensión, sino por concentración; la paciencia con la que seguía cada línea hasta devolverla a su origen. La luz oblicua de la sala se detuvo un momento en el hueso de su pómulo. Él pensó —sin sorpresa, como si lo supiera desde otra vida— que esa luz estaba de su parte.
—Fíjate —dijo Eli—, este error no es un fallo, es una señal falsa. Al crédulo le servirá. Al que busque entrar, lo perderá.

Quiso decirle que él prefería perderse con ella antes que acertar solo, pero se limitó a asentir.
Cuando estiró el brazo para sostener el borde del papel, sus manos quedaron tan cerca que el temblor minúsculo de una alcanzó a la otra. No la retiraron. La traza, por fin, dibujó un camino. A veces la verdad y la cercanía obedecen a la misma geometría.
—Tenemos que copiar esto —dijo Juan, con la voz cargada de una urgencia súbita.
—Demasiado arriesgado pedir un duplicado oficial —razonó Eli, su pragmatismo chocando con la emoción del descubrimiento.
—No una copia oficial —Juan alzó su teléfono—. Una «foto para nuestro archivo personal». Un detalle del sistema de ventilación, nada más.
Con rapidez, con las manos temblándole ligeramente, tomó varias fotografías nítidas del plano completo, capturando la anotación y las coordenadas. Guardó el teléfono en un bolsillo interior, sintiendo el peso del secreto como si fuera de plomo.
Avanzaron hacia la salida y asintieron discretamente a Kuznetsov. El viejo profesor los miró, y en sus ojos había una mezcla de alivio y lástima.
—Y… —Konstantin tragó saliva—. Dígale a Michael que el «primo» ha pagado su deuda. —Se arremangó la bata: un brazalete plástico hospitalario, asomó un segundo—. A veces no nos enferma la edad, sino la gente que pregunta demasiado. Mi nieto me espera fuera de Moscú. No me haga arrepentirme de haberles visto.
—Por último, tengan cuidado —susurró—. Los fantasmas no quieren ser despertados.
Al salir a la calle, la luz del día, ya declinando, les golpeó con una crudeza inesperada. Moscú ya no era una ciudad imponente y ajena. Era una maraña que empezaban a vislumbrar. La primera pista estaba en sus manos, pero con ella llegaba una realidad aterradora: habían cruzado un umbral. Si ellos lo sabían, era posible que los guardianes del secreto también lo supieran.
Caminaron en silencio, alejándose de la biblioteca con pasos que pretendían calma pero que delataban prisa.

—No podemos volver al hotel —murmuró Eli, sus ojos escaneando los reflejos en los escaparates—.
—¿Adónde, entonces?
—Vayamos al GUM[55]. Es un hervidero de turistas. Podemos perdernos y planificar con más intimidad.
En el metro, la paranoia se hizo tangible.
Juan observó que un hombre con una chaqueta gris parecía mantener una distancia constante. ¿Era su imaginación, alimentada por el miedo, o era real?
Al emerger en la Plaza Roja[56], el contraste fue brutal.
El GUM, un emblema del consumismo del siglo XIX, se alzaba como una burbuja de frivolidad frente a la austeridad del Kremlin. Bajo sus bóvedas acristaladas, se mezclaron con la multitud. En un café elevado, desplegaron las fotos del plano en la pantalla del teléfono.
—Tenemos la ubicación de Volkhov —dijo Eli, ampliando la imagen—. Este edificio es una tapadera. La entrada real debe estar camuflada.
—¿Y el conducto BK-7? —preguntó Juan—.
—Pero necesitamos localizarlo físicamente. No podemos ir preguntando.
Mientras hablaban, un televisor emitía silenciosamente las noticias. El rostro del presidente Putin, luego el viceprimer ministro Novak hablando de planes energéticos. Era la Rusia oficial, la superficie pulcra bajo la cual ellos se adentraban.
—Mira —susurró Juan, apuntando discretamente hacia la planta de abajo.
El hombre de la chaqueta gris deambulaba frente a una tienda de souvenirs. Su presencia, en ese lugar y momento, era demasiado precisa y poco casual.
—Nos están siguiendo —la voz de Eli se tornó gélida, su pragmatismo transformado en alerta máxima—. Kuznetsov tenía razón.
—¿Qué hacemos?
—Nos dividimos. Es más difícil seguir a dos. Tú quédate. Yo bajo y me pierdo. Nos vemos en media hora en los almacenes TsUM[57], en la sección de caballeros.

—¿Y si es una trampa?
—Es un riesgo —admitió Eli, cogiendo su bolso—. Pero es mayor que nos sigan hasta el hotel o hasta Volkhov. Confía en mí.
Sin esperar respuesta, se fundió con la multitud. Juan la vio descender por una escalera lateral.
Minutos después, el hombre de la chaqueta gris recibió una llamada y se alejó con visible frustración.
Ella había tenido éxito.
Media hora más tarde, entre corbatas de seda en los TsUM, Eli apareció a su lado. Su rostro estaba sonrojado por el frío y la prisa.
—Logré despistarle —confirmó—. Estoy segura de que no me siguió.
—¿Y ahora?
—Ahora, usaremos lo que sabemos. Las coordenadas. Tenemos que ir. Esta noche.
La decisión era temeraria, pero necesaria. La aparición del hombre de la chaqueta gris significaba que su ventana de oportunidad se cerraba.
Al caer la noche, tras un desvío elaborado, se plantaron frente al edificio al que llevaban las coordenadas. Un bloque de oficinas de los años 70, con fachada de cemento y ventanas oscuras. Nada parecía un acceso secreto; todo parecía un edificio gubernamental olvidado, pero bien conservado.
—Solo hay una fachada —susurró Juan, decepcionado.
—Hay algo más —dijo Eli, señalando una rejilla de ventilación oxidada en la base del edificio, semioculta por arbustos—. Mira.
Juan se agachó. Grabado en el metal sucio, casi imperceptible, había una inscripción recubierta de barro con abreviaturas en cirílico: «BK-7». El conducto de ventilación BK-7. La puerta de atrás.
Se miraron y en sus ojos se reflejó la misma certeza. Aquel era el lugar. El corazón de la misión. La entrada a Volkhov estaba allí, frente a ellos.
Tenían la llave.
Solo necesitaban encontrar el valor para girarla.

8. EL ESPEJO DEL CAZADOR

La luz de la pantalla era el único foco en el apartamento londinense de Vladislav. Esa mañana, la voz de Morozov había irrumpido en su silencio, pulcra y cortés, como un bisturí, escondiendo una orden irrevocable.

—Tenemos un pequeño contratiempo en Moscú, Vladislav. Un par de periodistas españoles, los del premio de ingeniería, están haciendo preguntas… inapropiadas. Sobre el metro. Sobre sitios históricos.

Dado su conocimiento de la cultura occidental y su profesión, usted es la persona ideal para acercarse a ellos. Gánese su confianza.

Averigüe qué buscan y quién está detrás.
Ahora, frente a él, desplegadas como un mosaico de vidas ajenas, estaban las existencias públicas de Juan y Eli: sus artículos, sus perfiles profesionales y fotografías paseando por Moscú. Los veía, pero no los leía; su mente estaba anclada en los expedientes desclasificados de la embajada, en las frías evaluaciones del KGB sobre sus padres: «Krepost» y «Solntse».
Los nombres en clave le quemaban la memoria como un hierro al rojo.
Le habían enviado los expedientes, limpios y superficiales. Juan, ingeniero y periodista, metódico. Eli, también ingeniera, hija de un exdiplomático británico. Nada parecía fuera de lo común, excepto el repentino y específico interés por las entrañas de Moscú. Pero Vladislav olió algo más en el aire, un rastro que le resultaba tristemente familiar. Olía a su propia y envenenada búsqueda.
El encargo era diáfano: vigilarlos, acercarse, controlarlos. Era su primera misión operativa real. Ya no se trataba solo de ser un analista de escritorio; era un actor, un espejismo de camaradería para ejecutar una traición. Y, sin embargo, una parte de él —la parte devorada por la necesidad de respuestas— vislumbró una oportunidad.
Mientras diseccionaba sus vidas desde la pantalla, Juan y Eli, ajenos a la telaraña que se cerraba sobre ellos, recorrían los andenes de Kurskaya, grabando en su memoria cada detalle para la incursión que planeaban. La posibilidad, por remota que fuera, de que sus caminos convergieran en la misma verdad, era un cebo irresistible.
Antes de partir, Vladislav hizo una peregrinación necesaria al cementerio de Brookwood[58], a las afueras de Londres. La lápida era sencilla, austera:

†

Yuri Petrov (1938–2005)

Irina Petrova (1940–2012)

No había menciones a «Krepost» o «Solntse». Solo nombres y fechas, una vida de lealtades y mentiras reducida a dos líneas de granito.

—¿Quiénes fueron en realidad? —susurró.

El viento frío pareció responder con silencio. Se marchó sintiendo que no abandonaba un cementerio, sino una sala de interrogatorios que lo había retenido veinticinco años.

El vuelo a Moscú fue un trance. Cada minuto en el aire lo acercaba a un precipicio. Al aterrizar en Sheremétievo[59], la opresión fue familiar, pero diferente. No era un forastero entrando en territorio enemigo, sino un hijo pródigo volviendo a las fauces del oso.

Un hombre con un abrigo oscuro y gesto plano, lo recogió en la terminal. No hubo saludos. Solo un asentimiento. Lo condujo a un apartamento seguro en un bloque de la era Brezhnev[60] hacia el oeste del intercambiador de Kíevskaya[61]. Era funcional y limpio.

Sobre la mesa del salón, un dossier nuevo lo esperaba.

Contenía actualizaciones: los movimientos de Juan y Eli en las últimas veinticuatro horas. Lugares donde habían comido, rutas, su paseo por el GUM. Su reconocimiento del edificio administrativo cerca de Kurskaya, una zona que cualquier estudioso de lo oculto en Moscú asociaba con leyendas de túneles secretos. El dossier no lo decía, pero él lo intuía: estaban siguiendo el rastro de una estación fantasma. ¿Buscaban Volkhov? La pregunta era: ¿por qué a sus amos en el FSB les importaba tanto que un par de periodistas persiguieran un mito urbano?

Entre las notas, un nombre. Iván Antonov. Aparecía vinculado a una reunión diplomática en San Sebastián. Vladislav frunció el ceño. Ese nombre no le era ajeno. Lo había visto antes, en un artículo sobre la vieja guardia del NKVD.

Buscó en su base de datos personal, y allí estaba: Antonov, alias operativo Dmitri Aleksandrovich, nivel 5, activo en Vietnam en los años 70.
El aire se le escapó de los pulmones.
Era él. El hombre de la foto.
El espectro que había marcado su infancia.
—Dios mío —susurró.
Era real. Y ahora, era una pieza más en el juego.
Vladislav se dejó caer en la silla, sintiendo que el tablero se había girado. Era algo más que una misión. Era personal. El hombre que había estado junto a sus padres, el que había tejido la red que los atrapó, estaba vivo. Y seguía moviendo piezas. Si Antonov estaba vivo, si seguía moviendo piezas, entonces acercarse a Juan y Eli no era solo una orden. Era una oportunidad de entender el tablero.
Siguiendo órdenes, se dirigió al hotel de Juan y Eli. Se apostó en un café enfrente, con una vista clara de la entrada. Los vio salir, abrigados contra el frío, las cámaras colgando de sus cuellos como amuletos de su cobertura. La pareja perfecta. Eli, con su paso decidido y su mirada que detectaba todo como un radar. Juan, igual de decidido, observando los detalles arquitectónicos con ojo ingenieril. Los estudió en busca de grietas y solo encontró la determinación serena de quien cree llevar la razón.
Los siguió a distancia, empleando las técnicas básicas que ahora definían su nueva vida —técnicas que, en parte, le recordaban a las de un periodista curtido: los reflejos en los escaparates, los cambios de ritmo, las paradas falsas.
Pronto comprobó que no eran vigilantes novatos. Eli, en particular, exhibía una conciencia situacional innata. No era solo la hija de un exdiplomático; había heredado su instinto.
Su oportunidad surgió en el Parque Gorky[62]. Paseaban, quedándose parados de vez en cuando, mientras se hacían fotografías cual turistas. Eli y Juan tomaron asiento en el Café Cochonnet, y les sirvieron sendos cafés latte. Vladislav se acercó y pidió un chocolate caliente. Con una sonrisa pícara y distraída, se aproximó a la mesa de los dos «turistas» españoles.

—Disculpen —dijo en un inglés con suave acento ruso—. *Would you be so kind... Would you mind taking a picture of me for the memory?*[63] —Les alargó su cámara réflex Nikon D5600.
Juan, sorprendido, aceptó. —Claro.
Mientras Juan encuadraba, Eli observaba, con sus ojos marrones, las facciones e indumentaria de ese «espontáneo». No con desconfianza abierta, sino con una cautela de felino.
—Gracias. Es un lugar maravilloso, ¿verdad? —comentó, señalando la pista—. Soy Vladislav. Vladislav Petrov. Periodista.
La mención a su profesión hizo que la expresión de Eli se suavizara un milímetro. —Eli. Y él es Juan. También periodistas.
—¡Vaya! ¿En serio? —fingió sorpresa—. ¿De dónde?
—España. Estamos aquí por el Premio de Periodismo e Ingeniería, Juan es uno de los ganadores.
—¡Ah, sí! Algo he leído. Enhorabuena, compañero. —Vladislav bebió un sorbo de su chocolate—. Yo trabajo para una agencia de noticias rusa. Especializado en historia y cultura. Mi país y en particular Moscú es una mina para eso.
—Nos estamos dando cuenta —dijo Juan, con una sonrisa cordial pero distante.
—Si quieren, podría enseñarles algunos sitios menos… turísticos —ofreció Vladislav, con naturalidad ensayada—. El palco de Stalin en el Bolshói[64], o… el metro, por ejemplo. No solo las estaciones bonitas, sino su historia. Es fascinante.
Vio el destello de interés, inmediatamente reprimido, en los ojos de Eli. Era como si hubiera pulsado la tecla exacta.
—Es una oferta tentadora —dijo ella, medidamente—. Justo estábamos pensando en un reportaje sobre infraestructuras urbanas. La eficiencia energética del metro.
—¡Perfecto! —exclamó Vladislav—. Conozco a ingenieros retirados, archivos… Podría ser de ayuda. —Les tendió una tarjeta de visita sencilla—. Mi número. Llámenme si les interesa.
Intercambiaron cortesías antes de que Vladislav se despidiera. Al torcer la esquina, se apoyó contra la fría pared de ladrillo, el corazón martilleándole el pecho. Los había visto. Se había acercado. El juego

acababa de comenzar. Juan y Eli estaban en algún lugar de ahí fuera, quizás aun procesando su encuentro con él, sin saber que el lobo ya caminaba entre ellos.

Pero al recordar sus rostros, a Eli con su inteligencia contenida y a Juan con su cordialidad palpable, no pudo evitar sentirse como el lobo disfrazado de cordero. Ellos buscaban una historia. Él buscaba redimir el pasado de sus padres. Y el FSB… el FSB buscaba lo que siempre busca: control, poder.

Esa noche, en su apartamento seguro, informó a Morozov. «El contacto está establecido. Parecen receptivos». La respuesta fue breve. «Proceda. Manténganos informados».

Vladislav apagó el teléfono y contempló por la ventana el perfil iluminado de Moscú.

El periodista, el hijo, el recluta, se encontraba atrapado entre dos mundos que se encaminaban a una colisión. Había entrado en el tablero de juego, pero aún no sabía de qué lado estaba, o si, en esa partida, existía un lado en el que poder estar.

La noche fue larga e insomne. Entre las cuatro paredes neutras del apartamento, Vladislav repasó cada instante del encuentro. La forma en que Eli lo había radiografiado, como si pudiera ver la sombra del FSB tras sus ojos. La cautela de Juan, que iba más allá de la reserva de un turista. No eran simples curiosos. Había una urgencia en ellos que resonaba, aterradoramente, con la suya.

Al amanecer, un nuevo mensaje de Morozov. Una foto nítida de Juan y Eli saliendo de la Biblioteca Estatal. El FSB no regalaba confianza: la dosificaba. Solo después de demostrar utilidad, le habían entregado material más sensible. Era su tímida recompensa. O su advertencia.

«Como sospechábamos, su investigación se centra en archivos históricos del metro. Profundice.»

Profundizar. La palabra sonó a traición. Pero también a oportunidad. Si esos españoles habían encontrado algo relacionado con los túneles secretos, quizás, solo quizás, ese algo pudiera iluminar también las sombras de su pasado.

Decidió no esperar. Comenzó la vigilancia, que le llevó hasta un café en Arbat[65], un lugar con pretensiones bohemias. Los vio instalarse en una mesa del fondo, absortos en sus portátiles. Esperó el momento preciso antes de acercarse, con una sonrisa de sorpresa cuidadosamente calculada.

—Qué casualidad —dijo—. El pequeño mundo del periodismo. ¿Les importa si me uno?

Juan pareció en cierto modo irritado, pero Eli, tras un instante de evaluación, asintió. —Por supuesto, Vladislav. Estábamos poniendo al día los emails.

Vladislav tomó asiento.

—¿Y cómo va su reportaje? ¿Encontraron material interesante en la Biblioteca? Es un lugar lleno de… secretos.

Vio cómo se miraban brevemente. Un destello de alerta cruzó los ojos de Eli.

—Algunos datos técnicos —dijo ella, evasiva—. Planos antiguos. Proyectos inacabados.

—Sí, la historia soviética está llena de callejones sin salida —asintió Vladislav—. Literalmente. Se rumorea que hay túneles enteros abandonados. Como esa… ¿cómo se llama? ¿Volkhov? ¿Han oído hablar? Una leyenda entre urbanistas.

La reacción fue instantánea.

Juan contuvo la respiración. Eli no se inmutó, pero su mirada se volvió un estilete.

—¿Volkhov? —preguntó con neutralidad perfecta—. No, no creo. ¿Qué es?

Vladislav sonrió por dentro. Mentían. Eso significaba que sabían.

—Oh, tonterías —dijo, encogiéndose de hombros—. Una estación de mantenimiento secreta de Stalin. Algunos hablan de archivos sensibles, obras de arte perdidas. Cuentos. —Los miró, desafiándoles a picar.

Fue Juan quien mordió, incapaz de contener su curiosidad.

—¿Archivos? ¿De qué clase?

—Quién sabe —Vladislav bebió su té—. Documentos zaristas quizá. Cosas que a cierta gente no le gusta que se remuevan. —Dejó la

frase flotando, cargada de amenaza.
Eli lo estudió con intensidad renovada.—Parece saber mucho sobre un simple rumor, Vladislav.
—La historia es mi pasión —respondió, sin parpadear—. Y Moscú es un libro abierto para quien sabe leer entre líneas. A veces, las líneas más interesantes son las que han sido tachadas.
Se hizo un silencio incómodo. Sabía que jugaba con fuego.
—Miren —dijo, bajando la voz—. Si de verdad les interesa la historia menos conocida, quizás pueda ayudarles. Conozco fuentes que no están en las guías.
—Hizo una pausa—. Pero hay que ser discretos. Algunos temas… son sensibles.
Eli y Juan intercambiaron otra mirada, una conversación cifrada que Vladislav no podía decodificar. Finalmente, fue ella quien habló.
—La discreción es nuestra seña, Vladislav —dijo, y su sonrisa fue por primera vez un arma—. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente.
Vladislav asintió, sintiendo la amarga mezcla de triunfo y culpa. Había conseguido entrar. Se levantó, dejando dinero para su té.
—Entonces estaremos en contacto —dijo—. Cuídense. Moscú… tiene oídos.
Al salir, el viento le azotó el rostro sin limpiar la vergüenza que sentía crecer dentro. Se dirigió al río Moscova, necesitando el espacio abierto. Desde el puente, observó las aguas oscuras y heladas fluir hacia el Kremlin. Se sentía como ellas, arrastrado por una corriente poderosa. Sacó su teléfono y envió el mensaje:
«Los tengo. Creo que buscan Volkhov. Profundizaré.»
Solo quedó el silencio.

◆ ◆ ◆

El juego avanzaba. Pero en el corazón de la partida, solo había un vacío que se expandía, y el eco de una pregunta sin respuesta: ¿ estaba cazando a sus presas o cavando, con sus propias manos, la tumba de su humanidad?

BAJO EL OSO DE HIERRO

9. PUERTA A VOLKHOV

El sol de mediodía, con su luz pálida y gélida, se filtraba entre las moles de hormigón y cristal de la calle Tverskaya. Juan y Eli caminaban hacia el restaurante que Vladislav les había sugerido, un lugar supuestamente frecuentado por periodistas e intelectuales.
La invitación, llegada por un mensaje de texto esa misma mañana, flotaba entre ellos con ese filo ambiguo entre la promesa y la amenaza.
«Conozco un sitio donde podremos hablar con más calma. La comida es excelente. ¿Les apetece?» —había escrito Vladislav.

Eli, con su pragmatismo de acero, detectó una oportunidad estratégica. Juan, con la cautela grabada a fuego tras los sucesos en Italia, sentía que cada paso los adentraba más en un pantano de incertidumbre. Pero ambos sabían que, sin un guía local, sin alguien con acceso e información privilegiada, su búsqueda no sería más que un turista husmeando en las sombras de Moscú.

Mientras caminaban, con el crujir de las hojas sobre el pavimento, Juan detectó un patrón. Varias personas, al cruzarse con ellos, no miraban a Eli ni a él, sino a un punto unos pasos por delante. Un hombre con una mochila hizo un leve gesto de reconocimiento; una mujer joven esbozó una sonrisa tímida.

La evidencia se volvió innegable cuando un matrimonio de mediana edad se acercó a Vladislav, que caminaba unos pasos adelantados.

—¿Disculpe? ¿Usted es Vladislav Petrov?, ¿el de «Noticias de Eurasia»? —preguntó el hombre.

Vladislav se detuvo, y una sonrisa amplia y profesional, un recurso bien practicado, iluminó su rostro.

—El mismo. Me alegra saber que nos siguen —respondió con ese acento grave y culto por el que se le reconocía.

—¡Su serie sobre la Ruta de la Seda nos fascinó! —intervino la mujer, con los ojos brillantes—. Después de verla, Uzbekistán se convirtió en nuestro próximo destino soñado.

El breve intercambio terminó con la pareja alejándose, eufórica. Vladislav se volvió hacia ellos con un encogimiento de hombros que pretendía ser modesto.

—Las pequeñas molestias de la fama —dijo, pero Eli observó cómo su mirada escaneaba con avidez el entorno tras el encuentro, no con la satisfacción de una celebridad, sino con la evaluación fría de un operativo comprobando su perímetro.

—No sabía que era… una celebridad —comentó ella, midiendo cada palabra.

—«Celebridad» es una palabra muy grande —replicó Vladislav, reanudando la marcha—. Tengo un programa de televisión y una columna. Eso te da cierta… exposición. Es útil para las fuentes, pero complica pasar desapercibido. —Hizo una pausa significativa—. Sobre todo cuando se investigan ciertos temas.

Para Juan, la revelación añadía una capa de credibilidad.
Eli no compartía ese alivio. Para ella, la desconfianza no era una reacción, sino una herramienta. Un hombre así era un activo valioso para el sistema. ¿Por qué arriesgaría su posición por dos periodistas extranjeros? A menos que no fuera un riesgo, sino un encargo.
El restaurante «La Luz de Pushkin» combinaba tradición y sofisticación en pleno corazón de Tverskaya. El interior, de piedra pulida y madera oscura con detalles en latón, creaba un entorno íntimo donde el aroma de estofados, vinos añejos y tabaco noble lo impregnaba todo. Era un refugio urbano donde las conversaciones fluían entre luces tenues y música suave.
Se sentaron en un rincón apartado, en un reservado con altos respaldos que ofrecía una falsa sensación de privacidad. Mientras Vladislav hablaba con la camarera en un ruso fluido y confiado, Eli lo observó. Sus modales eran impecables; su conversación, erudita y amena.
Demasiado perfecto.
—Creo que… su conocimiento del metro es relevante —dijo Eli, probando el terreno—. Mencionó Volkhov como una leyenda, pero usted habla de ella con un detalle que sugiere algo más.
Vladislav dejó el tenedor. Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una seriedad que parecía tallada en piedra.
—Porque no es solo una leyenda para mí —confesó, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo—. Es una obsesión personal. Mi familia… tiene una historia entrelazada con esa época. Con los servicios de seguridad. —Hizo una pausa, dejando que la responsabilidad de la revelación se depositara sobre la mesa—. Creo que lo que buscan ustedes y lo que yo busco podrían estar… conectados.
Juan y Eli intercambiaron una mirada. Era la primera grieta en la fachada pulida de Vladislav.
—¿A qué se refiere? —preguntó Juan, con un interés que ya no era solo profesional.
—Mis padres —dijo Vladislav; las palabras parecían pesarle— fueron "asesores" en Vietnam en los años setenta. Como lo fue su padre, Eli.

La miró fijamente.
—Pero no eran lo que parecían. Descubrí que trabajaban para el KGB. Y creo que lo que haya en Volkhov podría contener respuestas sobre mi pasado. Sobre quiénes eran realmente.
Bajo la mesa, el pie de Eli buscó el de Juan. No fue un gesto de seducción, sino un cable a tierra, una forma de confirmar que, en medio del juego de espejos, no estaba sola. Juan mantuvo el contacto, un ancla mínima pero vital. En la profundidad marrón de los ojos de Eli, él vio reflejada su propia y recién estrenada determinación.
—Confiamos el uno en el otro, ¿verdad? —le dijo ella cuando Vladislav se excusó para ir al baño.
—Implícitamente —respondió él, y supo que en ese contexto, la palabra significaba la diferencia entre la vida y la muerte.
Al regresar del baño, la atmósfera había mutado. La tensión formal se había transformado en una complicidad peligrosa. Vladislav les había mostrado una herida, y esa vulnerabilidad resonó en lo más profundo de Eli, quien conocía el peso corrosivo de los secretos familiares.
—Nosotros… buscamos algo específico —admitió Eli, rompiendo su propia regla fundamental—. Unos documentos históricos. Unos… diarios.
—Los «Diarios de Smolensk»—dijo Vladislav y, ante su reacción, añadió —: Es una leyenda entre los que estudiamos esa era. Se dice que el NKVD los escondió. Si es eso lo que buscan… entonces nuestros caminos no solo se cruzan. Son el mismo.
La revelación fue un punto de no retorno. Vladislav había conectado los puntos con maestría, usando una verdad personal como carnada.
—¿Por qué nos ayuda? —preguntó Eli, su mirada analítica perforándolo.
—Porque ustedes tienen algo que yo no tengo —respondió él, con una sinceridad calculada—. Una cobertura perfecta. Son periodistas extranjeros premiados, con un motivo legítimo. Yo soy local y un rostro conocido. Si me muevo donde no debo, sonarán todas las alarmas. Pero ustedes… pueden pasar más desapercibidos. Y yo puedo guiarlos. Cubrirnos mutuamente.

La oferta era tentadora. Peligrosamente tentadora. Juan sentía que, por fin, tenían un hilo que seguir en el laberinto. Eli, en cambio, sentía que las paredes del laberinto se estrechaban a su alrededor.
—Necesitamos pensar en todo —dijo ella, poniendo fin a la conversación.
Vladislav asintió.
—Por supuesto. No es una decisión que deba tomarse a la ligera.
Eli dio cuenta de los últimos sorbos de *borshch*[66], mientras que Juan ya había terminado su plato de *strogonoff*[67].
—La cuenta, por favor —dijo Vladislav a la camarera, rechazando el intento de pago de Juan con un gesto amable—. Esta es mi ciudad. Piensen lo que necesiten. Pero el tiempo es un lujo que no tenemos. Otros también buscan esos diarios.
Al salir a la fría tarde, se separaron con una cordialidad tensa. Mientras Vladislav se perdía entre la multitud, nuevamente reconocido, Juan y Eli se quedaron en la entrada.
—¿Entonces? —preguntó Juan—. ¿Le creemos?
Eli lo miró, y en sus ojos no había certeza, sino la fría resolución de quien elige el mal menor.
—No sé si creerle —respondió—. Pero necesitamos lo que ofrece. Actuaremos como si le creyéramos. Pero no bajaremos la guardia.
La figura de Vladislav Petrov, el periodista famoso con una agenda oculta, se cernía sobre ellos. Quizá se habían dado la mano con el diablo. Era una caída a los infiernos que podía arrastrar a todos.
El recorrido hasta el hotel fue de una naturalidad elocuente. Las calles de Moscú bullían con la tranquila normalidad de una tarde cualquiera: ciudadanos absortos en sus teléfonos, comercios con escaparates iluminados, el tráfico fluyendo con su ritmo constante. La pulcritud y el orden de la ciudad hacían que su conspiración subterránea pareciera un sueño paranoico.
Al llegar, Juan rompió el mutismo.
—Necesitamos un lugar seguro para hablar. No el hotel, no nuestra habitación.
Eli asintió. Rebuscó en el navegador y encontró un parque cercano, un lugar abierto donde las palabras se las llevaría el viento.

Los Jardines de Aleksandr[68] estaban casi desiertos, con solo unas pocas personas al aire libre. El frío era lo único que delataba la estación.

—Es demasiado bueno para ser verdad —inició Eli—. Aparece justo cuando empezamos a buscar.

—Coincidencia forzada —concluyó Juan—. Pero su historia sobre sus padres… eso parecía real. Y recuerda que mencionó a tu padre. Ha hecho los deberes sobre nosotros.

—Podría ser un actor excelente. El FSB no recluta idiotas. Su fama lo convierte en el agente de influencia perfecto.

—Es un arma de doble filo —razonó Juan—. Su fama también lo hace visible. Cualquier movimiento en falso arruinaría su carrera. A menos que…

—…las órdenes vengan de muy arriba —terminó Eli, mirando hacia las cúpulas del Kremlin recortadas contra un cielo despejado—. En ese caso, estamos mucho más expuestos de lo que creíamos.

—Hay una forma de probarlo —propuso Juan—. Pidámosle algo específico, útil, pero no crítico. Información sobre el edificio de las coordenadas. Si nos la da y es precisa, será un punto a su favor.

—De acuerdo —asintió Eli—. Pero no le mencionaremos el conducto BK-7. Ese es nuestro as en la manga.

Juan envió el mensaje. El mensaje fue medido y preciso:

«Vladislav, agradecemos tu oferta. Para seguir avanzando, necesitamos entender mejor el contexto físico. ¿Qué puedes contarnos sobre el edificio administrativo de la plaza cerca de la estación Kurskaya, el de fachada estalinista con el bajorrelieve de los trabajadores? En concreto, nos interesa su historia durante la Guerra Fría, su uso actual y, si hay información fiable, cualquier mención a infraestructura subterránea no pública asociada a él. Cualquier detalle que tengas nos ayudaría a enmarcar nuestro reportaje.»

Esperaron. La fría brisa del parque parecía arrastrar consigo toda posibilidad de una respuesta útil. Pero menos de una hora después, el teléfono de Juan vibró. La respuesta de Vladislav era larga y meticulosa, dividida en puntos claros:

«1. Historia: El edificio fue terminado en 1954, diseñado por el arquitecto Chechulin (discípulo de Zholtovsky). Oficialmente, albergó el «Instituto de Planificación Urbana de Moscú». Extraoficialmente, archivos del KGB indican que una sección del ala este fue usada entre 1960 y 1985 por la Dirección de Comunicaciones Especiales (Glavspetsviaz) para proyectos de telecomunicaciones seguras.

2. Uso actual: Hoy alberga oficinas de varias corporaciones estatales (Rosneft tiene tres plantas), un archivo municipal y una sucursal del banco VTB. La seguridad privada es visible, pero no hay presencia abierta de servicios estatales. Sin embargo, según un contacto en el ayuntamiento, el sótano profundo y dos plantas subterráneas están catalogadas como zona de servicio técnico restringido y el acceso requiere una autorización que no emite el propietario nominal del edificio, sino el Servicio Federal de Protección (FSO).

3. Los planos públicos de alcantarillado y metro muestran solo los túneles estándar. Pero un ingeniero jubilado del Metrostroy[69], con el que hablé hace años para un reportaje, me contó una historia. Durante unas obras de renovación en los años 90, en el sótano más profundo del edificio, detrás de una falsa pared de ladrillo que ya ha sido sellada de nuevo, se encontró una puerta de acero blindado. Se desconoce la funcionalidad de ese acceso. Esta información es de tercera mano y nunca pude verificarla.

Espero que esto os sea de utilidad. Pido discreción.»

—Parece limpio —concedió Juan, sin estar muy convencido.
—O es muy, muy bueno —susurró Eli.
Esa noche, en la habitación de su hotel, con las luces de la ciudad brillando con normalidad tras la ventana, decidieron dar el paso. Eli redactó un mensaje cuidadoso, revelando parte de su teoría.
La respuesta de Vladislav tardó veinte breves minutos. La conexión era inestable; el mensaje que llegó se previsualizó pero no se descargó hasta pasados unos minutos, una consecuencia de la reorganización de las antenas de telefonía móvil desde el inicio de

las tensiones internacionales. Vladislav confirmaba el interés y ofrecía los medios para acceder.
—¿Lo hacemos entonces? —preguntó Juan, la enormidad de la decisión grabada en su voz.
Eli miró la pantalla, luego a él. En sus ojos ya no había duda, solo la aceptación de un camino sin retorno.
—No tenemos otra opción. Es la forma de llegar a la verdad. Y si… —Una sonrisa extraña, casi desafiante, se dibujó en sus labios—. Tendremos una historia increíble que contar. Si es que alguien nos encuentra para contarla.
La preparación fue un ritual de máxima tensión. Mientras metían en la mochila unas pequeñas botellas de agua y la llave inglesa, convertida ya en talismán, la proximidad se hizo tangible. El peligro inminente derribaba las últimas barreras.
Al guardar el último plano, sus manos se encontraron sobre la mesa. No fue un roce casual. Juan cerró su mano sobre la de ella, y Eli no la retiró. Se miraron y, en la quietud de la habitación, no hicieron falta palabras. Era un compromiso sellado no por la pasión, sino por la certeza compartida de que al día siguiente sus vidas podrían depender únicamente del uno del otro.
Fue entonces cuando, de forma intermitente, las barras de cobertura de sus teléfonos cayeron a cero durante unos segundos, para luego recuperarse. No era un corte generalizado, sino un parpadeo errático y molesto.
La incertidumbre actuó como un catalizador final. La necesidad de contacto humano se hizo urgente.
Se miraron, y esta vez no hubo duda. Las manos aún enlazadas dieron paso a un abrazo. El abrazo se convirtió en refugio mutuo frente a la oscuridad que intuían cerniéndose sobre ellos, invisible bajo la abundante iluminación de la ciudad. Era un acto de fe y desesperación, la única certeza en un mundo cuya superficie serena ocultaba abismos.
A la mañana siguiente, la ciudad amaneció con la misma calma eficiente. El mensaje de Vladislav llegó tras varios intentos fallidos, la red de datos móviles parecía especialmente caprichosa esa mañana. Era puntual y nítido:

«20:00, estación Kurskaya. Andén central. Id por separado. El tren de mantenimiento no espera».
Mientras repasaban el equipo por última vez, Eli señaló el plano.
—El conducto BK-7. Si todo sale mal, es nuestra salida. Nuestra última carta.
Al salir del hotel, se separaron. El metro funcionaba con su precisión habitual, un río de gente que fluía sin sobresaltos. Eli notó la presencia discreta de la seguridad, pero nada fuera de lo común. Juan observó los rostros de los moscovitas, absortos en sus rutinas, ajenos por completo a lo que estaba a punto de comenzar en las profundidades. Vio a un hombre golpear su teléfono con frustración, maldiciendo en ruso la «inestabilidad de la red»; otro, en cambio, caminaba sujetando un copioso ramo de flores.
En el andén, fingieron no conocerse. Eli se detuvo frente al gran espacio abovedado con el friso de bronce. Se percibía un olor poco convencional en un andén. Había algo más frío en el aire. No había mosaicos heroicos allí, solo el brillo cortante del mármol blanco y las lámparas ocultas en los nichos.
A las 20:05, Vladislav emergió de una puerta de personal con un mono de trabajo azul que le sentaba demasiado bien para ser casual. Al pasar junto a ellos, deslizó un pase de identificación falsificado en sus manos. Sus dedos estaban fríos.
Juan abrió la cartera para guardar el pase. En la funda plástica asomaba una foto tipo carnet de su hijo: Hugo, con esa sonrisa tímida que parecía desafiar el mundo. Se quedó mirándola unos segundos, como si en esos ojos hubiera una respuesta que la misión no podía darle.
—El tren de mantenimiento pasa en tres minutos —murmuró, ajustando una tuerca invisible en la pared—. La tercera puerta. Suban rápido. No miren a los guardias. Yo voy detrás.
Su mirada se encontró con la de Eli por una fracción de segundo. Había una sombra en sus ojos. Eli intentó descifrarla, sin éxito.
¿Era remordimiento? ¿O era el último acto de una obra maestra de engaño?
—Y guarden los teléfonos. Ahí abajo no habrá cobertura. Estaremos solos. Totalmente solos.

El corazón les latía con fuerza, un tambor que marcaba el inicio de una batalla subterránea. La alianza frágil, basada en la desconfianza y la necesidad, se ponía a prueba. En la superficie, Moscú era una ciudad tranquila y ordenada, salvo por el esporádico parpadeo de una pantalla de móvil.
Pero ellos se adentraban en sus entrañas, en un mundo de silencio y hierro, desconectados de todo, confiando sus vidas a un hombre que podía ser guía o verdugo.

◆ ◆ ◆

El primer contacto había terminado. En esa encrucijada, aún no sabían si serían cazadores o presa.

10. LA ESTACIÓN FANTASMA

El vagón del tren de mantenimiento era un relicto de acero mal iluminado que olía a óxido, grasa y décadas de polvo compactado. Siguiendo la seña rápida y furtiva de Vladislav, subieron por separado, deslizándose como sombras por la tercera puerta, sintiendo el peso de miradas invisibles en sus espaldas.

El interior estaba casi vacío, habitado solo por el fantasma de dos operarios vestidos con monos azules descoloridos que jugaban a las

cartas sobre un cajón de herramientas. Al pasar, Vladislav dejó caer un billete doblado sobre el cajón, sin que el juego se interrumpiera.
Un hombre con una cicatriz serpenteante apartó la carta con el dorso de la mano, cubriendo el dinero. Su indiferencia era una bendición comprada, un silencio momentáneo y frágil.
El tren arrancó con un tirón que les crujió los huesos. El chirrido metálico delataba la falta de mantenimiento. Las luces de Kurskaya quedaron atrás. Luego, se cerró la penumbra.
Vladislav hizo un leve movimiento de cabeza, como reclamando la atención de sus dos acompañantes.
—Apaguen los móviles —ordenó en voz baja—. No hay cobertura aquí abajo. Y no es solo eso.
Eli frunció el ceño.
—¿Entonces?
—Incluso sin señal, pueden emitir pulsos residuales. Y si hay sensores activos, podrían delatarnos.
Juan sacó su iPhone y lo apagó sin discutir. Eli lo hizo también, con un gesto rápido y preciso.
El aire era opresivo. El traqueteo martilleaba hasta confundirse con el latido. Juan y Eli permanecieron de pie, separados, fundiéndose con el ambiente metálico, evitando incluso el más mínimo contacto visual que pudiera delatar su conexión. Vladislav se aferró a una barra vertical, sus nudillos blancos, su mirada perdida, perforando la negrura que huía tras los cristales sucios y salpicados de lodo.
La vibración de los ejes se convirtió en un idioma que solo el miedo podía traducir. Eli, con la cabeza gacha pero los sentidos alerta como los de un animal acorralado, alzó la vista apenas dos centímetros. La lámpara estroboscópica del techo oscilaba con un ritmo irregular, un código Morse de nerviosismo. No era el traqueteo natural del convoy; era un parpadeo consciente, una señal de que alguien, en algún punto de aquella bestia de hierro, estaba observando, comunicando.
—Tres paradas técnicas —susurró Vladislav sin mirarlos, su voz un zumbido casi ahogado por el estruendo—. Siempre hacen tres, incluso cuando no hay nada que reparar. Protocolo de la línea. Para

comprobaciones de seguridad... o para dar tiempo a que se preparen las recepciones secretas.
Juan se inclinó hacia el cristal sucio, fingiendo inspeccionar el túnel. Al otro lado, la oscuridad respiraba un aire viejo, cargado de siglos de misterios. Su ojo determinista captó una marca con tiza en el muro que se desvaneció en un instante: un círculo imperfecto atravesado por una línea diagonal. No era un código de mantenimiento habitual, no coincidía con los planos que había memorizado. Era un lenguaje de sombras, de quienes trabajan sin actas ni reconocimiento.
—Nos han contado lo justo —dijo Eli, con un susurro que fue casi un movimiento de labios—. O solo lo que querían que supiéramos. Este vagón huele a trampa.
Nadie respondió. El vagón gimió al pasar por una junta de dilatación, un quejido de metal cansado. El operario más cercano, un hombre con una cicatriz que le serpenteaba desde la ceja hasta la barbilla, dejó de barajar cartas por un segundo; fingía indolencia, pero sus ojos, fríos y vidriosos, se movían con la disciplina de quien ha sido entrenado para no mostrar curiosidad, solo alerta.
Juan sintió la aspereza de la llave inglesa en el bolsillo interior de su abrigo y, por primera vez, el peso del metal le pareció insignificante comparado con el abrumador peso de la decepción.
—Plan B —dijo él, apenas un hilo de voz que se perdió en el espacio, pero que Eli captó al instante.
—BK-7 —asintió ella con un gesto descuidado, y en su asentimiento había tanto cálculo pragmático como la superstición de quien se aferra a un talismán en la noche.
La segunda parada fue más larga, una pausa antinatural en el vientre de la bestia. Durante treinta y ocho segundos, según el reloj mental de Juan, no se oyó nada salvo el tic-tac del propio pulso en las sienes y la respiración contenida. Luego, un chasquido seco, como el de un relé antiguo accionado a distancia. La luz del pasillo exterior se encendió y se apagó dos veces, rápido, un guiño cómplice de la penumbra.
Eli humedeció los labios secos; el aire, de repente, sabía a cobre, a electricidad estática, a peligro.

—No hay nada más peligroso que un protocolo que alguien conoce mejor que tú —murmuró Vladislav, y por primera vez su voz sonó sincera, despojada de la oratoria televisiva y llena de un temor visceral—. Si nos han dejado pasar, es porque les conviene ver adónde vamos. Somos el cebo del anzuelo.

El tren reinició su marcha con un tirón más suave, casi amable, que resultó más inquietante que la sacudida inicial. Juan apretó la mandíbula hasta dolerle. No era amabilidad: era el guante blanqueado antes del golpe de gracia.

—Confías demasiado en fantasmas —le espetó Eli a Vladislav, sin mirarlo, sus palabras afiladas como navajas.

—Y vosotros —replicó él, con un deje de amargura—, demasiado en la lógica de vuestros planos. Esto —hizo un gesto vago con la mano que abarcaba la podredumbre metálica— todo esto se rige por instintos más antiguos.

La tercera parada coincidió con una bocanada repentina de aire gélido que se coló por una rendija del vagón. Olía a ozono, a circuito abierto y a metal recién cortado. Como ingeniera, había pasado años entre obras y estructuras abiertas, y sabía que ese olor no aparece por casualidad. Era el rastro inequívoco de una intervención reciente, de algo que había sido manipulado hace poco.

Se ajustó la correa de su reloj, un gesto mínimo y calculado, y le sostuvo la mirada a Juan durante un segundo exacto, un mundo de advertencias y solidaridad en esa mirada.

—Si alguien nos vigila, que entienda esto: no vamos a caer en su trampa —dijo ella, con una voz que parecía más un juramento que una advertencia.

No hizo falta decir nada más. Cuando el convoy se detuvo definitivamente con un suspiro hidráulico, los tres ya eran otros: los mismos cuerpos, pero con el oído afinado al punto en que una sospecha se convierte en una certeza mortal.

El acceso al túnel prohibido requirió una llave magnética codificada, fruto de una tensa y costosa negociación de Vladislav con un técnico del Metro-2 cuyo rostro nunca llegó a ver con nitidez. Un pasillo estrecho, con el movimiento controlado por sensores tipo PIR y microondas, de un modelo que Eli solo había visto en catálogos de

seguridad de alto nivel, fue su puerta de entrada hacia lo desconocido.
Eli se arrodilló frente al panel de control, una caja metálica cubierta de óxido con luces rojas que parpadeaban metódicamente.
—Es una secuencia de validación programada —murmuró, con un incipiente sudor frío que resbalaba por su sien—. Si fallo, no solo activará la alarma. Puede bloquear las puertas de contención y sellarnos aquí dentro.
Sus dedos, ágiles y seguros a pesar del miedo, volaron sobre el teclado numérico oxidado, descifrando la secuencia como si cada dígito correcto alejara una bala de sus cabezas.
—¿Cuánto tiempo? —preguntó Juan, su voz cargada de una tensión que le oprimía el estómago.
—Treinta segundos. Si no lo logro, tendremos que forcejear la compuerta —respondió ella, sin apartar la vista del código.
Un pitido agudo, estridente, cortó el frío silencio justo cuando un clic metálico indicó que la cerradura cedía.
—¡Tenemos treinta segundos antes de que salte la alarma secundaria! —gritó Juan, mientras la luz roja del panel comenzaba a parpadear con furia creciente.
Con un movimiento decidido, Eli localizó el cable principal de alimentación y lo arrancó de su conexión, provocando un chasquido eléctrico que llenó la cámara de un olor acre a ozono y cable fundido. La luz roja murió. Otra verde, tenue y ominosa, empezó a parpadear con lentitud.
—No me gusta —dijo Juan—. Parece una trampa dentro de la trampa.
—A mí tampoco me gusta —admitió Eli, cerrando el panel con un golpe seco de la palma—, pero no tenemos tiempo para hacerlo mejor.
A escasos 150 metros, en una sala de control blindada, un software de vigilancia tradujo aquel parpadeo verde en una alarma silenciosa. Un operador, con la mirada fija en decenas de pantallas, anotó en un registro digital con una caligrafía perezosa:
«Anomalía confirmada en Sector BK-7. Protocolo K-7 activado.»

La compuerta se abrió con un chirrido largo; detrás venía el polvo de un lugar que nadie había querido abrir. Eli asintió, un gesto seco. Entraron.

El pitido se apagó, dejando tras de sí un silencio pesado, cargado, que sonó menos a victoria y más a una tregua precaria.

La cámara tenía la altura de un gran camión, con paredes curvas de ladrillo viejo ennegrecido y juntas tan gruesas que parecían cicatrices cerradas a la fuerza.

—Esperad —dijo Vladislav, y su voz sonó extrañamente ronca. Su teléfono iluminó su rostro demacrado, proyectando sombras dramáticas mientras sus dedos, temblorosos, danzaban sobre la pantalla.

Vladislav sabía que a ciertas profundidades podía operar, comunicarse. En algún momento, alguien había instalado un repetidor de baja potencia para dar servicio interno, probablemente para facilitar comunicaciones discretas. Era débil, intermitente, pero suficiente para enviar un mensaje cifrado a Morozov. «Estamos dentro. BK-7. Esperando instrucciones.»

Eli se detuvo en seco. Miró a Vladislav con una mezcla de incredulidad y rabia contenida.

—¿Tenías el móvil encendido? —preguntó, sin levantar la voz, pero con una dureza que cortaba el aire.

Vladislav no respondió de inmediato. Bajó la mirada, como si el mutismo pudiera amortiguar la acusación.

—Nos dijiste que no habría cobertura —añadió Juan, con el ceño fruncido—. Que era inútil llevar los teléfonos.

Eli encendió el suyo por instinto. Juan hizo lo mismo. En la pantalla, las barras de cobertura parpadearon. No era perfecta, pero había cobertura.

—Y tú lo sabías —concluyó Eli, su voz ahora más baja, más peligrosa —. Por eso lo llevabas encendido. Por si necesitabas comunicarte… con alguien más.

Vladislav tragó saliva. No era solo la cobertura lo que había reaparecido. Era la desconfianza, la grieta que empezaba a abrirse entre ellos.

En ese mismo instante, el OnePlus de Eli ya operativo vibró silenciosamente contra su muslo. Un mensaje de Juan: «Plan B activo». Él asintió hacia ella, un movimiento casi imperceptible en la penumbra.

Dentro de la sala, el haz de una de sus linternas se posó sobre el objetivo: una losa de hormigón gris con un anillo de hierro oxidado incrustado. La supuesta cámara acorazada.

Mientras Vladislav se arrodillaba, fingiendo forcejear con una cerradura, una ráfaga de aire frío, como el aliento de la propia tierra, los recorrió de arriba abajo. Procedía de una rejilla en la pared opuesta, marcada con las letras y números desgastados: BK-7.

—Hay un problema —anunció Vladislav, y esta vez la urgencia en su voz era auténtica—. La cerradura está… bloqueada. Desde el otro lado. No responde.

Antes de que Juan o Eli pudieran reaccionar, un sonido los heló hasta la médula. El eco metálico y sordo de una puerta pesada de acero cerrándose de golpe en algún punto lejano del túnel. Luego, otro. Más cerca. Y otro. Una sucesión de cerrojos que se activaban, sellando su retirada.

Miró su teléfono con desesperación. La pantalla, que antes mostraba su mensaje enviado, ahora solo exhibía el símbolo fantasmal de «Sin servicio».

—No es un problema —dijo Eli, con una calma que era un delgado hielo sobre un lago de pánico—. Es una trampa. —Sus ojos se clavaron en Vladislav como un estilete—.

—¿Verdad, Vladislav? Esta es la celda.

—¿Los operarios del vagón? —susurró Juan, y la pregunta tuvo filo.

Vladislav no se defendió.

—No eran míos —dijo—. El dinero solo les indicó que éramos los paquetes correctos. Probablemente eran hombres de Morozov… o de quien esté por encima de él.

Eli apretó los dientes. Afuera, la penumbra terminó de preparar su emboscada.

Él no respondió con palabras. En lugar de eso, con un movimiento brusco, apagó su linterna, sumiéndolos en una negrura repentina y absoluta, tan densa que casi podía palparse.

—Apaguen las luces —ordenó en un susurro urgente, cargado de una culpa antigua—. Y silencien los teléfonos. Ahora. Ya es demasiado tarde para huir.
La negrura fue total, devoradora. Solo el tenue resplandor final de la pantalla de Eli, apagándose, los traicionó por un instante antes de que la oscuridad lo reclamara todo.
Los pasos, ahora múltiples, metódicos y sincronizados, resonaron en el andén fantasma, acercándose. No era el caminar casual de unos operarios; era el desfile deliberado y mortal de unos profesionales de la cacería.
En la penumbra impenetrable, Vladislav se arrastró hacia ellos. Su voz era un hilo quebrado, cargado de una vergüenza y un miedo que traspasaba la piel.
—Lo siento —susurró, y el sonido era casi un sollozo—. No sabía que sería así.
—¿Qué es este lugar, Vladislav? —preguntó Juan, con un susurro áspero, la rabia contenida vibrando en cada sílaba—. Deja de mentirnos.
—Es… es uno de los primeros… búnkeres de la línea D-6 —confesó Vladislav, las palabras saliendo a rastras, como si le costara un esfuerzo físico pronunciarlas—. Metro-2. Lo empezaron a construir bajo las órdenes directas de Stalin. Los arquitectos como Dushkin[70], que diseñaron las estaciones palacio para las masas, nunca supieron de esto. Fue el NKVD, heredero del OGPU[71], quien inició la excavación de estas profundidades, luego ampliadas por el KGB. —Hizo una pausa, escuchando los pasos que se cernían sobre ellos, cada vez más cerca—. Es más profundo. Mucho más. Algunos túneles llegan a los 200 metros bajo la superficie. Conectaban el Kremlin con búnkeres, cuarteles secretos... y con instalaciones como esta. Archivos, celdas, salas de interrogatorio.
—¿Para qué, algo más? —preguntó Eli, su mente práctica, aferrándose a la lógica para no sucumbir al pánico, buscando un punto débil en la arquitectura de su prisión.
—Para sobrevivir a un ataque nuclear. Para mover tropas en secreto. Para esconder... lo que no debía ver la luz. Como los Diarios. Como

los archivos de operativos como mis padres. —La amargura empapaba cada palabra, un veneno que él mismo había ayudado a tragar—. Esta no es una estación abandonada. Es una instalación militar activa. Y nosotros... yo... los he metido en la ratonera.
Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta.
La luz blanca y cegadora barrió el interior, rozando sus cabezas agachadas, detrás de la losa de hormigón. Contuvieron la respiración, convertidos en estatuas de terror. La luz se posó, inquisitiva, sobre la losa, y luego comenzó a escudriñar los rincones.
Una voz, cortante como el hielo siberiano y con una autoridad que no admitía discusión, habló en un castellano teñido de ruso. Era un grito aún en la lejanía y amplificado por los ecos de las profundidades.
—Salid. No tenemos tiempo para juegos de escondite. No me agoten la paciencia.
Vladislav cerró los ojos con fuerza. No hacía falta verlo. Era Morozov. El zorro plateado había salido personalmente de su guarida.
—El conducto —dijo Eli, tocando el brazo de Juan con urgencia y señalando con un leve movimiento de cabeza hacia la rejilla BK-7, de donde aún surgía ese hilo de aire frío—. Es nuestra única oportunidad.
Pero entre ellos y esa salida desesperada estaban Morozov y sus hombres, sellando la única entrada con su presencia física.
En la tensión extrema, la mente de Juan, entrenada para descifrar los secretos de las estructuras y la historia que contaban las piedras, se aferró a un detalle, buscando un patrón, una lógica oculta en la arquitectura que los rodeaba. Los arcos de ladrillo que sostenían la bóveda... no eran como los de las estaciones palaciegas, gloriosos y ornamentados. Eran más antiguos, más orgánicos, toscos pero increíblemente sólidos, con una geometría que hablaba de otro tiempo, de otra mente maestra.
—Los arcos —musitó, casi para sí mismo, haciendo que tanto Eli como Vladislav volvieran la cabeza hacia él, atraídos por el hilo de lucidez en su voz—. Esta obra es anterior. Más antigua. No es de Dushkin. No tiene su firma.

—¿Qué? —preguntó Vladislav, desconcertado, la inmediatez de su captura haciendo que la observación le pareciera surrealista.
—Agustín de Betancourt —soltó Juan, y el nombre del ingeniero español sonó a conjuro en la noche subterránea—. Fue Ingeniero de Caminos. Director del Departamento de Vías de Comunicación del Imperio Ruso en época del Zar Alejandro I. —Los pasos de los hombres de Morozov resonaban ya en la cámara, pero la revelación brotaba incontenible en Juan, una línea de vida intelectual—. Diseñó un sistema de encauzamiento de Moscú[72], el Manej[73]... y los primeros túneles de cimentación profunda para estabilizar los edificios en el suelo pantanoso.
Hizo una pausa, escuchando los pasos que se acercaban.
—Es solo una teoría, una corazonada basada en su estilo, en la solidez de estos arcos... pero estoy seguro —miró hacia la bóveda—. Stalin no inventó esto. Lo encontró. El NKVD solo profundizó y expandió una red que Betancourt y sus hombres empezaron a tejer un siglo antes. Esto... esto es más antiguo y sabio de lo que todos creen.
La revelación flotó en el aire enrarecido, un hilo invisible que unía a Juan con su ilustre predecesor a través del tiempo y la piedra. Explicaba la solidez inusual de la estructura, la sensación de estar en una cripta que había visto caer zares y secretarios generales y que seguía en pie.
—¿Qué importa eso ahora? —alzó su voz por descuido y desesperación Vladislav—. ¡Nos van a atrapar!
—Importa —cortó Eli con ferocidad, captando al instante el hilo de la idea de Juan, su mente conectando los puntos con velocidad de ordenador cuántico—. Porque si Betancourt lo diseñó, no solo pensó en la estabilidad. Pensó en el agua, en el drenaje, en los conductos de mantenimiento. —Su mirada, afilada como un diamante por la supervivencia, escaneó la oscuridad, buscando…—.
—Los planos del FSB solo muestran el BK-7, la versión soviética. Pero la red de drenaje original de Betancourt era una obra maestra de la ingeniería hidráulica. Si hay una rejilla de ventilación secundaria, debe haber un canal de drenaje principal cerca. Y esos canales... —

su voz sonó triunfante por un segundo— llevan siempre, siempre, a un colector mayor. Y los colectores desembocan en el río.
Era un hilo de esperanza, delgado pero tangible. La genialidad de un ingeniero español muerto hacía dos siglos les tendía un puente hacia su salvación desde las profundidades del tiempo.
—La rejilla BK-7 es la indicación —concluyó Juan, con un destello de su antiguo entusiasmo profesional, ahora al servicio de la fuga—. No es el objetivo. Es el marcador, la toma de aire para un sistema más grande. El canal principal debe estar justo debajo de nosotros. Tiene que haber una compuerta de registro, una trampilla de mantenimiento... algo.
Los pasos ya estaban en el interior de la cámara. Tres siluetas se recortaron contra la luz cegadora de las linternas. La figura del centro, alta y delgada, era Morozov.
—No me obliguen a hacer esto desagradable —dijo, ahora a escasos metros, impregnada de una paciencia letal y un deje de aburrimiento —. El tiempo se acaba.
Fue entonces cuando el suelo, bajo el peso acumulado de décadas, cedió levemente bajo los pies de Juan. No fue un derrumbe, sino un crujido hueco y profundo, un suspiro de madera podrida y de vacío que resonó. Miró hacia abajo, hacia las sombras que lo llamaban desde entre las tablas del piso de madera antigua. Lo supo con una certeza absoluta. Betancourt, su colega, su predecesor, les tendía la mano desde el pasado. El canal de drenaje estaba allí. Y ellos estaban justo encima de una trampilla de mantenimiento debilitada por un siglo de humedad y olvido.
—Ahora —susurró Juan, y en su voz no había súplica, sino una orden.
Y, en un acto de fe desesperada en la ingeniería de un hombre muerto hace siglos, los tres cuerpos se coordinaron en un movimiento instintivo.
Se lanzaron con todo su peso conjunto hacia el punto más débil y resonante del suelo. La madera, carcomida hasta la náusea por la humedad constante, cedió con un estallido seco, polvoriento y glorioso, abriendo una boca oscura hacia la libertad.

Caían en la tenebrosidad, no hacia la luz, sino hacia las entrañas más profundas, olvidadas y genuinas de Moscú, dejando atrás la furia de Morozov y siguiendo el camino que un colega ingeniero había trazado para la ciudad dos siglos atrás.

◆ ◆ ◆

La fuga ya no era solo una huida; era un viaje a través del tiempo y la piedra, por los túneles que la historia oficial había borrado, pero que la ingeniería verdadera y perdurable recordaba.

11. LA REVELACIÓN

La caída fue una sucesión de golpes sordos. Fueron unos tres metros que terminaron en un impacto brutal contra una pendiente de ladrillo resbaladiza. Rodaron en una maraña de extremidades por un canal ancestral, cubierto de una sustancia viscosa y fétida, antes de detenerse, jadeantes y magullados, en una cámara de túnel más amplia.

La oscuridad era absoluta, más profunda que cualquier noche. Solo el goteo inquebrantable y el leve discurrir de agua en la lejanía quebraban un silencio lúgubre.
—¿Estáis todos bien? —la voz de Juan surgió de las tinieblas, tensa por el dolor consecuencia del impacto recibido en el hombro.
—Entera —jadeó Eli. Su mano buscó y encontró el brazo de Juan, un ancla en la nada—. ¿Vladislav?
Un gemido apagado fue la respuesta.
—El tobillo... creo que está mal.
Juan encendió la linterna de su iPhone. La luz reveló tres figuras fantasmales, cubiertas de barro y moho, en un túnel abovedado de ladrillo rojo. Era más bajo que los túneles superiores, más antiguo, más húmedo.
—No podemos quedarnos —dijo Vladislav, incorporándose con esfuerzo. El dolor le dibujaba una mueca en el rostro—. Morozov no se detendrá. Buscará una forma de bajar… o enviará a sus sabuesos.
—Tienen que seguir sin mí —añadió, con la voz quebrada—. Esto es lo que quería Morozov. A mí. Los Diarios. Ustedes son solo daño colateral.
—Cállate —lo interrumpió Eli, con una brusquedad que cortó el aire como un látigo—. Ya hemos tenido suficiente de traiciones y sacrificios. Nos vamos los tres. Juan, ¿hacia dónde?
Hubo un silencio tenso. Juan alzó el teléfono y una linterna auxiliar, escaneando el túnel en ambas direcciones. Ambas se perdían en una boca de negrura.
—Y por cierto —añadió Eli—, ¿quién coño es ese Morozov?
Vladislav titubeó. Su voz salió como un susurro, cargado de culpa.
—Buscaba información. Él me la ofreció. Es peligroso… muy peligroso.
—El agua —dijo Juan, teniendo la clarividencia de anticipar una solución—: Fluye hacia la salida natural. —Se agachó, con repugnancia, y tocó el fino hilo de agua que serpenteaba por el canal—. Hacia allí. —Señaló a su izquierda.
Caminaron —o más bien se arrastraron— durante una eternidad medida en jadeos y suspiros de dolor. Vladislav cojeaba, apoyándose

alternativamente en Juan y en Eli, en un ambiente cargado de culpa y creciente desesperación.
El túnel, obra maestra olvidada, era un laberinto de pesadilla. Conductos menores se unían al principal, una red que parecía no tener fin. El aire era espeso, cada vez más difícil de respirar.
De pronto, el túnel principal desembocó en una cámara circular más amplia. Y allí, la revelación. No era una sala de máquinas o un desagüe. Era una cámara acorazada, pero no la de arriba. Esta era más antigua, con una pesada puerta de acero remachado que, milagrosamente, estaba entreabierta, como si alguien hubiera huido apresuradamente hace mucho, mucho tiempo.
—Dios mío —dijo Vladislav exaltado por el asombro.
Con un esfuerzo conjunto, empujaron la puerta. El chirrido de los goznes oxidados fue un lamento que resonó en la cámara, mientras el haz de luz que dirigía Juan barrió el interior.
La puerta parecía impenetrable, una mole de acero de treinta centímetros que hablaba de una paranoia institucionalizada. Pero al acercarse, Eli notó algo: el cerrojo principal estaba oxidado, y el mecanismo de cierre mostraba signos de haber sido manipulado.
—No está cerrada del todo —señaló.
No había oro. No había joyas. El tesoro era de papel.
La sala estaba llena de archivadores metálicos, abiertos y vacíos en su mayoría, salvo uno, situado bajo una claraboya natural que filtraba un tenue resplandor del mundo exterior, sellada con barrotes. Sobre ese archivador, protegidos de la humedad por una lona encerada, había dos objetos.
El primero era un maletín de cuero grueso, con las iniciales «V.O.» grabadas en oro desvaído. Vasily Orlov. El coronel del NKVD.
Juan lo abrió con urgencia y reverencia. En su interior, envueltos en lino, descansaban varios cuadernos de cuero con el águila bicéfala zarista grabada. Eran, sin lugar a dudas, los «Diarios de Smolensk».
Eli hojeó uno de los cuadernos con manos temblorosas.
—Aquí —indicó, señalando una página—. «Acuerdo de Breslavia, 1813. El Zar reconoce la necesidad de mantener la neutralidad de Prusia a cambio de acceso exclusivo al ámbar del Báltico.»
Juan frunció el ceño.

—Eso no está en ningún tratado oficial. Si esto es cierto, cambia la interpretación de la coalición contra Napoleón.
—Y mira esto —añadió Eli, pasando a otra página—. «El oro de los Romanov no debe caer en manos de los herederos de la revolución. Que se oculte en el sur, donde el frío no alcanza, donde el águila no vuela.»
Vladislav se acercó, leyendo en silencio.
—Mi padre me contaba esa historia como un cuento. El águila de fuego, el nido dorado… Nunca imaginé que fuera real.
Eli cerró el cuaderno con reverencia.
—Si esto sale a la luz, Rusia tendría que reescribir su pasado. Y Europa también.
Pero fue el segundo objeto el que provocó un grito ahogado a Vladislav. Era una carpeta de cartón, simple, con una etiqueta manuscrita:
«Operativos Vietnam: Krepost & Solntse».
Con manos que le temblaban de una forma que no era por el frío, Vladislav la abrió. Dentro, no había informes insensibles del KGB. Eran documentos personales. Cartas de su padre a su madre, escritas en ruso, llenas de un amor y una angustia que trascendían la tinta ya amarillenta. Fotos descoloridas.
Y un informe, similar al que Morozov le había mostrado, pero este, firmado por el propio Orlov, recomendando la «reubicación y vigilancia continua» de sus padres por «mostrar signos de deslealtad y apego excesivo a su cobertura familiar». Verlo, entre las cartas de amor de sus padres, lo transformaba en algo más que un documento: era una sentencia escrita sobre vidas que habían intentado resistir. No eran traidores. Eran personas atrapadas, como él, que habían amado y habían tenido miedo. Le vino a la cabeza el recuerdo de «El Pájaro». Había sido su intento de contacto, un grito de auxilio.
—No eran héroes ni villanos —murmuró Vladislav, con la voz quebrada—. Solo fueron piezas en un tablero que nunca controlaron.
En ese momento de catarsis, un sonido los sobresaltó. No era Morozov. Era un chirrido metálico familiar, seguido de una ráfaga de

aire más fresco. Provenía de un conducto de ventilación en lo alto de la cámara.
Y entonces, una voz, joven y decidida, habló desde la oscuridad del conducto, en un ruso perfecto.
—Papá. Ya es suficiente. El juego ha terminado.
Vladislav alzó la vista, el horror grabado a fuego en su rostro. Allí, asomada por la rejilla, estaba su Anya. Su hija.
La luz fría le tallaba un perfil dominado por una piel clara sin maquillaje, pómulos altos y una boca contenida que rara vez concedía una sonrisa. El pelo, recogido en una coleta alta, dejaba la nuca despejada; no llevaba pendientes ni anillos: sólo disciplina. Sus ojos, claros, firmes, parecían medir la distancia con la precisión de un instrumento.
Era esbelta y tenía los hombros alineados como quien se ha entrenado para sostener la tensión sin mostrarla. En las manos pequeñas y decididas sostenía una GSh-18[74]. Les apuntaba sin temblar.
Su mundo se detuvo. El dolor, la humedad, el peso de los diarios... todo se desvaneció ante la imagen de su hija convertida en su verdugo. Los ojos que una vez había visto dar sus primeros pasos ahora lo miraban con la frialdad de un extraño.
—¿Anya? —logró articular Vladislav, alterado por la incredulidad—. ¿Qué... qué haces aquí?
—Lo que tú nunca tuviste el coraje de hacer —respondió ella, con una frialdad que cortaba el aire—. Cumplir con mi deber. Morozov sabía que vacilarías. Que te habías encariñado con tus... mascotas.
—Tú no eres así —dijo él, dando un paso hacia ella—. No eres una herramienta.
—Papá, no me obligues —su voz tembló, apenas un segundo, como si la niña que fue intentara abrirse paso.
—Entonces no dispares —replicó Vladislav, con una firmeza que no esperaba de sí mismo—. Porque si lo haces, no estarás cumpliendo con tu deber. Ese gesto será tu punto sin retorno.
—Las emociones son un lujo que no podemos permitirnos —dijo ella, sin plena convicción.

—Y sin ellas, ¿qué queda? —preguntó él—. ¿Una patria que devora a sus hijos? ¿Una hija que olvida quién fue? La acusación lo golpeó con más fuerza que cualquier proyectil. El cañón de la pistola se movió, amenazante, hacia Juan y Eli.

Fue entonces cuando Juan actuó. Con un movimiento rápido, fruto de la desesperación, apagó la linterna y la pantalla del teléfono, sumiendo la cámara en una oscuridad absoluta.

—¡Abajo! —le gritó a Eli, empujándola detrás del archivador metálico.

Un *bang* sordo, y una chispa naranja iluminó tan solo un instante la estancia donde la bala impactó contra el ladrillo, justo donde él había estado.

—¡Idiotas! —gritó Anya desde las tinieblas—. ¡Salid! ¡No me obliguéis a limpiar este desastre!

—¿Limpiar? —la voz de Vladislav surgió de las tinieblas, cargada de una amargura infinita—. ¿Así te ha enseñado Morozov a hablar? ¿A «limpiar» a las personas? ¿Es eso lo que soy para ti ahora? ¿Mierda?

—¡Eres un sentimentalista, papá! ¡Como siempre! —Anya representaba una furia juvenil—. Esta obsesión con el pasado te ciega. Yo estoy del lado del futuro. De una Rusia fuerte.

—¡No, Anya! ¡Estás del lado de los mismos hombres que destruyeron a tus abuelos! —gritó Vladislav, y por primera vez, impuso una autoridad que no había mostrado antes—. ¡He visto los archivos! ¡Los archivos de tus abuelos! ¡Orlov los condenó por ser humanos, por quererme! ¡Y Morozov está haciendo lo mismo contigo! ¡Te está convirtiendo en un arma contra tu propia familia!

Por un instante, mientras la palabra «familia» se deslizaba en el aire como una herida abierta, Vladislav creyó ver en los ojos de Anya algo más que furia. Una grieta. Una duda. Era apenas un temblor, una sombra, pero suficiente para que él se aferrara a ella como a un clavo ardiendo. Tal vez no todo estaba perdido. Tal vez aún quedaba algo de su *zaychik* bajo esa máscara de acero.

Un lapso, roto solo por la respiración agitada y el goteo constante, se apoderó de la cámara. Eli, agazapada junto a Juan, sintió cómo él apretaba el maletín de los Diarios contra su pecho. Era su prueba. Su única baza.

—Mientes —dijo Anya, con un tono menos segura.
—¿Miento? —Vladislav sacó su teléfono. Con dedos temblorosos, encendió la pantalla y dirigió su luz hacia el conducto, mostrando la foto de una de las cartas—. ¡Lee, Anya! ¡Lee lo que tu abuelo le escribía a tu abuela!
«Mi querida Irina, mi Solntse, cada día en esta isla lejana, tu amor y el pensamiento de nuestro pequeño Vladislav son lo único que me mantiene cuerdo...»
—Su voz se quebró—. ¿Eso a qué suena? ¿A un traidor? ¡Eran personas, Anya! ¡Como nosotros! Y el sistema los trituró. Y ahora... ahora está tratando de triturarnos a nosotros.
Desde el conducto no llegó respuesta, solo un respirar ahogado. Juan aprovechó el silencio cargado y se inclinó hacia Eli, buscando una salida.
—La claraboya —susurró, señalando los barrotes por donde se filtraba una luz tenue—. Solo tenemos esa salida. Pero está demasiado alta.
Eli siguió su mirada y luego posó los ojos en el archivador metálico vacío. Un plan, temerario y desesperado, comenzó a tomar forma en su mente.
Mientras Vladislav mantenía a su hija ocupada con los ecos de la verdad, Juan y Eli, moviéndose con la sigilosa urgencia de la supervivencia, empezaron a empujar el pesado archivador. El rechinar del metal contra la piedra era ensordecedor.
—¿Qué estáis haciendo? —gritó Anya, alertada.
—¡Creando un futuro diferente, hija! —le gritó Vladislav, alzando la voz para encubrir el esfuerzo—. ¡Uno en el que no tengamos que vivir escondiéndonos o matando por nadie!
El archivador, con un último y conjunto esfuerzo, quedó justo bajo la claraboya. Juan lo alcanzó de un salto.
La rejilla de barrotes estaba soldada, pero la piedra alrededor, sometida a siglos de humedad, estaba quebradiza. Sacó del bolsillo la llave inglesa y empezó a golpear y hacer palanca con una fuerza nacida de la desesperación.
—¡Alto! ¡Dispararé! —la voz de Anya era un grito de frustración.

—¿A tu propio padre, Anya? —preguntó Vladislav, lleno de dolor infinito—. ¿A quien te ha querido de verdad, sin condiciones, desde el día en que naciste? ¿Esa es la Rusia fuerte que quieres? ¿Una Rusia que enfrenta a sus hijos y a sus padres?

Un sollozo, claro y desgarrador, se escuchó desde el conducto. Era de Anya.

En ese momento, con un crujido seco, uno de los barrotes cedió, luego otro. Juan había abierto un pasaje a la libertad.

—¡Ya está! —gritó.

Eli trepó y se coló por el hueco. Juan la siguió, aferrado al maletín. Se volvieron para ayudar a Vladislav, pero él no se movía. Miraba fijamente al conducto de ventilación.

—Papá... —la voz de Anya era ahora solo un susurro quebrado—. Lo siento.

—Yo también, *zaychik* —susurró Vladislav—. Yo también.

Se volvió hacia el conducto, donde Anya permanecía inmóvil. Con un gesto lento, sacó del bolsillo interior de su abrigo una hoja doblada con cuidado.

—Toma esto —musitó, acercándola al borde del conducto—. No es una orden. No es una prueba. Es solo una carta. De tu abuelo a tu abuela. Léela.

Anya no se movió, pero tras unos segundos, la tomó sin decir palabra. Vladislav la miró por última vez, con una mezcla de dolor y esperanza.

—Yo también lo he hecho todo por ti, hija.

Luego, se volvió y, cojeando dolorosamente, trepó al archivador. Juan y Eli lo agarraron de los brazos y lo izaron a través del agujero.

Emergieron en un callejón trasero de Basmanny[75], bajo un cielo gris y llorón. Estaban sucios, magullados y emocionalmente devastados, pero vivos. Y libres.

Abajo, en la cámara secreta de Betancourt, Anya permaneció agazapada en el conducto de ventilación, la pistola abandonada a su lado, llorando mientras el peso de la historia de su familia, y sus propias elecciones, caía sobre sus hombros con la fuerza de un derrumbe.

◆ ◆ ◆

La caza había terminado. La guerra familiar, sin embargo, acababa de empezar.

12. EL MURMULLO DEL MONZÓN

El aire gélido de Moscú les golpeó con la violencia de un despertar brusco. No era la bienvenida a la libertad, sino el recordatorio de que seguían en territorio hostil, ahora marcados, cazados. El callejón apestaba a orina y derrota, un microcosmos de la Rusia que ahora les daba la espalda.

Vladislav se desplomó contra la pared de ladrillo; un quejido escapó de sus labios. No era solo el dolor lacerante de su tobillo, sino la

dureza de la mirada de su hija, la frialdad impersonal del cañón de su pistola, grabados a fuego en su mente. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Anya, transformado en una máscara de obediencia letal.

—No saldremos vi... —logró decir, pero la frase murió en sus labios. Eli ya estaba en movimiento, su silueta recortándose contra la luz mortecina de una farola.

—Cállate y aguanta —cortó ella, mientras sus dedos danzaban sobre la pantalla táctil de su teléfono con una precisión febril.

La luz azulada iluminaba su rostro sucio, revelando una determinación feroz. No aquí. No ahora.

Los mensajes no leídos de su padre brillaban en la pantalla como advertencias que habían llegado demasiado tarde. Cada palabra confirmaba lo que ya habían vivido.

«Antonov activo. FSB movilizado. Extremad precauciones.»

Y la última, la que sonaba a sentencia:

«¿Están los Diarios a salvo?»

Entre tanto, Juan no soltaba el maletín. Lo apretaba contra su pecho como un náufrago a un salvavidas. Dentro latía el corazón de esta pesadilla: los «Diarios de Smolensk».

Pero al mirar a Vladislav, descompuesto y quebrado contra la pared, supo que otro corazón, uno hecho de papel y fotos descoloridas, latía con más fuerza. La carpeta de «Krepost & Solntse» pesaba ahora como una carga moral mayor que el maletín de cuero.

—Tenemos que movernos —urgió Eli—. Ahora mismo.

Mientras recorrían una calle lateral, intentando parecer turistas perdidos, Vladislav no podía sacarse de la cabeza la imagen.

La de su hija, Anya.

Esa pistola.

Aquellos ojos fríos.

«¿Quiénes eran de verdad sus padres?»

Eran víctimas. Víctimas de la misma maquinaria que ahora quería triturarlos a él y a sus nuevos compañeros. Al ver los documentos, al tocar las cartas de amor de su padre, su mundo no solo se había desmoronado; se había reconfigurado en una verdad más amarga pero, por fin, auténtica. El rencor y la confusión dieron paso a una

pena profunda y a una rabia sorda contra el sistema que había destruido a su familia no una, sino dos veces.
—No podemos ir a nuestro hotel —murmuró Eli—. Será lo primero que controlen.
—Necesitamos dinero en efectivo. Y pasaportes falsos —dijo Juan, su mente práctica buscando soluciones a problemas imposibles—. Sin eso, no saldremos de Moscú.
Encaminaron sus pasos hacia un alojamiento alternativo, algo discreto e improvisado. Cada sombra era una amenaza potencial; cada rostro que se volvía hacia ellos, un posible sicario de Morozov.
Vladislav cojeaba, su brazo sobre el hombro sano de Juan, convertido en una muleta viviente. Su respiración era un silbido de dolor entrecortado. Eli cubría la retaguardia, sus ojos, esos ojos marrones que Juan había aprendido a leer en las últimas horas, escaneando constantemente las calles, evaluando probabilidades de supervivencia con la frialdad de un ordenador.
Eran algo más de las ocho de la tarde cuando se alzó ante ellos, en un callejón estrecho, un hotel discreto y anodino, el candidato perfecto. Entraron sin decir nada.
La mujer de la recepción, con un rostro tan inexpresivo como el hormigón soviético, ni siquiera levantó la vista. Fue Vladislav quien, con los últimos vestigios de su fuerza y su acento ruso impecable, negoció su alojamiento con su última provisión de rublos, ahora húmedos.
Al cruzar la puerta de la habitación, con su olor a desinfectante barato y desesperanza, Vladislav se derrumbó en la cama más cercana.
Hundió el rostro en la raída almohada. Su espalda se estremecía con sollozos ahogados, los de un hombre que veía desmoronarse no solo su vida, sino su legado.
Juan colocó el maletín sobre la cama con una reverencia casi religiosa. Al abrirlo, el olor a cuero viejo, polvo de archivo e historia los envolvió como un fantasma.
Eli se puso a trabajar de inmediato, su teléfono capturando cada página, cada mancha de cera, cada secreto de los zares...

Mientras ella trabajaba, Juan se sentó junto a Vladislav. No dijo nada. No había palabras que pudieran sanar esa herida. En su lugar, abrió la carpeta de cartón desgastada y comenzó a leer en voz baja, con un español suave que se colaba en la penumbra, una de las cartas de Yuri.

«Mi querida Solntse, hoy el Mar Negro está embravecido y su furia me recuerda la tormenta en tu mirada la última vez que hablamos. Temo por nosotros. Temo por nuestro pequeño Vladislav. Este secreto que custodiamos es una cadena que nos ahoga...»

La voz de Juan se fracturó al final.

Vladislav dejó de temblar. Lentamente, como si moviera una losa de mármol, se dio la vuelta. Sus ojos estaban inyectados en sangre, pero secos. Había un abismo en su mirada.

—Dame eso —susurró en tono desconocido.

Tomó la carpeta y la abrió como quien abre una herida supurante. Las fotos cayeron sobre la colcha barata.

Allí estaban ellos. Yuri, con su sonrisa segura que ahora sabía era una máscara forjada por el KGB. Irina, con su belleza triste y esos ojos que habían visto demasiado. Y él, un niño pequeño e inconsciente, agarrado a la mano de su madre en un parque de Hanói que ahora le parecía una celda dorada.

La familia perfecta, una ficción elaborada por los amos del Kremlin.

Y entonces encontró el informe.

«Operación Carga Roja».

Su padre, Yuri «Krepost» Petrov, designado para custodiar el traslado de «material de alto valor» a Hanói.

La fecha le golpeó como un puño seco. «Verano del 76».

Vladislav sintió que el suelo se le inclinaba bajo los pies.

Los números y las frases burocráticas danzaron frente a sus ojos, negándose a encajar. No. Era una coincidencia. Otro expediente, otra operación. Cualquier cosa menos eso.

—No puede ser —masculló para sus adentros, apretando el papel hasta arrugarlo—. Es otro juego de Morozov. Otro truco.

Pero su mente, entrenada para conectar hechos dispersos, comenzó a trabajar en contra de su voluntad. Los Diarios, desaparecidos en esa misma época. La misión de su padre, un guardián de confianza,

enviado al mismo lugar donde años después ellos serían exiliados. Donde él crecería. Donde su madre cantaría canciones tristes mirando al mar que los separaba de su patria.
El sudor le recorrió la espalda. Los fragmentos de su vida, esos pedazos sueltos que nunca habían cuadrado, empezaron a girar y a encajar con un chirrido metálico que le retumbó en el cráneo.
La pieza final, la más grotesca, fue el recuerdo de su padre enseñándole a pescar en la costa de Vietnam, con una sonrisa que nunca llegaba a los ojos.
Una sonrisa que escondía el mayor secreto del Imperio Ruso.
Vladislav cerró los ojos. Le tembló la mandíbula.
La confusión se curtió en rabia.
—Él los escondió —la frase salió de sus labios como un veneno, pero aún titubeante, como si no creyera oírse a sí mismo.
Miró a Juan, buscando en sus ojos una refutación que no llegó.
—Los escondió en Vietnam. Mi padre... custodiaba los Diarios del Zar, y se atrevió a desviarlos. A robárselos a sus amos. A Orlov.
Se levantó de la cama, cojeando, y dio unos pasos inciertos por la habitación. La herida del tobillo no era nada comparada con la que se abría en su pecho.
—¿Y el castigo? —prosiguió, su voz elevándose con una amargura que cortaba el aire—. ¿El castigo por traicionar a los chacales no fue el pelotón de fusilamiento, no, eso habría sido demasiado misericordioso? El castigo fue el exilio. Nuestro exilio.
Se detuvo, clavando la mirada en Juan. En sus ojos ardía un fuego nuevo, no de dolor, sino de una ira purificadora que consumía los últimos vestigios de su lealtad.
—Mi vida entera, Juan... mi infancia, mi identidad, el aire que respiraba pensando que era libre... todo fue la mentira elaborada para custodiar un secreto. He defendido, he justificado, un sistema que no dudó en usar a un niño como pantalla, que asesinó el alma de mis padres y los convirtió en fantasmas de su propia existencia.
En ese momento, el televisor de la recepción, cuyo sonido se filtraba como un reguero bajo la puerta, elevó el volumen. Vladislav acertó a oír el principio de lo que se decía… y comenzó a traducir lo que era una condena a muerte.

El locutor, con su voz grave y paternal: «...nuestras instituciones refuerzan la protección contra amenazas externas... se ha identificado una infiltración extranjera que operaba bajo la fachada de turistas...»
Se miraron. La retórica era escalofriantemente familiar, el preludio de una cacería. Ellos eran esos «turistas», esos «infiltrados». La maquinaria se ponía en marcha para justificar su desaparición.
El teléfono de Eli vibró, un zumbido siniestro.
—¿Quién es? —preguntó Juan.
—Mi padre —susurró.
Abrió el mensaje. En la pantalla, una sola línea:
«La situación se complica. Alerta máxima. ¿Conserváis el paquete?»
Eli tecleó una respuesta, sus dedos temblorosos por primera vez. «Paquete seguro. Necesitamos salida. Ya.»
La respuesta fue inmediata, un latigazo.
«Polígono industrial sur. Camión a Novorossiysk[76]. Luego a Estambul. Buena suerte. Conseguid papeles»
—Mi padre no da nombres; solo rutas —explicó Eli—. Cuantos menos contactos, menos rastros.
—No podemos —murmuró Juan, pasándose una mano por el rostro —. Es un suicidio. ¿Atravesar media Rusia cómo, en camión...?
—Quedarse aquí es una ejecución —lo corrigió Eli con una frialdad que helaba la sangre—. Allá fuera hay una oportunidad, por remota que sea. Aquí dentro solo hay una pared y una bala. O una inyección. Elige.
Vladislav se levantó de la cama. Su cuerpo protestó con un dolor agudo, pero su mirada era de una claridad aterradora. Algo se había roto dentro de él, y lo que emergía era más duro, más determinado.
—Tiene razón —dijo, y su voz ya no titubeaba—. Morozov no se detendrá. Ha puesto a mi hija en nuestra contra, ha convertido mi sangre en su arma. —Hizo una pausa, el dolor por Anya destellando en sus ojos como un relámpago—. Mi hija es ahora un instrumento suyo. Un instrumento que no dudará.
Se acercó a la ventana, descorriendo un centímetro la persiana.

—Conozco... un polígono. De cuando investigaba el tráfico de contenedores. Hay un georgiano, Varlam. Mueve mercancías «especiales» hacia el sur. Es nuestra única baza. Pero primero, necesitamos esos papeles. Sin identidades nuevas, no saldremos de Moscú.

La decisión se posó sobre ellos, pesada e irrevocable.

Afuera, una sirena de policía rasgó la noche, acercándose. Los tres contuvieron la respiración, formando una estatua de miedo y esperanza, hasta que el sonido pasó de largo y se desvaneció en la distancia.

—Primero, provisiones y curas —dictaminó Eli, recuperando el control—. Agua, comida, algo para el tobillo. No sé cuánto durará este calvario.

—Hay un supermercado a dos manzanas —indicó Vladislav—. Yo me quedo. En este estado, solo llamaría la atención.

Juan y Eli salieron a la calle. La noche moscovita era profunda.

El supermercado era un cubo de luz fluorescente despiadada que se anunciaba como 24/7. Compraron lo esencial: botellas pequeñas de agua, barras energéticas, vendas elásticas, una caja de Nurofen Rapid 400 mg, analgésico, y tres sudaderas con capucha baratas.

Cada transacción, cada mirada del cajero aburrido, les parecía una acusación. Cada segundo fuera de la habitación se volvía infinito.

De vuelta en el refugio temporal, Eli, con unas manos sorprendentemente suaves, vendó el tobillo de Vladislav con una destreza que no correspondía.

Él apretó los dientes, sin emitir un sonido, su mirada fija en la carpeta de sus padres.

—Ahora, lo más difícil —anunció Vladislav—. Los teléfonos.

—¡Es nuestro único contacto con mi padre! —protestó Eli, protegiendo el dispositivo como si fuera una extensión de su padre —. Es nuestro cordón umbilical con el mundo real.

—¡Y la forma más fácil de que Morozov y el FSB nos encuentren! —cortó Vladislav con una dureza que no admitía réplica—. Pueden triangular la señal, activar el micrófono o el GPS remotamente. Son balizas digitales que nos condenan. Tenemos que deshacernos de ellos. Ahora.

Fue un momento de agonía pura. Esos dispositivos eran su último vínculo con la normalidad, con la ayuda.
Con manos temblorosas, extrajeron las tarjetas SIM y las rompieron con los dedos.
—Los dejaremos aquí, en la habitación —dijo Vladislav—. Será un regalo para los hombres de Morozov cuando vengan a buscarnos. Que pierdan algo de tiempo.
Era un salto al vacío absoluto. A partir de ese momento, estaban completamente solos.
Salieron del hotel como fantasmas, deslizándose por las sombras de una noche que se cerraba sobre Moscú.
La primera y más urgente de sus misiones se reveló de inmediato: encontrar un taxi lo suficientemente discreto como para llevarlos en busca de una documentación que les diera invisibilidad.
Fue en ese momento de espera tensa, acechando el tráfico desde la penumbra, cuando Eli susurró:
—Juan, cuando esto termine —dijo con tono suave, solo para él—, quiero llevarte a San Sebastián sin miedo, sin sombras. Quiero enseñarte el mar como es de verdad, no como lo imaginas desde aquí. Si salimos de esta, Juan, quiero que haya un después. Quiero que sea contigo. Donde sea.

◆ ◆ ◆

Con esas palabras, y una paz íntima, E se acercó un poco más a Juan. Lo suficiente para que el aire dejara de ser frío entre ellos. Las sombras se desvanecían momentánea.

13. EL MERCADO DE LAS SOMBRAS

Encontraron un taxi clandestino: un Lada 2107 destartalado cuyo conductor, un hombre con un ojo nublado, no hizo preguntas cuando Vladislav deslizó un grueso fajo de billetes por la ventanilla.
—¿A dónde vamos? —bramó el taxista en ruso, con voz áspera.
Vladislav tradujo la pregunta a sus compañeros con una mirada elocuente.

—Vladislav, tú tienes contactos. Piensa —dijo Eli, ajustando la capucha de su sudadera barata—. Mi padre tiene razón. Sin papeles, no hay huida.
—Nuestro hombre es… Boris —titubeó un instante—. Le haremos una visita —añadió Vladislav—. En el mercado de Izmaylovo. No es barato, y no es de fiar, pero en el pasado… proveía a ciertos contactos.
No especificó más. No hacía falta. Se volvió hacia el conductor.
—Izmaylovo. El mercado.
El Lada arrancó con un bufido, sumergiéndose en el tráfico nocturno de Moscú.
Izmaylovo, con sus coloridas cúpulas de estilo tradicional, era un hervidero de comerciantes y compradores nocturnos bajo una llovizna pertinaz. El olor a *shashlik*[77] y a baratijas se mezclaba con el de la multitud empapada. Era el lugar perfecto para perderse, pero también para ser observado.
No entraron por la zona turística; bajaron a la parte de atrás, donde la policía no patrulla, solo cobra. Vladislav los condujo a través de un laberinto de puestos de matrioshkas y gorros de piel, algunos ya cerrando, hasta una caseta semioculta al fondo, especializada en «antigüedades» militares soviéticas. Una luz tenue se filtraba por las rendijas.
Llamó con los nudillos en la puerta metálica. Tras un momento de silencio, insistió, con más fuerza. Entonces, se oyó un cerrojo correrse por dentro y la puerta se abrió unos centímetros, revelando la silueta de un hombre bajo y ancho, con una espesa barba canosa y unos ojos que lo miraban todo con desconfianza perpetua. Llevaba un gorro de lana y un chaleco acolchado.
—Boris —dijo Vladislav, con un tono que pretendía ser familiar.
Los ojos de Boris se posaron en Vladislav, luego en Juan y Eli. Una chispa de reconocimiento, seguida de inmediato por una cautela extrema, cruzó su mirada.
—Petrov. Diablo. —Su voz era un gruñido—. Pensé que te habías vuelto demasiado… respetable para estos lares.

—Las circunstancias cambian —respondió Vladislav, secamente—. Necesitamos tres identidades nuevas. Y efectivo. Rápido.
Boris soltó una risa corta, sin humor.
—¿Y por qué habría de arriesgarme por ti? Tu cara sale en la televisión. Eso atrae… malas compañías.
—Por el triple del precio habitual —intervino Eli, dejando caer sobre el mostrador unos billetes de euro que llevaba ocultos bajo la ropa.
—Y porque si no lo haces —añadió Vladislav, con una calma peligrosa—, nos iremos a ver a tu competencia, Fyodor. Y le diremos que fuiste tú quien delató su operación de iconos el año pasado.
El rostro de Boris se transformó. Miró a los tres con un nuevo respeto, mezclado con odio.
—¡*Chort poberí*![78] —refunfuñó—. Esperen aquí. No se muevan.
Desapareció detrás de una cortina sucia.
Los minutos de espera se hicieron eternos. Juan mantenía una mano hundida en el bolsillo. Vladislav respiraba con cansancio, apoyado contra una vitrina llena de medallas oxidadas.
Boris regresó con tres pasaportes y otro fajo de billetes, esta vez rublos.
—Son buenos. Durarán… cuarenta y ocho horas, tal vez. Las fotos son bastante parecidas. Ahora, fuera de aquí.
Al salir a la plaza principal, sintieron un leve alivio. Tenían una oportunidad, aunque mínima. Pero la red, que se había estado cerrando poco a poco a su alrededor, se tensó de golpe.
Fue Vladislav quien lo vio primero. Al otro lado de la plaza, cerca de la entrada principal, dos hombres con abrigos oscuros, demasiado formales para el lugar, hablaban por sus smartphones mientras inquirían a los efímeros transeúntes. No eran policías uniformados. Eran otra cosa, más peligrosos.
—Morozov —murmuró Vladislav, y un escalofrío le recorrió la espalda —. Nos han localizado.
—¿Cómo? —preguntó Juan, con el corazón encogido.
—Boris —dijo Vladislav, con amargura—. Nos vendió. Debí imaginármelo.

No hubo tiempo para más. Uno de los hombres los señaló. Comenzaron a avanzar, abriéndose paso entre la multitud con una determinación fría.
—¡Corred! —gritó Vladislav, olvidando por un momento el dolor de su tobillo.
La huida se convirtió en un caos.
Torcieron por callejones laterales llenos de cajas de cartón y basura.
La leve lluvia, que antes era una molestia, se convirtió en su aliada, empañando las cámaras de seguridad y confundiendo las siluetas.
Llegaron a una amplia avenida, con el tráfico ensordecedor. Al otro lado, la entrada de una estación de metro.
Pero también la vieron: una furgoneta negra, sin distintivos, se detuvo bruscamente en la acera frente a ellos, bloqueando el paso. Las puertas laterales se abrieron.
—¡El centro comercial! —gritó Juan, señalando unas puertas automáticas brillantes a su derecha que daban a una galería comercial subterránea.
Entraron justo cuando dos hombres bajaban de la furgoneta. El contraste fue brutal: fuera, humedad y frío; dentro, calor artificial, luces y el zumbido de la música.
Durante unos minutos, fue un refugio.
Se mezclaron con las multitudes de compradores, perdieron de vista a sus perseguidores entre las lujosas tiendas y los quioscos de *fast-food*. Se refugiaron en unos lavabos públicos, jadeando, con la ropa empapada y pegada al cuerpo.
—No podemos quedarnos —dijo Eli, mirándose en el espejo con ojos desencajados—. Estarán revisando las salidas.
—No —protestó Juan—. Juntos hemos llegado hasta aquí.
—¡Separados duramos más! —replicó ella—. Vladislav, tú conoces esto, es tu ciudad. ¿Hay otra salida de este lugar? ¿Algo que no sean las principales?
Vladislav cerró los ojos, forzando a su mente a trabajar a través del dolor y el pánico.
—Sí —murmuró—. Quizá la zona de carga. En el nivel más bajo. Conecta con los túneles de servicio del metro.

Volver al metro, el corazón del sistema que los perseguía. Pero era su única opción.
Juan se apoyó contra la pared, jadeando.
—Si algo nos pasa... —comenzó, pero Eli le puso un dedo en los labios.
—No digas eso. Nos tenemos el uno al otro. Eso es lo único real en todo este embrollo.
Sus miradas se sostuvieron.
Juan levantó una mano y acarició con suavidad su mejilla, un gesto tan íntimo que ambos contuvieron la respiración.
Salieron de los lavabos y se dirigieron hacia las escaleras mecánicas que descendían. Iban separados, pero sin perderse de vista. Eli iba delante, moviéndose entre la gente con agilidad. Juan la seguía junto a Vladislav, cojeando unos pasos más atrás.
Fue entonces cuando, al llegar al descansillo de la planta baja, los vieron. No eran los hombres de abrigo.
Era Anya.
Estaba de pie, inmóvil, cerca de una cafetería, con un impermeable claro sobre su ropa. No llevaba la pistola a la vista, pero su postura era tan rígida como el acero. Sus ojos se encontraron con los de su padre a través de la multitud. No hubo emoción en ellos. Solo un vacío aterrador.
Vladislav se detuvo en seco, paralizado. Se quedó inmóvil. Solo alcanzaba a ver a su hija, irreconocible.
—Vladislav, ¡vamos! —lo apremió Juan, tirando de su brazo.
Pero era demasiado tarde. Anya levantó la mano, no con una pistola, sino con su teléfono móvil, y habló en él con calma. Al mismo tiempo, dos de los hombres de abrigo aparecieron en lo alto de la escalera mecánica que bajaba, cortándoles la retirada. La multitud, ajena al drama, fluía a su alrededor, charlando y cargando con sus compras.
—La salida de carga —articuló Vladislav con urgencia—. ¡A la izquierda, detrás de la juguetería!
Corrieron, ya sin disimulo. Los hombres de Morozov empezaron a correr también, empujando a la gente para abrirse paso. Una mujer

gritó. Un niño se echó a llorar. El orden perfecto del centro comercial se quebró en un instante.
Giraron por un pasillo lateral, luego por otro, más estrecho y mal iluminado. Al final, una puerta metálica con la leyenda:

СЛУЖЕБНЫЙ ВХОД

Anunciaba la «entrada de servicio».
Eli, que iba primera forcejeó con el picaporte. Estaba cerrada con llave.
—¡Atrás! —gritó Juan.
Se apartaron y Juan, con un impulso desesperado, se lanzó contra la puerta con todo su peso. La cerradura, barata y antigua, cedió con un chasquido metálico.
La puerta se abrió de golpe hacia un corredor de hormigón, iluminado por tubos fluorescentes y que olía a lejía y humedad.
Bajaron una empinada escalera de servicio. Los pasos de sus perseguidores resonaban justo detrás. Al final del corredor, otra puerta, esta vez abierta, revelaba los andenes de una estación de metro. No una estación principal, sino una de las más profundas y antiguas, con azulejos desconchados y un aire de abandono.
Saltaron a las vías justo cuando el bramido de un tren que se acercaba empezaba a crecer en el túnel. La luz de sus faros los cegó por un instante.
—¡Por aquí! —gritó Vladislav, señalando un hueco de mantenimiento en la pared del túnel.
Se metieron en él, apretujándose en el espacio reducido, justo cuando el tren pasaba a toda velocidad a escasos centímetros, llenando el mundo de un estruendo atronador y una ráfaga de viento sucio.

Mientras el estruendo del tren se alejaba, las voces de sus perseguidores llegaron claras desde el andén, cargadas de frustración.
—¡Se han tirado a las vías! ¡Están locos! —gritó uno.
—¡Llama al control! ¡Que paren el tráfico en esta línea! —ordenó otro, con una voz que pretendía ser de autoridad pero que delataba la misma incredulidad.
Desde su escondite, Vladislav contuvo la respiración y susurró para sus compañeros, traduciendo el intercambio.
Esa era la razón. Saltar a las vías del metro no era una huida, era un acto suicida. Los hombres de Morozov, profesionales pero no temerarios, asumieron que o bien habían sido arrollados, o que, en un acto de desesperación, intentarían escabullirse por los túneles, donde un tren los aplastaría en minutos.
Ordenar el cese del tráfico ferroviario era la respuesta lógica, pero también era una operación que llevaría varios minutos, si es que el control central accedía a una solicitud tan drástica que paralizaría una línea principal.
Esos minutos de burocracia y confusión eran el regalo que necesitaban. Sus perseguidores se quedarían vigilando el andén, escaneando las vías con sus linternas, esperando ver cuerpos o movimiento, sin imaginar que su presa se había desvanecido en un pliegue de la arquitectura soviética, a solo unos metros de distancia.
Estaban a salvo. Por ahora. Pero la red se había cerrado por completo. Ya no eran buscadores de un tesoro. Eran fugitivos, heridos, marcados, con todo el aparato de seguridad del Estado ruso pisándoles los talones.
Y la única escapatoria era un viaje imposible hacia el sur, hacia el polígono industrial y un camión a Novorossiysk.
La persecución había llegado a su límite.
Más tarde, alejada ya de los túneles del metro, en una habitación alquilada con nombre falso, Anya extendió sobre la cama la hoja que su padre le había entregado.
Creyó que encontraría allí las palabras de piedra que la sostendrían; encontró, en cambio, papel humedecido por manos que habían temblado.

«Mi Solntse —leyó la letra de Irina—, si alguna vez te dicen que lo hicimos por la Patria, diles la verdad: lo hicimos por ti».
Recordó a su padre en Hyde Park, la tarde azul y las manos grandes sujetándola para que el mundo no la venciera.
Morozov le había dicho que el amor era una debilidad; de niña, Anya pensó que debía de ser cierto. Ahora, leyendo, entendió la trampa: sin amor, todo es fácil. Demasiado fácil.
Volvió a mirar la hoja como quien abre una herida en lugar de curarla. No lloró.
Colocó el arma debajo de la cama.

◆ ◆ ◆

Por primera vez en años, Anya durmió sin la tensión de emplear el arma con tan solo un gesto.

14. LA HUIDA DEL MIEDO

La oscuridad en el nicho de mantenimiento era absoluta. El hedor a aceite y humedad se les metía en la garganta con cada jadeo. Fuera, en el andén, las voces de sus perseguidores se habían desvanecido.

Eli fue la primera en romper el silencio tenso.

—No podemos volver a la superficie por una estación frecuente —susurró—. Estarán vigiladas.

—No hace falta —dijo Vladislav, su voz un rumor ronco en la negrura —. Creo recordar que hay una salida de emergencia, de las de

mantenimiento. Da a un callejón en el distrito de Taganka[79]. Desde allí, es más fácil pasar desapercibidos.
Vladislav guió a través de un dédalo de túneles secundarios, apoyándose en la memoria de unos planos de mantenimiento que había consultado horas antes.
Caminaron durante casi una hora por ellos, respirando el aire viciado y sorteando charcos oscuros.
Por fin encontraron una pesada puerta de metal, oxidada, que cedió con sorprendente facilidad.
Emergieron a un callejón desierto, lejos del bullicio del centro comercial. La lluvia había amainado, dejando un aire helador y húmedo. Un vistazo rápido al reloj de una lejana fachada les confirmó que eran poco más de las diez y media de la noche. Tenían tiempo.
—Necesitamos un coche —dijo Eli, escaneando la calle vacía—. No podemos arriesgarnos a coger otro taxi cualquiera.
—No, un taxi como tal, no —corrigió Vladislav, con esa nueva determinación práctica que había nacido de la traición—. Un coche. Punto.
Caminaron varias manzanas, alejándose de la zona conflictiva. Al llegar a una calle más transitada, vieron bares y algún que otro club. La gente salía y entraba, ajena a su drama.
Vladislav se separó y se acercó a un grupo de jóvenes que salían de un bar, hablando en voz alta y riendo. Intercambió unas palabras rápidas en ruso con uno de ellos, un chico con una sudadera de marca y aire despreocupado. Hubo un intercambio de billetes, un apretón de manos y el chico lanzó unas llaves a Vladislav, señalando un Volkswagen Polo viejo de color rojo aparcado más adelante.
—¿Le has comprado el coche? —preguntó Juan, atónito, mientras se acomodaban dentro.
—Le he alquilado el coche por una noche, por un precio que no podía rechazar —respondió Vladislav, lanzándole las llaves a Juan—. Prefiere no saber para qué. Y nosotros preferimos no dejar un rastro de taxi.

El viaje hasta el distrito industrial sur fue tenso pero rápido. Vladislav dio instrucciones a Juan como un navegador GPS tomando rutas secundarias, serpenteando por calles industriales sin posibles cámaras y evitando los accesos principales vigilados.

A las 23:34, el Volkswagen se detuvo en las afueras del páramo de naves bajas, vallas oxidadas y calles desiertas iluminadas por farolas moribundas. Afuera, la oscuridad era tan compacta que parecía absorber el último aliento de luz.

—Desde aquí, a pie —anunció Vladislav—. La «oficina» de Varlam está en el corazón de esto. Llegar en coche llamaría demasiado la atención.

—¿Estás seguro de que ese Varlam nos ayudará? —preguntó Juan, rompiendo la tranquilidad, su voz cargada de un escepticismo comprensible.

—Estoy seguro de que ayudará al dinero —respondió Vladislav sin volverse, su aliento empañando el cristal—. Y de que teme más a lo que sé sobre sus negocios con ciertos oligarcas que a la propia amenaza de Morozov. En este mundo, el chantaje es lo más cercano a la confianza.

Caminaron sigilosamente entre sombras de grúas inmóviles y contenedores. Vladislav cojeaba, pero su determinación era un bálsamo más poderoso que cualquier analgésico, relegando el dolor punzante de su tobillo a un recordatorio molesto.

Unos instantes después, llegaron a una nave semiabandonada con una luz tenue y amarillenta filtrándose por una ventana sucia.

Vladislav se acercó a la puerta metálica reforzada y llamó con el santo y seña: tres golpes rápidos, una pausa, dos más.

Pasaron dos minutos. El cerrojo se sacudió y la puerta se abrió unos centímetros, revelando la silueta corpulenta de Varlam.

—Petrov. Joder —escupió el georgiano, con una sonrisa cínica—. Pensé que estarías muerto. O en Lubyanka.

—Todavía no, Varlam —respondió Vladislav, con una sonrisa cansada —. Necesitamos un servicio especial. A Novorossiysk. Esta noche.

Varlam los miró a los tres, evaluando el riesgo y el beneficio con la rapidez de un tiburón.

—Triple del precio habitual. Y no me conocen. Nunca estuvieron aquí.
—Mitad ahora, mitad al llegar —negoció Vladislav, mostrando un fajo de euros.
—No —refunfuñó Varlam—. Todo ahora. O busquen a otro idiota. El riesgo es muy alto. Se habla de vosotros en círculos... feos.
Vladislav aceptó, adelantándose un paso: —Pagamos todo ahora. Pero si nos traicionas, si hay el más mínimo problema, le cuento a tu esposa, a la que tanto quieres, todos los detalles de tu «asistente personal» en Sochi[80]. Y de la cuenta en Chipre que ella no conoce.
El rostro de Varlam se demudó.
—Perro —escupió al suelo—. Esta madrugada a las 03:00. En punto. Plataforma 7. Contenedor marrón con una raya azul. El conductor se llama Kostya. No lleguéis tarde.
Al salir de la nave, Vladislav se apoyó en la pared, agotado pero con un destello de triunfo.
—Lo logramos —susurró—. El primer paso.
—¿Y ahora? —preguntó Juan, mirando a su alrededor con aprensión —. ¿Esperamos aquí tres horas a la intemperie?
—Ahora —dijo Eli—, encontramos un lugar donde escondernos hasta la hora. Y rezamos para que Varlam no decida que somos más problema de lo que valemos.
Encontraron refugio en una oficina de ventas abandonada. El aire olía a papel mojado. Se sentaron en el suelo de cemento, espalda contra espalda, formando un triángulo defensivo en la penumbra.
El plan de Varlam no era improvisado; llevaba semanas moviendo mercancías hacia el sur. El camión ya estaba cargado y listo para salir. Solo tenían que subirse y rezar para que la ruta clandestina funcionara.
Era una carrera contra el reloj. Cada hora que ganaban era una hora menos para que el FSB cerrara las carreteras.
Afuera, el traqueteo del motor se convirtió en una música áspera que marcaba el compás de su huida. El tiempo dejó de medirse en minutos y empezó a medirse en kilómetros, al ritmo áspero del motor que los empujaba hacia el sur.

—Háblanos de Vietnam —pidió Juan a Vladislav, rompiendo el silencio—. De antes de todo esto.
Vladislav entornó la mirada.
—El lago Hoàn Kiếm... el olor del jazmín... mi madre cantando esas canciones tristes... —La voz de Vladislav se quebró.
Guardó silencio un instante, como si tragara algo más pesado que el recuerdo.
—Lo que creí felicidad —murmuró al fin— estaba construido sobre un secreto.
—No todo fue mentira —dijo Eli suavemente—. El amor de tu madre fue real. Es lo único que el sistema no pudo robarles.
Vladislav no respondió, pero una lágrima solitaria se escapó por su mejilla sucia.
Con el frío calándoles los huesos, los tres entendieron la lección más cruel: algunas verdades duelen más que todas las mentiras, pero también son lo único que, al final, merece la pena salvar.
Entre historias del pasado y ligeras cabezadas, las agujas del reloj anduvieron su camino hasta marcar la 02:51.
Afuera, la noche estaba en su punto más oscuro.

◆ ◆ ◆

El viaje aún no había comenzado, pero Vladislav ya cargaba con un equipaje más pesado: la verdad sobre quiénes eran, de dónde venían. Y todos, al unísono, compartían el tenue y frágil hilo de esperanza de quiénes podrían llegar a ser, si lograban sobrevivir a la larga noche que tenían por delante.

15. JURAMENTO EN LA OSCURIDAD

La nave desprendía un olor a hierro y humedad.
Al fondo, sonaba la maquinaria oxidada.
Juan repasaba mentalmente cada paso del plan, como si pudiera encontrar una grieta invisible antes de que todo se derrumbara.
Eli, sentada sobre una caja de madera, mantenía la mirada fija en la puerta metálica.
Vladislav articulaba palabras en voz baja.

No había teléfonos, ni forma de saber si Kostya aparecería. Solo la promesa hecha en voz baja, horas atrás, cuando el Varlam aceptó el riesgo y el dinero. Si el conductor llegaba, tendrían una oportunidad. Si no, la nave se convertiría en una trampa.
El tiempo se estiraba como un hilo tenso. Cada golpe de lluvia contra el tejado sonaba como un disparo lejano. Juan pensó en todo lo que habían dejado atrás: los pasillos del metro, la carrera entre sombras, la certeza de que alguien los había vendido. Ahora, todo se reducía a una puerta y a un hombre que podía no venir.
A las 03:02, el rugido de un motor quebró el silencio.
Eli se levantó de golpe.
Vladislav se acercó a la ventana rota y asintió sin palabras. Era su camión, con los faros delanteros iluminados que competían con la luz mortecina de la farola, como si de una aparición se tratase,
La puerta se abrió con retumbar metálico.
El aire frío entró como un cuchillo.
Corrieron hacia el vehículo, empapados, con el corazón golpeando como un martillo.
Kostya no dijo nada; solo levantó la mano y señaló el interior del contenedor.
Subieron.
La puerta se cerró con un golpe que sonó a sentencia.
Oscuridad.
Silencio.
Luego, el motor rugió.
Moscú quedó atrás.
En la cabeza de Juan, la cifra era simple: Moscú-Novorossiysk, unos 1.500 kilómetros; con desvíos y controles, veintidós–veinticuatro horas hasta llegar al muelle.
Dentro olía a tela nueva y a humedad. Se acomodaron como pudieron entre los fardos de ropa, creando un pequeño escondite en la parte trasera. A través de una pequeña rendija entre las puertas, vieron cómo las luces del polígono industrial se desvanecían, reemplazadas por la oscuridad de la carretera.
El silencio se instaló entre ellos, roto solo por el traqueteo del vehículo y su propia respiración. Habían escapado, por ahora. De

Moscú, de Morozov.
En la intimidad forzada de aquel espacio, rodeados por la prueba física de su huida, algo se quebró. La adrenalina dio paso a un agotamiento total y a una vulnerabilidad cruda. Eli, sentada en un fardo, se dejó llevar por la inercia del camión y su cabeza buscó inconscientemente el lacerado hombro de Juan.
Él, en un acto reflejo, pese al dolor que le atravesaba el hombro, la atrajo con un gesto instintivo, rodeando sus hombros y apoyando la mejilla en su pelo.
No hubo palabras. No eran necesarias. El calor del otro, el latido del corazón acompasado con el sonido del motor eran el único referente.
En la negrura, lejos de la mirada de Vladislav y del mundo, se besaron. Sus labios se encontraron en las sombras del contenedor. No fue precipitado ni urgente, sino lento, profundo, y sabía a lágrimas contenidas y a promesas no dichas. Era la confirmación física de todo lo que habían callado.
Cuando se separaron, fue para permanecer frente a frente, respirando el mismo aire cargado, reconociendo en los ojos del otro el mismo terremoto interior.
—Desde el Etna —dijo Juan, con los dedos acariciando su mejilla—. Desde que te vi frente a ese resplandor rojo, supe que eras diferente.
—Y yo desde que callaste ante esa fuerza que no podías medir ni calcular —respondió Eli, apoyando ligeramente su frente contra la de él—. No es el miedo lo que nos une, Juan. Es la elección de enfrentarlo juntos.
Se besaron de nuevo, y esta vez fue diferente.
Eran dos almas que habían encontrado su hogar en el lugar más improbable. En la angustia del camión, con el estruendo del motor como testigo, sellaron un pacto, un juramento que iba más allá del peligro inmediato.
Fue entonces cuando Juan, con la voz quebrada por la tensión, dijo en voz baja:
—Cuando esto termine… quiero que sigamos juntos.

Eli lo miró, y en sus ojos no había duda, solo la certeza de que esa promesa era lo único real en medio de tanta incertidumbre y peligro.
Dentro del contenedor, se vislumbraba ya algo de claridad. Finas líneas de luz diurna se filtraban por las juntas de las puertas, iluminando motas de polvo que danzaban como espíritus en el aire viciado.
El camión había estado en movimiento durante horas, y la realidad de Moscú comenzaba a sentirse como un sueño febril.
Eli se movió ligeramente, ajustando su posición contra el hombro de Juan. El contacto, nacido de la tensión del viaje, se había convertido en un consuelo tácito. Eli, tan pragmática siempre, bajó por fin las defensas. No era debilidad: era una tregua necesaria.
Llevaban ya bastantes horas y el caminero decidió detenerse en un área de servicio a la salida de una pequeña población, lo justo para no llamar la atención. Aprovecharon para ir al baño y estirar las piernas mientras Kostya entraba en el bar. Volvió con pan, algo de embutido y varias botellas de agua.
Comieron en silencio mientras el motor volvió a arrancar, marcando el ritmo de la huida.
Juan miraba las franjas de luz en el suelo metálico. Su mente, acostumbrada a calcular estructuras, no podía procesar la enormidad de lo que acababa de pasar. Había saltado a un abismo y, en lugar de caer, había encontrado a Eli en sus brazos.
—Tu hombro está magullado —murmuró Eli, rozando con los dedos el desgarro en la manga que dejaba entrever la herida.
Juan sonrió con incredulidad.
—No ha sido gran cosa. Podría haber sido mucho peor.
Al otro lado, Vladislav los observaba. No con la mirada de un espía, sino con la de un hombre que ha visto cómo se queman los puentes detrás de él. El gesto de ellos, tan simple y humano, le abrió una herida antigua. Recordó los brazos de su madre envolviéndolo por las noches. Ver a Juan y Eli encontrar un atisbo de luz en la oscuridad no le producía envidia, sino una determinación más profunda: proteger ese frágil futuro que brotaba entre la podredumbre.

—¿Qué hora es? —preguntó Eli, dirigiendo la pregunta al espacio en general, rompiendo el hechizo de intimidad para incluir a Vladislav.
—Son las 12:32 —respondió Vladislav, su voz áspera por la falta de uso. Señaló con la cabeza hacia una rendija—. El ángulo de la luz ha cambiado. Llevamos nueve horas, así que debemos estar por la Llanura del Don[81].
Eli se separó un poco de Juan, aunque su hombro siguió tocando el suyo. El momento de intimidad había pasado, transformándose en una solidaridad más amplia.
—¿Y el georgiano, Varlam? ¿Podemos confiar en él?
Vladislav se encogió de hombros, un gesto que parecía cargado del peso de toda una vida de desconfianza.
—Confiamos en su avaricia y en su miedo. Es la moneda más estable en este negocio. Le pagamos bien, y sabe que si nos traiciona, mi conocimiento de sus… actividades pasadas podría llegar a oídos peores que los de Morozov.
Juan asintió, aceptando la lógica cínica. Era el mundo en el que estaban inmersos ahora.
—¿Y en Estambul?
—Primero lleguemos allí, luego pensaremos en otro plan —dijo Vladislav.
Hizo una pausa y miró el maletín que Juan aún protegía.
—Ahora es urgente: tenemos que decidir qué hacemos con eso.
Tres pares de ojos se posaron sobre el maletín de cuero. Los «Diarios de Smolensk» eran la razón por la que estaban huyendo, la llave que había abierto la caja de los truenos familiares de Vladislav.
—Mi padre los quiere —dijo Eli, su voz recuperando su tono analítico —. Para una reclamación formal, para la Historia.
—Morozov los quiere —contraatacó Vladislav—. Para enterrarlos, o para usarlos. Y mi… y Anya, será la encargada de recuperarlos.
El nombre de su hija colgó en el aire entre ellos, un fantasma doloroso.
Juan apretó el maletín.
—No podemos dejárselos. No después de lo que hemos pasado. No después de lo que hemos aprendido. —Miró a Vladislav—. Esto ya no

es solo una historia, Vladislav. Es tu historia.
Vladislav sostuvo su mirada. El periodista que una vez fue, el que habría vendido su alma por una exclusiva así, había muerto en los túneles bajo Moscú. Se había transformado. Un hombre en deuda. Un padre fracasado buscando una redención imposible.
—Estambul —repitió, como un rezo—. Llegaremos a Estambul. Luego… luego decidiremos.
El camión tomó una curva cerrada.
Una caja de herramientas que había en un rincón resonó con un golpe metálico.
El sonido los devolvió a la realidad de su confinamiento. La tregua había terminado. El camino por delante seguía siendo largo y peligroso, pero ya no estaban solos. La alianza forjada en el miedo se había templado en algo más resistente: una confianza frágil pero tangible, y el nacimiento de un amor que se atrevía a brotar en el lugar más improbable.
Las horas se estiraban y el traqueteo era una canción de cuna brutal, un vaivén que mecía sus cuerpos exhaustos. La tensión, latente durante todo el viaje, alcanzó su punto de ruptura cuando el camión se detuvo bruscamente. No fue una parada suave, sino un frenazo que los lanzó contra los fardos de tela.
Luego llegó el silencio. Un silencio mucho más aterrador que el estruendo constante.
La luz que se filtraba ya no era dorada.
Ahora era el blanco frío de un puesto de control.
Vladislav se arrastró hasta la junta de las puertas.
—Policía de tráfico. GIBDD[82] —advirtió con tensión palpable—. Solo uno. Está hablando con Kostya.
Dentro del contenedor, el aire se volvió espeso. Eli se irguió y se tensó. Juan contuvo la respiración.
Oyeron las voces amortiguadas, la jovialidad forzada de Kostya, la monotonía del agente. Luego, un vacío que se extendió hasta volverse opresivo.
—Está revisando los papeles… con mucha, demasiada calma —informó Vladislav, sin apartar el ojo de la rendija.

El sonido de unos pasos se acercó. No eran las botas pesadas de Kostya. Era un sonido más ligero, metódico.
Rodeaban el camión.
Se detuvieron justo detrás de ellos.
Unas botas se proyectaron bajo la puerta. Nítidas. Amenazantes.
El corazón de Juan pareció detenerse. Apretó la mano de Eli.
Las botas seguían ahí, inmóviles, justo detrás de las puertas. Ella contuvo la respiración, sus ojos, enormes en la oscuridad.
Kostya dijo algo, su voz más alta, forzadamente alegre.
—¡Todo en orden, jefe! Solo son trapos para los turcos. ¿Un cigarrillo?
La sombra de las botas dudó. Luego, con un gruñido inaudible, se alejó. El motor del camión ronroneó y volvieron a ponerse en marcha.
La tensión se rompió como un cristal. Juan dejó escapar el aire de sus pulmones en un largo suspiro tembloroso.
Eli relajó el brazo, dejando la llave a un lado. Sin mediar palabra, buscó de nuevo su hombro y enterró el rostro en su chaqueta.
Él la rodeó con ambos brazos, enterrando el rostro en su pelo, oliendo a polvo y a la esencia limpia de ella, un aroma que se había convertido en sinónimo de supervivencia.
—Está bien —susurró contra su cabello, más para convencerse a sí mismo que a ella—. Está bien.
Vladislav se dejó caer pesadamente contra un fardo. Se pasó una mano por la cara, dejando un rastro de sudor y suciedad.
—Ha sido cerca. Demasiado cerca.
El susto los había dejado vacíos, pero también había eliminado las últimas barreras. El peligro compartido era un ácido que corroía cualquier pretensión.
En la intimidad reconquistada, con la adrenalina aún corriendo por sus venas, Juan la miró. Y toda su meticulosidad, su lógica de ingeniero, se desvaneció. Solo quedaba la verdad desnuda, tan frágil y poderosa como ellos en ese contenedor.
—Cuando esas botas se pararon… —comenzó, su voz aún quebrada —. Lo único en lo que podía pensar era en que no te había dicho… en que no sabías…

Eli alzó la cabeza. Sus ojos, en la penumbra, buscaban los suyos. —¿El qué, Juan?

—En que… te quiero —dijo, y las palabras, simples y directas, resonaron en el espacio cerrado—. Que me he enamorado de ti entre estaciones de metro fantasma y túneles de desagüe. Y que si algo nos pasaba, me arrepentiría toda la vida de no habértelo dicho.

Eli no respondió de inmediato. Lo estudió, como si buscara algún rastro de duda, de cálculo tardío. Solo encontró una certeza absoluta, tan sólida como los planos que él solía dibujar. Una sonrisa lenta, tan radiante que pareció iluminar la oscuridad del contenedor, se dibujó en sus labios.

—Idiota —susurró, pero con una ternura que desmentía la palabra—. Yo también. Te quiero. —Hizo una pausa y añadió, con un deje de pragmatismo—: Y ha sido la locura más sensata que he cometido en mi vida.

Se besaron.

Vladislav apartó la vista, concediéndoles su intimidad. Un dolor agridulce, como el regusto de un vino añejo, le atenazó el pecho. No era envidia, sino el eco lejano de un sentimiento que creía muerto y enterrado, el recuerdo de unos brazos que alguna vez lo sostuvieron en las noches cálidas de Hanói. Ver a los dos le produjo un atisbo de esperanza.

Quizás, en medio de toda la destrucción, algo bueno, algo puro, podía nacer. Y su misión, ahora, incluía proteger ese frágil brote.

Más tarde, con el camión adentrándose en la noche profunda, hablaron. Susurrando, confesándose sus miedos como si fueran secretos de Estado.

—Temo no ser lo suficientemente fuerte para esto —confesó Juan, acariciando el brazo de Eli con una reverencia nueva—.

—Se trata de no rendirse —respondió ella, con una convicción que lo dejó sin aliento—. Y tú no te rindes. —Se aproximó más aún, y añadió en un susurro aún más bajo—: Tus ojos… cuando me miran, siento que puedo con todo.

Él sonrió, una expresión genuina y relajada que le transformaba el rostro ligeramente demacrado.

Fue entonces cuando Eli, mirando hacia donde estaba Vladislav, dijo algo que sorprendió incluso a Juan.
—No todo el mundo puede decir que ha sido testigo del nacimiento de un amor en la bodega de carga de un camión que huye de los servicios secretos rusos. —Su tono era ligero, divertido, pero su intención, profunda. Estaba tendiendo un puente, incluyéndolo, reconociendo su papel de testigo involuntario en aquel momento extraño y fundacional.
Vladislav emitió un sonido ronco que era casi una risa.
—Es una historia que les hará ganar muchas cervezas… si vivimos para contarla.
—Viviremos —afirmó Juan, y esta vez no sonó a bravuconería, sino a una decisión colectiva, un pacto a tres voces sellado en el fragor de la huida.
Horas más tarde, el camión se detuvo de nuevo, esta vez de forma definitiva. Un frenazo brusco seguido de un silencio dramático. La luz que se filtraba por las rendijas era ahora el blanco de focos eléctricos.
Un nuevo olor se colaba en el contenedor: sal, fueloil y el dulzón aroma de pescado podrido. El Mar Negro.
Vladislav, que había permanecido en un rincón, se puso en pie de un salto, toda su fatiga desaparecida, reemplazada por una alerta animal.
—Llegamos —anunció, con un hilo de voz que cortaba la intimidad del momento anterior.
La puerta trasera se abrió como un disparo. El rostro de Kostya era una máscara de nerviosismo, sus ojos escudriñando la oscuridad detrás de ellos.
—Rápido. El patrón no espera. —Les hizo una seña urgente para que salieran—. Y no habléis.
Eran las 03:41 del siguiente día. Bajaron a un muelle desierto y mal iluminado, rodeado de los esqueletos oscuros de grúas inmóviles. El aire salino del Mar Negro les golpeó el rostro como una bofetada.
Las luces de Novorossiysk parpadeaban a lo lejos. Eran solo un recordatorio del peligro.

—Allí —apuntó Kostya con un movimiento brusco de la cabeza hacia una pequeña lancha motora que se mecía suavemente en el agua oscura, golpeando con suavidad contra los neumáticos de un viejo muelle de madera.

Un hombre alto y delgado, envuelto en un jersey de lana gruesa y con una gorra calada hasta los ojos, esperaba impasible junto al casco, una silueta recortada contra el brillo del agua.

—Ese es vuestro pasaje a Estambul. —Kostya los miró por última vez, y en sus ojos no había deseo de suerte, solo el alivio de librarse de un problema—. Buena suerte.

Dieron media vuelta, pero no habían avanzado ni diez metros por el muelle de madera cuando una figura con uniforme de la Policía Portuaria, la Transportnaya politsiya[83], emergió de detrás de una pila de redes. Llevaba una linterna y una actitud de aburrida suspicacia.

—¿Qué hacen aquí? Sus papeles —dijo el guardia en ruso, alargando la mano sin mirarlos a los ojos.

El corazón de Juan dio un vuelco. Eli contuvo la respiración. Fue Vladislav quien, con una calma que le supuso un esfuerzo sobrehumano, se adelantó.

—Por supuesto, oficial —dijo en ruso, pero con un ligero y marcado acento esloveno. Sacó su pasaporte falso y luego hizo un gesto hacia sus compañeros—. Mis amigos… no hablan el idioma. Somos turistas.

«Turistas« en un muelle desierto a las cuatro de la madrugada sonaba a blasfemia, pero a veces la mentira más obvia es la que menos se cuestiona.

Juan y Eli entregaron sus pasaportes italianos. El guardia los miró, luego a ellos, y de nuevo a las fotos. Su mirada se detuvo primero en Juan y en los ojos marrones de Eli. Buscaba, de forma rutinaria, un ruso y dos españoles. Estos eran un esloveno y dos italianos. La discrepancia era su escudo.

—¿Italiano? —preguntó el guardia, señalando a Juan con la linterna.

Juan, siguiendo las instrucciones que Vladislav les había advertido, asintió con una sonrisa tensa.

—Sí. Italiano.
—Su acento español, duro para la musicalidad italiana, era evidente, pero podía pasar por un sureño de Nápoles o Sicilia para un oído ruso no entrenado.
El guardia miró a Vladislav.
—¿Y usted qué hace con ellos?
—Les sirvo de guía —respondió Vladislav con soltura, encogiéndose de hombros—. Es un trabajo. ¿Hay algún problema, oficial?
Por un momento se les hizo eterno, el guardia sopesó la situación. Tres europeos occidentales en un muelle pestilente. Podía detenerlos, provocar un incidente diplomático, llenar de papeleos su aburrida noche... o seguir su camino.
La linterna volvió a pasar sobre los pasaportes. En ese momento, el *walkie-talkie* del guardia crepitó con una voz urgente: «Control, incidente en el muelle principal».
El hombre frunció el ceño, respondió y devolvió los pasaportes con un gesto brusco. La rutina cedió ante la prisa.
—No se queden aquí. Es zona restringida —masculló, y se alejó en dirección contraria, su interés extinguido por la prioridad.
Solo cuando sus pasos se desvanecieron se atrevieron a moverse. Una corriente de alivio casi paralizante los recorrió.
Sin mediar palabra, se dieron la vuelta y se apresuraron por el muelle, sus pasos resonando sobre la madera podrida.
Al subir a la lancha, la silueta del camión que los había llevado a través de Rusia comenzó a desdibujarse.
Dentro del camión quedaba ya solo un recuerdo. Un refugio que habían dejado atrás. El patrón no pronunció palabra. Señaló hacia la oscuridad del Mar Negro con un gesto brusco. La barca avanzó entre sombras. El motor protestó con un sonido áspero. El aire salado les golpeó la cara mientras las olas marcaban el ritmo de la huida.
Avanzaron durante casi cuarenta minutos entre sombras, esquivando los reflectores de los guardacostas. Al fin, la silueta del carguero apareció en la oscuridad.
El patrón apagó el motor antes de llegar y, tras ayudarlos a subir por una escala improvisada hasta la cubierta auxiliar, lo volvió a arrancar para alejarse sin llamar la atención.

—Este barco los llevará hasta Trabzon[84] —gruñó, señalando la costa turca en el horizonte—. Allí cambiarán a otro buque. Más grande. Rumbo a Estambul.

El plan era tan precario como necesario: dos saltos antes de alcanzar la ciudad que prometía anonimato.

Primero, la travesía corta hasta la costa oriental del Mar Negro; luego, el trasbordo nocturno a un carguero que haría cabotaje hasta el Bósforo, ocultos entre fardos de tela y cajas sin registro. Nada de listas de pasajeros. Solo un baile de sombras.

Mientras la barca se alejaba y el carguero comenzaba a vibrar bajo sus pies, Juan miró a Eli. El frío les quemaba la piel, pero sus ojos denotaban que habían cruzado un umbral sin retorno.

El mar, oscuro e infinito, era ahora su única barrera.

Estambul podía ser la salvación… o la trampa definitiva.

◆ ◆ ◆

El mar los había llevado hasta Estambul, pero la verdadera travesía —la de las lealtades rotas y las trampas invisibles— acababa de comenzar.

Morozov no improvisaba: Anya ya estaba desplegada en Turquía, adelantada por vuelos diplomáticos y credenciales limpias.

16. LA EMBOSCADA TURCA

La escala en Trabzon había sido una operación de nervios y sombras. Bajo una llovizna gélida que barría las luces de los faroles del puerto, el primer carguero los había transferido a una barcaza de pesca que olía a fueloil y a redes podridas.

El trasbordo, supuestamente coordinado, casi se malogró cuando una patrulla de seguridad portuaria apareció inesperadamente, sus linternas barriendo los muelles.

Tuvieron que permanecer agazapados entre bidones vacíos durante veinte minutos interminables, con el corazón en la garganta, hasta

que el peligro pasó.
El segundo barco, un carguero más grande y oxidado que enarbolaba bandera panameña, los recibió sin ceremonias. Era uno de esos mercantes que parecían haber sobrevivido a demasiadas vidas: chapa remendada, pintura descascarillada y una resonancia en la cubierta, señal de años sin una inspección seria. El capitán, un hombre de mirada opaca, no pidió nombres ni documentos; solo gruñó una orden en un español caribeño gastado y los hizo pasar. La tripulación, silenciosa y hosca, evitaba el contacto visual, como si transportar sombras fuera parte habitual del manifiesto.
La nueva travesía por el Mar Negro fue un suplicio silencioso, marcado por el miedo latente a que los reflectores de un guardacostas los iluminaran para siempre. La noche entera se dilató en un vaivén tenso, casi dieciocho horas de navegación errática con el carguero avanzando a un ritmo torpe y clandestino, siempre lejos de cualquier ruta reconocible.
Cuando por fin los dejaron en manos de una lancha que los aproximó a la costa turca, el alivio fue tan breve como engañoso. El motor de la lancha se apagó con un último estertor, ahogado por el golpe suave del casco contra los neumáticos de un muelle de madera en un rincón olvidado de Estambul. La travesía nocturna los había dejado empapados en salitre y con los músculos entumecidos por el frío y la tensión. Bajaron a tierra firme con movimientos lentos, casi sonámbulos, mientras el patrón, cómplice y bien pagado por su silencio, se alejaba sin pronunciar una palabra, fundiéndose con la niebla matutina como un fantasma.
Estambul los envolvió de inmediato con su caos vibrante y sensual. El aire era más templado que en Moscú, pero aún se sentía el aliento del invierno en las calles húmedas, mezclándose con el olor a especias, a gasolina y a la dulzura empalagosa del *baklava*.[85] El grito de las gaviotas se mezclaba con las bocinas de los coches y la llamada a la oración que descendía de una mezquita cercana, una banda sonora de vida ferviente que contrastaba con el silencio mortal de su huida.

Se miraron, los tres. En sus rostros se veía la misma incredulidad. Habían cruzado un mar. Estaban en otro continente. Pero la red de Morozov era larga y, sin duda, bien organizada.

—No debemos permanecer aquí —murmuró Eli, su pragmatismo rompiendo el hechizo—. Los muelles serán lo primero que rastreen.

Como si la ciudad respondiera a su necesidad, una figura delgada, con una gorra de Galatasaray y una barba recortada, se materializó junto a una pila de redes. Hamza. Sus ojos, de un azul descolorido que contrastaba con su piel curtida, los escrutaron sin pestañear.

—La Cisterna Basílica, cerca de Santa Sofía —dijo, su voz áspera como papel de lija—. Entren y esperen junto a la Medusa. No se muevan de allí.

Hamza chasqueó la lengua al ver la cojera de Vladislav.

—Tú, conmigo —ordenó, ya tirando de su brazo—. Rápido y por abajo. Ellos dos, a pie, como turistas. Nos vemos allí.

Un taxi amarillo frenó junto al acceso de servicio del muelle. Hamza empujó a Vladislav dentro, le caló una gorra y pagó en efectivo sin mirar al conductor. El coche se incorporó a Kennedy Caddesi rumbo a Sultanahmet, tragándose la niebla como si fuera humo.

Eli dejó que su mente viajara lejos, hasta la terraza donde sus sobrinos, Mateo y Guille, jugaban con una pelota de espuma roja que ella misma les había regalado. El sol caía oblicuo sobre las baldosas, y sus risas agudas se mezclaban con el aroma primaveral y la inocencia de una infancia que aún no conocía el miedo. Pensó en lo fácil que era perderlo todo y en lo difícil que sería explicarles algún día por qué había elegido este camino.

Caminaron hacia la ciudad, subiendo por calles empinadas y abarrotadas. Por un momento, brevísimo, la magia de Estambul los atrapó. Paseando de la mano, Juan y Eli se sintieron, por un instante robado, simples turistas. Él apretó su mano.

—Es increíble —dijo con asombro—. Después de todo… poder estar aquí, contigo.

Ella observó el paisaje variopinto que, tras la monumentalidad ordenada y la limpieza de Moscú, le resultó caótico y, hasta cierto punto, decepcionante. Sin embargo, le sonrió, con un gesto genuino que le iluminaba los ojos, borrando los indicios del miedo.

—Dondequiera que estemos, Juan. Mientras sea contigo.
Pero la ilusión era tan frágil como el cristal. Al doblar una esquina, Eli se detuvo en seco, su sonrisa desvaneciéndose. Su instinto, ese don para leer el peligro en los espacios vacíos, le lanzó una alerta silenciosa.
—¿Qué pasa? —preguntó Juan, siguiendo el giro de su cabeza.
—Nada… o todo —contestó ella, escaneando la multitud—. Sentí… que nos observaban.
No vieron nada inusual, solo el río de gente. Pero la semilla de la paranoia había sido plantada de nuevo. Apresuraron el paso, la sombra de Morozov alargándose una vez más sobre ellos.
Cuando Juan y Eli llegaron a la entrada de la Cisterna, tras unos minutos de espera en una cola de acceso incipiente, descendieron las escaleras de piedra: la entrada se reveló como un portal embelesador a otro mundo.
Al bajar, el aire se volvió frío y pesado, cargado de la humedad de siglos. La penumbra era rota por tenues luces anaranjadas que iluminaban un bosque infinito de columnas de mármol, cuyas bases se perdían en aguas oscuras y quietas. El silencio era profundo, sagrado, roto solo por el tintineo constante del agua goteando en la oscuridad. Un mundo subterráneo de una belleza opresiva y fantasmal.
Parejas de guardias discretos, patrullando con ritmo pausado, reforzaban la sensación de vigilancia, como ojos invisibles que acechaban entre las columnas.
Encontraron a Vladislav ya allí, apoyado contra la famosa columna con las cabezas de Medusa invertidas, su rostro pálido y demarcado por la fatiga y el dolor, tanto físico como el de la traición de su hija.
—¿Alguna señal? —preguntó Juan, su voz un susurro que se ahogaba en la inmensidad del lugar.
—Nada —respondió Vladislav, su mirada perdida en el bosque de columnas—. Tal vez Hamza sea más cauteloso de lo que pensaba. O tal vez la cautela no fue suficiente.
Recorrieron las pasarelas de madera que serpenteaban sobre el agua negra, sumergiéndose más en la profundidad de la cisterna. La belleza del lugar era sobrecogedora, pero cada columna era un

potencial escondite, cada sombra una amenaza. La paz era una trampa.

Fue entonces cuando la vieron.

Al final de una pasarela desierta, de pie bajo un arco de ladrillo bizantino, una figura solitaria los observaba. Joven, delgada, inmutable en su chaqueta de cuero negro. Anya.

No hubo sorpresa en su rostro. Solo una calma profesional, letal, pulida hasta la ausencia de emoción. Sus ojos, tan parecidos a los de su padre, los miraron sin pestañear, como un halcón fijando a su presa. Con un movimiento fluido, levantó un pequeño *walkie-talkie* hacia sus labios.

—Están aquí —dijo, en ruso.

—¡Es una trampa! —gritó Vladislav, y el retumbar de su voz llenó la vasta cámara, un sonido profano y desesperado—. ¡Hamza nos ha vendido!

De detrás de las columnas cercanas, como espectros emergiendo de la historia misma, otras dos figuras aparecieron. Hombres con rostros duros y chaquetas que no lograban ocultar del todo el perfil ominoso de sus armas. Bloqueaban el camino de regreso a la salida.

El aire frío estalló con el estruendo de sus pisadas sobre las pasarelas de madera. Eli corrió en cabeza esquivando columnas con una precisión desesperada. Detrás, Juan, con el maletín de los diarios aferrado con una mano, usaba la otra para arrastrar a un Vladislav que cojeaba visiblemente, su rostro contraído por un dolor que nublaba su visión y su agilidad.

—¡Por aquí, rápido! —gritó Eli, desviándose hacia una sección donde las columnas se apiñaban formando una maraña de mármol y sombras.

Un *bang* y un crujido de madera astillada. Una bala silenciada se incrustó en la pasarela, a escasos centímetros del pie de Juan. El sonido, amortiguado pero inconfundible, les heló la sangre. Anya ya no se preocupaba por el sigilo; solo por la eficacia. La caza había comenzado.

Por un instante, mientras apuntaba de nuevo, sus ojos se desviaron hacia la columna donde Juan y Eli se refugiaban. No era vacilación táctica; era algo más profundo, un destello fugaz de humanidad que

se coló entre la máscara de acero. Vio la forma en que él la protegía, la manera en que sus cuerpos se buscaban instintivamente. Lo borró de inmediato, apretando la mandíbula con una furia contenida, pero la grieta, minúscula e invisible para todos salvo para ella, ya estaba ahí.

—¡Están disparando! —jadeó Juan, forzando su cuerpo a moverse, a ignorar el miedo que le agarrotaba los músculos.

Giraron alrededor de una columna gruesa. De repente, uno de los hombres de Anya emergió de entre las sombras, lanzándose sobre Vladislav con la velocidad de una serpiente. Fue un movimiento rápido y brutal.

Para Vladislav, cada paso era un suplicio: el tobillo vendado ardía como fuego, y cuando intentó esquivar el golpe, un grito ahogado se le escapó. No era fuerza; era pura voluntad. El agente se recuperó y lo embistió contra la barandilla de madera. La estructura crujió, amenazando con ceder y arrojarlos a las aguas oscuras.

Juan, impulsado por un ímpetu que nacía de proteger no solo a Vladislav, sino del futuro que acababa de prometerse con Eli, se apoyó en una columna, ignorando la punzada de dolor que le recorrió el hombro, y con un grito gutural, lanzó una patada baja y contundente contra la rodilla del agresor.

El hombre gritó, soltando a Vladislav, quien aprovechó para golpearle en la garganta con el canto de la mano, un movimiento seco y eficiente.

Cayó al agua con un estruendo violento, un chapoteo sordo que resonó como un disparo en la bóveda y que quebró para siempre la sacralidad del lugar. El sonido se desvaneció rápidamente en la inmensidad húmeda, seguido por un silencio aún más profundo.

—¡No pares! —urgió Eli, agarrando del brazo a Juan y arrastrándolo consigo, su voz un mando en la tormenta.

Ahora corrían casi a ciegas, alejándose del sonido de la lucha. Las luces anaranjadas creaban un juego de claroscuro desorientador. Las caras esculpidas en las bases de las columnas, testigos de imperios caídos, parecían observarlos con burla o con una compasión milenaria.

Llegaron a una bifurcación. A la derecha, la salida principal quedaba anulada por un hombre de Anya, inmóvil como una estatua entre las columnas. A la izquierda, la pasarela se perdía en una oscuridad compacta, apenas arañada por restos de luz.

—¡Izquierda! —ordenó Eli, sin la menor duda, fiándose del instinto que tantas veces la había salvado.

Avanzaron deprisa, tragados por el pasadizo umbrío. El agua bajo ellos parecía un pozo sin fondo, y cada paso resonaba como un aviso. En esa penumbra engañosa, Juan no vio el tramo de tablones corroídos del pasillo técnico, una sección antigua que el tiempo había convertido en trampa.

Su pie derecho se hundió con un crujido espantoso, la madera podrida cediendo tras décadas de abandono.

Perdió el equilibrio y, con un grito ahogado, se precipitó sobre la barandilla baja, su cuerpo cediendo a la gravedad hacia el agua negra.

—¡JUAN!

El grito de Eli no fue de miedo, sino de una negación feroz. Se lanzó hacia adelante, agarrándolo de la chaqueta con todas sus fuerzas, sus nudillos blanqueándose al instante. Vladislav, llegando justo detrás, la agarró a ella por la cintura, formando una cadena humana que se balanceaba peligrosamente sobre el abismo acuático. Juan colgaba sobre el vacío, su peso tirando de ellos.

—¡No podéis…! —gritó él, viendo cómo los pies de Eli patinaban en la madera húmeda.

—¡Cállate y agárrate! —le espetó ella, con una voz que no admitía discusión, los músculos de sus brazos y espalda tensados hasta el límite del dolor. En sus ojos, Juan no vio pánico, sino una determinación absoluta. No lo soltaría. Jamás.

Desde la oscuridad, se oyeron pasos rápidos, decididos. Anya y su otro hombre se acercaban, atraídos por el tumulto.

Con un esfuerzo sobrehumano, una fuerza nacida del amor y la lealtad más férrea, Vladislav y Eli consiguieron izar a Juan de vuelta a la pasarela. Cayó de bruces sobre la madera, jadeando, el corazón golpeándole el pecho.

No había tiempo para el alivio. Los pasos de sus perseguidores estaban a solo unos metros, resonando en la cámara de eco.
—¡La puerta! —susurró Vladislav con urgencia, su mirada fija en una rendija en la piedra, casi invisible entre la maleza de musgo y sombras—. ¡Esa!
Eli no lo pensó dos veces. Corrió hacia ella, y con un grito que contenía toda la rabia y el miedo de las últimas semanas, golpeó la oxidada cerradura con la llave inglesa. El metal cedió con un chasquido seco que sonó como un disparo de liberación.
Empujó la puerta. Una escalera de caracol de piedra, empinada y angosta se elevaba hacia un cuadrado de luz cegadora.
Uno tras otro, se colaron por la abertura. Vladislav fue el último. Antes de desaparecer, lanzó una última mirada hacia atrás. Vio a su hija, a Anya, detenerse al final de la pasarela, el arma aún en la mano, su rostro iluminado por una furia impotente y, quizás, por el más mínimo destello de algo que pudo ser angustia.
Sus ojos se encontraron por un instante eterno. Ya no había padre e hija; solo cazador y presa, separados por una grieta de lealtades enfrentadas tan profunda y oscura como las aguas de la cisterna.
La puerta se cerró de golpe a sus espaldas.
Emergieron a un callejón trasero, a pocos metros de un grupo numeroso de turistas chinos que seguía a un guía con una bandera alta. Sin pensarlo, se mezclaron con ellos, bajando la cabeza, fundiendo sus cuerpos sudorosos y sucios con la masa anónima. Vladislav cojeaba de una forma evidente y dolorosa, pero se mantenía en pie, apoyado en Juan.
Cuando se atrevieron a mirar atrás, con disimulo, vieron a Anya salir por la misma puerta secreta. Se detuvo, escaneando la multitud con una frustración que tensaba cada músculo de su cuerpo. Sus ojos, gélidos y precisos, barrieron el grupo de turistas, pasaron por encima de ellos sin detenerse, buscando en vano los rostros que ya formaban parte del paisaje humano.
Los habían perdido.
Se alejaron lo más rápido que pudieron, arrastrando a Vladislav entre ellos, dejando atrás la Cisterna Basílica y el fantasma de Anya.

Estaban otra vez a la fuga, en una ciudad que se revelaba como otra ratonera.
Eli sacó del bolsillo la entrada arrugada de la Cisterna y, con el bolígrafo del hotel, convirtió el reverso en libreta improvisada: «Si me tiembla la voz, la suya me sostiene.»
Vladislav, en silencio, contaba los pasos como si cada uno fuera una confesión.
El tiempo dejó de tener días: se medía en decisiones de segundos.

◆ ◆ ◆

La promesa de Estambul se había teñido con el amargo sabor de otra traición. Pero los tres seguían juntos. Y eso, por ahora, era suficiente.
A lo lejos, una sirena cortó el aire. La ciudad no dormía. Y ellos tampoco podían permitírselo.

17. LA PERSECUCIÓN CONTINÚA

La euforia de haber escapado de la cisterna se desvaneció en menos de un minuto, barrida por la realidad abrumadora del dolor. El tobillo de Vladislav era ahora un centro de tormenta, un recordatorio brutal de su vulnerabilidad que palpitaba con cada

latido de su corazón. Cada intento de apoyar el pie derecho era un sacrificio que le arrancaba un jadeo involuntario y le nublaba la visión. Se apoyaba en Eli y Juan, formando un trío tambaleante y lamentable. Se movían con una lentitud casi obscena en el bullicio del callejón, como un animal herido arrastrándose hacia una sombra que se le negaba.

—Somos un blanco fácil, una diana en movimiento. —jadeó Vladislav, las palabras entrecortadas por el esfuerzo.

—Tenemos que encontrar un refugio, un hueco donde escondernos y ver qué es esto —dijo Eli, con el carácter práctico heredado de su padre aún intacto. Sus ojos, siempre alerta, escrutaban cada una de las callejuelas—. Allí —añadió—. Esa puerta azul está entreabierta.

Empujaron la pesada puerta de madera, que cedió con un quejido de bisagras olvidadas, y se colaron en el patio interior de una antigua casa otomana. Era un espacio pequeño y sombrío. Un árbol marchito en el centro alzaba sus ramas desnudas hacia el cielo como un suplicante. Galerías de madera desvencijadas en los pisos superiores se asomaban al vacío. El lugar respiraba abandono, olía a polvo secular y al tiempo detenido.

Cerrando la puerta tras de ellos, se dejaron caer contra la pared enfriada por la noche, los pulmones bombeando aire en respiraciones entrecortadas.

Eli se arrodilló junto a Vladislav. Con manos firmes, a pesar de un leve temblor que delataba la tensión acumulada en sus propios nervios, le ayudó a descalzarse. El tobillo ya era una masa grotesca, hinchada y amoratada.

—Dios mío —susurró, y por primera vez desde que había comenzado la pesadilla, su voz mostró una grieta fina y profunda de pánico genuino.

—No es… no es tan malo —mintió él, con los dientes apretados.

—Está hecho polvo, Eli. No puede caminar. Al menos, no lo suficiente para huir —diagnosticó con preocupación Juan.

Vladislav se pasó una mano sudorosa por la cara.

—Si no podemos movernos, estamos perdidos. Morozov y Anya tendrán a media ciudad peinada en una hora.

—El aeropuerto está descartado —dijo Juan—. Y la estación de tren también. Serán los primeros lugares que vigilen.
—El puerto —dijo Eli, alzando la mirada hacia ellos—. No un ferry de pasajeros. Un barco de carga. Algo que salga hacia el Mediterráneo.
—¿Y cómo diablos vamos a subir a un barco de carga? —preguntó Vladislav.
—No tenemos elección —cortó Eli—. Es eso o esperar a que Anya llame a nuestra puerta.
Juan se giró hacia Vladislav, como si acabara de recordar algo crucial.
—Tú dijiste que viviste en Sudamérica, ¿verdad? ¿En Uruguay?
Vladislav asintió con esfuerzo, un destello de nostalgia amarga en sus ojos.
—Montevideo. Fue el refugio después del exilio de mis padres. Allí aún tengo contactos de confianza… —calló un momento, mientras recordaba y omitía su no tan lejano viaje a aquel lugar en busca de respuestas sobre sus padres.
Eli lo miró con intensidad, viendo un rayo de esperanza.
—¿Podríamos desaparecer allí?
—Si logramos llegar, sí. Es una ciudad tranquila, un puerto franco en muchos sentidos. Pero… —su voz se cargó de gravedad— mi pasado allí es conocido para algunos, y en especial el de mis padres. Todo empezó con su exilio, y tal vez todo puede acabar en el mismo lugar. Es más que probable que todas las almas acaben encontrándose al fin.
Juan se incorporó, una chispa de determinación en la mirada.
—Entonces no buscamos cualquier barco. Buscamos uno que vaya a Sudamérica. A Uruguay. Desde aquí hay bastante tráfico de cargueros con destino al Cono Sur. Es nuestra mejor oportunidad.
Mientras hablaban, Juan se acercó a una rendija en la puerta. Lo que vio lo dejó helado. Un coche negro, sin distintivos, circulaba muy despacio por el callejón. Se detuvo. La ventanilla se bajó y él vio el perfil de uno de los hombres de Anya.
—Nos han encontrado —susurró, su voz quebrada—. Están aquí. Están barriendo la zona.

El pánico se apoderó del pequeño patio. Vladislav intentó ponerse en pie, pero el dolor lo lanzó contra la pared.
—Tranquilo —le ordenó Juan, pero su propia respiración era superficial y rápida.
—Tengo una idea —dijo Eli de repente—. Pero es una locura.
—¡Es el momento de las locuras! —lo apremió Vladislav.
Se deslizaron por un corredor estrecho, sorteando dos sombras que emergían del callejón. Juan sintió el roce de una chaqueta en su brazo y contuvo la respiración. Eli tiró de él con fuerza, guiándolo hacia la penumbra del embarcadero, donde el olor a sal y gasóleo anunciaba la única salida posible.
—El Bósforo. Allí, al final de este callejón, hay un pequeño embarcadero. He visto barcas de pesca. Quizá… quizá podamos llegar a un barco de otra manera.
Juan lo entendió al instante.
—¿Robar una barca? ¿Llegar a uno fondeado en la rada?
—No robar. Comprar un «favor» —corrigió Vladislav, sacando su último alijo de euros—. El dinero habla todos los idiomas. Y quizá algún pescador sepa cuál de los barcos se dirige al «Sur».
—De acuerdo —asintió Juan—. Voy con Eli a investigar. Vladislav, tienes que aguantar.
—No… no os separéis —suplicó Vladislav.
Eli no dijo nada. En su lugar, cogió la mano de Juan y la apretó con una fuerza que le blanqueó los nudillos. Él le devolvió el gesto. No hacían falta palabras.
Mientras el pánico se apoderaba del patio, afuera, en el callejón, la responsable de su desesperación tenía la mirada perdida en la pantalla de su teléfono. Anya observaba una fotografía de ella a los siete años, sentada sobre los hombros de su padre en Hyde Park, ambos con la boca abierta en una carcajada congelada en el tiempo.
Morozov había dicho que la debilidad emocional era un defecto que había que erradicar. Pero cada vez que apuntaba con su arma a su padre, cada vez que ordenaba su captura, veía a la niña de la foto y se preguntaba qué demonios había pasado con ella.
«Eres mi *zaychik*», le decía él mientras la hacía girar hasta marearla. Ahora ella era la loba que debía cazarlo. Revisó por enésima vez los

documentos que Morozov le había dado sobre sus abuelos. «Agentes leales, sacrificados por la causa». Pero algo no encajaba. Las fechas bailaban, las inconsistencias en los informes formaban un mosaico de dudas... ¿Por qué el FSB estaba tan empeñado en silenciar a su padre si él solo buscaba la verdad?

Una memoria reprimida emergió: tenía catorce años, su padre la encontró llorando después de que su primer novio la dejara plantada. «El amor duele, *zaychik*, pero vivir en la mentira duele más», le dijo. Ahora, entendía por fin a qué se refería.

Antes de ocultar el teléfono, lo apretó con toda su fuerza, como si quisiera estrangular la duda que empezaba a crecer en su interior. Guardó el teléfono con un gesto brusco. «Sentimentalismo», murmuró para sus adentros.

Pero la duda, la semilla ya había echado raíces.

Entretanto, Vladislav se quedó solo, arrinconado en la sombra, escuchando los latidos furiosos de su propio corazón. Se aferró al maletín de los diarios, sintiendo su peso no como un tesoro, sino como el de una lápida.

Afuera, Juan y Eli se movían como sombras. Encontraron a un viejo pescador, un espectro sentado sobre un bolo de redes, fumando en pipa junto a su barca.

La negociación, sin embargo, no fue tan rápida.

Juan mostró parte de los euros. El pescador, un hombre de rostro surcado como un mapa de tormentas, miró el dinero con desconfianza, luego los escrutó a ellos, y por último clavó la vista en el Bósforo, que se extendía oscuro bajo ellos. El agua reflejaba apenas unos destellos dispersos.

—No es suficiente para el riesgo —dijo por fin, su voz lánguida—. Los puertos están llenos de ojos. ¿A qué barco quieren llegar?

—Uno que vaya lejos —intervino Eli, con urgencia—. A Sudamérica. A Montevideo.

El pescador arqueó una ceja, sorprendido. Se quedó en silencio, calculando. Luego, apuntó con la pipa hacia la oscuridad, más allá de la desembocadura del estrecho.

—Allí. El Baltika. Sale al amanecer. Va al sur. A Brasil, creo. Pero el de Uruguay ya se soltó del muelle hace una hora y está fondeado en

la rada, esperando turno para los Dardanelos.
Los miró fijamente.
—El doble. Y hago que suban. Callados. Un solo viaje. Si alguien pregunta, no los he visto.
Era una extorsión, pero era su única salida. Juan asintió y contó el dinero. El pescador, por primera vez, esbozó algo parecido a una sonrisa y asintió hacia su barca.
Al mismo tiempo, en el callejón principal, los hombres de Anya, metódicos, habían comenzado a registrar los patios uno por uno.
De vuelta en el patio, Eli y Juan encontraron a Vladislav pálido y sudoroso. Entre los dos, lo levantaron. Fue una huida patética y épica a la vez. El pescador, sin pronunciar palabra, los ayudó a embarcar. El cascarón de madera se meció peligrosamente bajo su peso combinado.
El motor fuera borda tosió y arrancó. La barca se separó del embarcadero, apartándose de la tierra, justo cuando la puerta azul del patio que habían abandonado era derribada de una patada seca.
Desde la barca, meciéndose en el Bósforo, vieron las siluetas negras de Anya y sus hombres emerger en el callejón, mirando hacia todos los lados, buscando sin encontrar.
—Eh… —señaló el pescador, con un bufido, hacia aguas más abiertas, más allá de la desembocadura del estrecho, donde las luces de la ciudad empezaban a diluirse en la negrura del Mar de Mármara[86], se recortaba el perfil de un carguero fondeado, con su casco oscuro y sus luces de posición titilando en la noche.
Sus focos cegadores eran una distante promesa de fuga.
El viaje en la frágil barca de madera se les antojó eterno. Cada metro de avance los alejaba del infierno de Estambul y los acercaba a la inmensa y anónima mole de acero que sería su pasaje a la libertad, o su tumba de hierro en medio del océano.
Juan, con la cabeza apoyada en el hombro de Eli, cerró los ojos, vencido por un agotamiento que iba más allá de lo físico. Se aferró con todas sus fuerzas a la promesa de no separarse.

◆ ◆ ◆

Algún lugar, más allá de todo horizonte conocido, los aguardaba el anonimato. O tal vez, solo una celda de acero flotante.
El futuro era incierto.
Pero por primera vez, lo miraban juntos con ojos de esperanza.

18. REFUGIO DEL PASADO

El carguero «Mar del Plata» era un viejo veterano de los océanos, con el casco oxidado como una costra de años y un olor permanente a gasóleo, salmuera y carga animal que se impregnaba en la ropa, en la garganta y en el mismo aire que respiraban. La bodega donde los escondió el contramaestre, un hombre curtido y de pocas palabras, sobornado con los últimos euros de Vladislav, era un infierno de humedad, compartido con maquinaria pesada y sacos de algo que olía a cereal rancio. Pero Juan, Eli y Vladislav hallaban en aquella oscuridad húmeda la geografía de su único refugio.

El trato era claro y limitado: no eran polizones a la deriva, sino carga humana tolerada. El hosco contramaestre lo sabía, aunque fingía ignorarlo, y mientras no dieran problemas y permanecieran fuera de la vista de la tripulación, nadie haría preguntas. Comerían lo justo, beberían lo necesario y desaparecerían al llegar a puerto. Él se encargaría de que ese pasaje fuese rentable. Y de que ellos llegaran vivos.

El mar se encargó pronto de recordarles que la libertad no era un puerto, sino una apuesta constante. Una tormenta temprana los sorprendió al caer la tarde, anegando las cubiertas y haciendo crujir el casco con quejidos de madera sometida. Cuando por fin clareó, el perfil anónimo de un guardacostas griego emergió en el horizonte, acercándose con los reflectores encendidos. El contramaestre, asomado por una escotilla de la bodega, les indicó con un gesto urgente que se deslizaran bajo un montón de lonas raídas.

Bajo las lonas, nadie respiró mientras escuchaban voces en la cubierta, frases cortas e incomprensibles, y finalmente una leve carcajada que se perdió en la bruma. Solo cuando el zumbido del motor del guardacostas se disolvió por completo en la distancia, se atrevieron a exhalar.

Lo que siguió fueron largas jornadas de una monotonía casi hipnótica. Sólo el vaivén del océano aportaba cierta novedad.

Día 5. Amaneció con un cielo plomizo y un mar en calma. Juan llevaba la cuenta en la tapa del maletín: cinco rayas, una por cada amanecer. Eli, en su cuaderno, escribió: «Día 5. Vladislav delira. Juan sueña con tierra firme. Yo con silencio». La rutina se volvió un enemigo invisible, más cruel que cualquier persecución.

El tobillo de Vladislav, aunque inmovilizado con vendas improvisadas por Eli, se inflamaba con cada balanceo del barco, provocándole fiebres intermitentes y sueños agitados donde los pasillos del metro de Moscú se confundían con las calles de Estambul. Lejos de mejorar, la lesión había sido sometida a un estrés continuo: carreras, caídas, impactos y otros sobresaltos que ahora pasaban factura. Eli y Juan se turnaban para cuidarlo: ella le enjugaba la frente con un paño húmedo, él le ayudaba a beber sorbos de agua, y entre ambos

le contaban historias ajenas a la pesadilla presente, tejiendo una frágil normalidad en aquella soledad. El hombro de Juan, por su parte, evolucionaba favorablemente, aunque aún conservaba las marcas violáceas de las magulladuras.

Día 7. Vladislav seguía delirando, esta vez con recuerdos de Hanói. Murmuraba nombres entre ruso y español mientras Eli le limpiaba el sudor, sintiendo el calor pegajoso y creciente que se colaba por las rendijas de la bodega. Juan lo escuchaba sin decir nada, percibiendo cómo el pasado se infiltraba como un fantasma entre el olor a madera húmeda.

Durante las horas más tranquilas, Vladislav permanecía tumbado en una litera improvisada, con los documentos de sus padres entre las manos. Acariciaba las fotos descoloridas como si fueran reliquias, buscando en ellas un sentido que lo mantuviera a flote.

La imagen de Anya, su hija, cazándolos con frialdad mortífera, era un bucle constante en su mente. Había cortado el último lazo con su vida anterior, y el peso de esa decisión era tan abrumador como la oscuridad que los rodeaba.

Una noche, mientras una tormenta azotaba el barco haciéndolo crujir como un juguete, Juan despertó sobresaltado, gritando el nombre de Eli. Ella estaba allí, en un instante, abrazándolo contra su pecho mientras el carguero se sacudía con violencia.

—Estoy aquí, Juan. Estoy aquí —murmuró, meciéndolo.

—Soñé… soñé que te perdía en el agua —balbuceó él, aferrándose a ella como a un salvavidas.

—Imposible. Soy una excelente nadadora —respondió ella, con un atisbo de su viejo humor seco, y él logró esbozar una sonrisa débil.

—Nadie nos separará. Lo prometo.

Fue en esa intimidad vulnerada por la tormenta donde Juan, en un susurro, le hizo la pregunta que llevaba días rondándole la cabeza.

—Eli… cuando todo esto termine… si es que termina… ¿qué será de nosotros?

Ella lo miró, y en sus ojos marrones, iluminados por la tenue bombilla que colgaba del techo, no había rastro de duda.

Eli respiró despacio.

—Seremos nosotros, Juan. Donde sea. Construiremos algo que no esté hecho de secretos y huidas. Algo nuestro.
La certeza en su voz era un bálsamo más poderoso que cualquier analgésico. Juan se durmió de nuevo, con la cabeza en su regazo, sintiendo por primera vez que el futuro, más allá del peligro inmediato, podía ser un lugar al que anhelar llegar.
La tormenta amainó. Los días se convirtieron en una monótona sucesión de balanceos, latas de comida fría y el interminable rumor del mar. La tensión inicial dio paso a un extraño estado de resignación.
Incluso Vladislav empezó a hablar de nuevo, compartiendo recuerdos fragmentarios de su infancia en Montevideo, de los olores del mercado del Puerto, de la rambla interminable donde su padre, Yuri, paseaba en silencio, cargando con el peso de sus secretos.
—Iremos a mi antigua casa —dijo Vladislav una tarde, mientras el aire que entraba por la escotilla comenzaba a oler diferente, a tierra, a vegetación, a calor—. La casa de mi infancia. En el barrio de Pocitos[87].

*Día 11***.** El olor a cereal rancio se mezclaba con el salitre. Vladislav, con fiebres que iban remitiendo, hablaba de Montevideo como un mito, del lugar donde su castellano se volvió nativo. Su nostalgia, en vez de calmar, abrió la grieta que llevaban días ignorando.
—Y cuando lleguemos… —soltó Eli de pronto, rompiendo la pesada atonía.
Juan la miró, sorprendido por el tono afilado.
—No lo sé, intentaremos sobrevivir, Eli. Ya lo sabes.
—¿Lo sé? —replicó ella, levantándose de un salto—. Lo único que sé es que llevo semanas sin dormir una noche entera y que hemos pasado de ser cazados en Moscú a ser ratas en un barco. ¿Dónde termina esto, Juan? ¿En otra bodega en otro puerto?
La discusión creció, alimentada por el miedo y el encierro. Él abogaba por la paciencia, por confiar en los contactos de Vladislav; ella exigía un plan concreto, una salida que no fuera correr hacia otra incertidumbre.

Hasta que, en el clímax de la pelea, un bandazo del carguero hizo que Eli cayera hacia adelante.
Juan la atrapó de forma automática. Y en ese contacto forzado, en ese abrazo de pura necesidad, la tensión se quebró de golpe. Se abrazaron con fuerza.
No como amantes, sino como náufragos aferrándose al mismo salvavidas. No se dijeron nada más. No hacía falta.

Días de agua y horizonte, sin más calendario que la luz y el cansancio, erosionaron sus fuerzas y su esperanza. La repetición de los turnos, la humedad incrustada en los huesos, el sueño salitroso que no reparaba a nadie… La monotonía se había vuelto un enemigo tan desgastador como la persecución.
Los días se sucedían como una cinta infinita, arrastrados por un mar indiferente hacia un destino que se negaban a nombrar.
Hasta que, en la madrugada del día veinticinco, un silencio anómalo los despertó. El motor se había detenido. Ya no había vibración, ni rugido, ni ritmo. Solo el grito de las gaviotas y el sonido metálico de las cadenas del ancla resonando en el vacío repentino.
Habían llegado.
El contramaestre abrió la escotilla.
—Montevideo. Rápido. Y no me conocen.
Los guió por un laberinto de tuberías y cables hasta una portezuela oculta en el casco. Emergieron en el corazón del puerto, sumidos en el ajetreo de la descarga. La grúa principal gruñía sobre sus cabezas, moviendo contenedores como si fueran cajas de cerillas.
Bajaron a un muelle de cemento desierto, lejos de miradas curiosas.
Caminaron lo más rápido que la cojera de Vladislav permitía, escurriéndose entre las sombras de los almacenes, hasta encontrar una salida que daba a una avenida transitada. La primera bocina, el primer olor a asfalto caliente y a comida callejera, les golpeó con la fuerza de una revelación.
Montevideo ya no era un punto en el mapa, sino la prueba tangible de que habían sobrevivido.
Encontraron un taxi destartalado. Vladislav dio la dirección con la voz quebrada.

Mientras el coche recorría avenidas arboladas y pasaba junto a playas de arena grisácea, él observaba el paisaje urbano. Esta era la ciudad que lo había acogido décadas atrás, después del paraíso envenenado de su infancia; el escenario de la farsa de normalidad de sus padres. La misma ciudad que, en su visita anterior, le había ocultado sus secretos. Ahora, irónicamente, se convertía en su único refugio.

Al llegar a la casa de Pocitos, una construcción sencilla y descascarada en una calle silenciosa, un alivio profundo y casi vertiginoso los envolvió. Estaban extenuados, magullados, pero vivos. Y, por el momento, a salvo.

Eli sostuvo a Vladislav mientras este buscaba a tientas la llave escondida bajo una maceta vacía. El metal estaba congelado y húmedo, como si protestara por haber sido desenterrado dos veces en tan poco tiempo.

Al cruzar el umbral, una bocanada de aire enrarecido los envolvió: olor a polvo de años y a recuerdos que se negaban a morir.

Antes de cerrar la puerta, Eli se volvió hacia Juan con una mirada práctica.

—Necesitamos teléfonos. Nuevos.

Juan asintió. En Uruguay, la contratación de servicios móviles, también en prepago, exige registrar al titular; aun así, Vladislav sabía que en las galerías del centro siempre había quien ofrece soluciones rápidas.

Salieron juntos y se mezclaron con el flujo anónimo de la Avenida 18 de Julio[88] hasta una de sus galerías, un pasillo de puestos donde se vendían fundas, cargadores y *chips*. Un puestero de gorra hundida y mirada cansada les ofreció, sin preguntas y a cambio de efectivo, tres teléfonos y tres tarjetas ya activadas. No eran invisibles, pero bastaban para mantenerse comunicados sin abrirles un rastro directo a sus nombres.

Vladislav, al recibir el suyo, lo encendió con cautela. No esperaba usarlo más que para coordinar movimientos internos. Por protocolo, los mantendrían apagados casi siempre y solo los encenderían en puntos cambiantes, el tiempo justo para cada aviso.

No sabía que, en pocas horas, ese número sería alcanzado por un espectro del pasado.
Se miraron, los tres, plantados en el salón vacío, donde solo el polvo danzaba en los haces de luz que se filtraban por las persianas. El viaje había terminado. Habían escapado. Y en ese instante de quietud, cargaban con el peso de todo lo salvado: los «Diarios de Smolensk» —aquellos documentos que destrozaban y redimían el pasado de Vladislav— y la frágil semilla de un futuro para Juan y Eli.
Pero en Montevideo, hasta los fantasmas tenían aliados. Y algunos aguardaban en silencio.
Durante los dos primeros días, la calma fue un espejismo. La fiebre de Vladislav, aunque reducida, no desaparecía, y el dolor punzante en su tobillo le recordaba cada minuto su vulnerabilidad. La medicación que habían logrado conseguir era insuficiente.
Sentados en el suelo polvoriento del salón, la desesperación comenzaba a cerrarse sobre ellos como una niebla.
—Es imposible —dijo con esfuerzo Vladislav—. Mi tobillo no mejora, y sin información, somos ratas esperando a la rata más grande. Necesitamos un médico, alguien de confianza.
Eli, que examinaba la inflamación con preocupación, alzó la vista.
—¿De confianza? Vladislav, ¿quién? No conocemos a nadie aquí.
—Sí conozco a alguien —replicó él, con una chispa de determinación en los ojos—.
Vladislav se quedó mirando la carpeta de sus padres, los dedos temblorosos sobre las fotos descoloridas. La imagen de Anya, con la pistola en la cisterna, lo atravesó como un cuchillo. ¿En qué momento la niña que llevaba sobre sus hombros se convirtió en su cazadora?
Sintió que la culpa era un hierro candente en el pecho, pero también una chispa: si quería salvarla, debía sobrevivir. Y para sobrevivir, necesitaba ayuda. No del FSB, no de Morozov. De alguien que aún recordara lo que era la lealtad humana.
—Peter Durán, un viejo amigo de mis padres.
Juan se incorporó de inmediato.
—¿Estás loco? Después de todo lo que hemos pasado, ¿vas a confiar en ese amigo de tus padres que no has visto en… décadas?

—¡No lo entiendes! —argumentó Vladislav, golpeando el suelo con la palma de la mano—. Peter no es del KGB, ni del FSB. Era el enlace civil. Mi padre lo llamaba «el notario». Era quien movía los papeles, quien sabía cómo arreglar cosas en la sombra sin mancharse de sangre. —Su mirada se volvió suplicante—. Él los ayudó a establecerse aquí. Si alguien en esta ciudad sabía guardar un secreto, era Peter. Es el único punto ciego de Antonov. Recientemente… había mantenido contacto con él.
—Es un riesgo monumental —sentenció Juan, con la mandíbula apretada—. Apostarlo todo a un recuerdo de tu infancia.
—Es lógica —insistió Vladislav, con una súbita claridad—. Antonov controla las redes oficiales, los canales diplomáticos, la embajada. Peter es un periodista retirado, un fantasma local. Es la jugada que no esperan. Y no tenemos otra. ¿O prefieren esperar a que no pueda caminar en absoluto o que nos encuentren por pura inercia?
Eli intercambió una mirada con Juan. Era una locura, pero también era cierto: estaban acorralados, y Vladislav necesitaba ayuda médica real.
—Una llamada —concedió Juan, finalmente, con un tono que delataba su profundo mal presentimiento—. Solo una. Pídele antibióticos, analgésicos. Nada más. ¿Entendido?
Vladislav asintió, un alivio mezclado con ansiedad inundando su rostro. Era un riesgo calculado, el único que les quedaba.
Horas más tarde, desde una cabina pública con el olor a metal caliente y orín, Vladislav marcó el número de Peter Durán. Su voz, deliberadamente quebrada, pidió ayuda: antibióticos, analgésicos y sobre todo, discreción absoluta.
Colgó con el corazón golpeándole las costillas, convencido de haber tendido un cable a la salvación, sin imaginar que era la soga para su propio patíbulo.
Era el tercer día en Montevideo. Un golpe en la puerta, seco y seguro, heló la sangre en sus venas. No era el toque vacilante de un vecino, sino el de quien exige una deuda pendiente.
Antes de que pudieran reaccionar, la cerradura giró con un clic siniestro.

La puerta se abrió, revelando una figura que el tiempo había respetado bien: traje impecable, sonrisa calculada, pelo blanco cuidadosamente peinado.

Peter Durán cruzó el umbral mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.
La verdad se disponía por fin a desatar su tormenta.
Peter sabía que había cruzado una línea sin retorno. No lo hizo por dinero, ni por poder. Lo hizo por respuestas. Y ahora, frente a Vladislav, deseaba que al menos una de ellas lo absolviera.

◆ ◆ ◆

En el silencio cargado que siguió, ninguno de ellos podía imaginar que la amenaza más insidiosa no venía del exterior, sino de las raíces que Vladislav siempre creyó entender.

EL PRECIO DEL SILENCIO

19. LA TRAICIÓN DE LA SANGRE

Peter Durán entró en la casa con la familiaridad de quien ha cruzado ese umbral cientos de veces. Su sonrisa era amplia y fácil, pero no llegaba a sus ojos, que detrás de las gruesas gafas examinaban cada detalle con la avidez de un periodista… o de algo más. El sonido de la puerta cerrándose fue un golpe seco que resonó como un disparo apagado en la penumbra.

Vladislav lo observó avanzar, y el recuerdo del café en Montevideo volvió con fuerza desde las grietas del tiempo. Era una tarde de 1985, su padre hablaba con Peter en voz baja:
—No podemos continuar así, Peter. Cada semana es más difícil.
—Tú solo mantén la fachada. Ellos no quieren problemas. Solo información.
Entonces no entendía. Ahora, todo encajaba.
Peter no era solo un viejo amigo. Era un engranaje silencioso en la maquinaria que había triturado la vida de sus padres.
—¡Vladislav, muchacho! —exclamó Peter, abriendo los brazos en un gesto que pretendía ser efusivo—. Cuántos… días. Y qué circunstancias…
Su mirada se posó fugazmente en el tobillo vendado, y acto seguido en Juan y en Eli.
Depositó sobre la mesa una pequeña bolsa con medicamentos: antibióticos, analgésicos, vendas. Era la excusa que había servido para justificar la llamada. Pero también era real: Vladislav los necesitaba.
—Peter—respondió Vladislav, con la desconfianza tensando sus hombros—. Dijiste por teléfono que había novedades. Cosas sobre mi padre.
Peter sonrió, mostrando sus dientes perfectamente alineados. Dejó su carpeta sobre la mesa y se frotó las manos con un gesto nervioso.
—Claro que las tengo. Pero no aquí, con… testigos. ¿Por qué no vienes a mi estudio? Tengo archivos, fotos que te interesarán. Podemos hablar en privado, como antes.
Eli dio un paso adelante, su voz cortante como una hoja:
—No hay conversaciones privadas. Si Vladislav va, vamos todos.
Peter rió, un sonido seco, sin humor.
—La niña tiene carácter. Como su padre, Michael. Siempre tan… directo.
La mención del nombre de Michael hizo que Eli se quedara helada.
—Pero no, querida. Esto es un asunto de antiguos amigos. De confidencias.

—Señor Durán —intervino Juan, con la mandíbula apretada—. Si tiene algo que decir, dígalo aquí. Ahora.
El silencio que siguió fue tenso. Peter los miró uno por uno, calibrando la resistencia, midiendo el miedo. Al final, se dejó caer en una silla desvencijada, como un actor que decide revelar el último acto de la obra.
—¿Creíais que todo esto era por unos cuadernos viejos? —su voz sonó como un disparo amortiguado, cargada de una ironía cruel—. Los diarios son solo la superficie, Vladislav. Lo que importa está debajo.
En las páginas hay un código, y ese código no se abre con contraseñas ni con llaves de hierro. Se abre con sangre.
Vladislav sintió que el aire se espesaba, como si la habitación se hubiera llenado de humo invisible.
—¿Qué… estás diciendo?
Peter se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con una luz febril.
—Que tu padre no fue un simple peón. Fue el guardián de una línea. Una línea que se remonta a Alejandro I.
El Zar dejó algo más que palabras en esos diarios: dejó un algoritmo cifrado, diseñado para que solo un heredero directo, el portador de la llave, pudiera activarlo. Pero no es una cerradura cualquiera. El mecanismo, una mezcla de tinta simpática y un reactivo orgánico, que debía despertarse con el activador, insertado en el papel, solo reacciona ante sangre oxigenada, extraída de un sujeto vivo y consciente.
La sangre coagulada o de un cadáver no activa la reacción; el papel la rechaza como un cuerpo extraño. Es un sistema de seguridad biológico.
Y tú, Vladislav… —sonrió, mostrando los dientes amarillentos como un animal viejo— tú eres la llave. La llave viva.
Vladislav recordó entonces una noche en Montevideo, cuando Yuri, su padre, le habló en voz baja de un encargo que había recibido en 1976, bajo órdenes directas del coronel Vasily Orlov.
No era una misión cualquiera. Era la creación de un sistema de protección para un doble tesoro: los Diarios del Zar Alejandro I y los

documentos operativos del NKVD. Ambos debían ser almacenados juntos, como dos caras de una misma verdad.
El sistema no podía depender de cerraduras físicas ni códigos mecánicos. La paranoia soviética exigía algo más radical. En colaboración oficiosa con el Instituto de Bioquímica de Moscú, Yuri diseñó un sistema de activación que combinaba química avanzada y una restricción biológica deliberada.
La tinta empleada contenía precursores del azul de Prusia, invisibles al ojo humano, que solo reaccionaban ante sangre viva y oxigenada, recién extraída, con temperatura corporal y hemoglobina activa. Pero Yuri desconfiaba incluso de la sangre. Una bolsa robada, una muestra conservada, un dedo cortado bajo amenaza… seguía siendo sangre. Y él quería una llave que el Estado no pudiera improvisar.
Por eso añadió un segundo factor: un activador discreto, encapsulado en microcápsulas y cosido en una costura concreta del maletín donde se guardaban los cuadernos. Era un gesto pequeño, casi doméstico, el tipo de cosa que solo una madre habría aceptado ocultar sin dejar rastro. Irina —o «El Pájaro», a través de ella— lo convirtió en una llave transportable: sin ese activador, la tinta no reaccionaba. Con él, la sangre viva hacía el resto.
Para limitar el acceso, calibró el papel a un perfil serológico poco común, basado en combinaciones raras de los sistemas ABO y MN, que él compartía con su hijo. No era genética en sentido moderno, pero sí una herencia funcional: en la práctica, solo Yuri o Vladislav, con el activador, podían activar el revelado.
Para Yuri, esa exclusividad era más que técnica: era una forma de custodiar la línea de varón. Como última llave viva de un sistema diseñado para sobrevivir a traiciones, exilios y guerras.
El algoritmo no estaba en una máquina. Estaba en la química. En la sangre. En él.
Y ahora, al mirar el maletín, Vladislav no veía solo un objeto. Veía el legado químico de su padre. Una trampa de sangre. Una promesa sellada en plasma.
El mundo se inclinó bajo sus pies. Las cartas, las fotos, los recuerdos de Hanói se arremolinaron en su mente como fragmentos de un espejo roto.

—Por eso te siguieron —continuó Peter, su voz ahora un susurro venenoso—. Por eso Antonov no se conforma con los diarios. Porque sin ti, son papel muerto. Pero contigo… son el arma más poderosa que ha tenido nunca una facción del KGB. Una que no responde al Kremlin. Una que quiere reescribir la Historia.

Eli sintió que un escalofrío le recorría la columna. Miró a Juan, que apretaba el maletín contra su pecho como si fuera un salvavidas. En sus ojos había incredulidad, pero también algo más oscuro: la comprensión de que estaban atrapados en un juego que no podían ganar.

—¿Qué hay en ese código? —preguntó Juan, con la voz áspera.

Peter se reclinó en la silla, como un sacerdote dispuesto a revelar el dogma prohibido.

—Pruebas. Pactos secretos entre la Rusia imperial y potencias occidentales. Acuerdos que, si salen a la luz, dinamitarían la narrativa oficial.

Y algo más…

El sueño de cualquier oligarca.

Tu padre Yuri, —solía llamarlo *«nuestro púrpura en la sombra»*. ¿Sabes?, como esos cardenales en el Vaticano que eligen papas en secreto. Eso es lo que custodiaba: un poder que no necesita trono para reinar.

—¿Y Antonov? —preguntó con impaciencia Eli.

—Antonov quiere el poder absoluto. Con ese archivo, puede chantajear a medio mundo. Puede hacer caer gobiernos. Puede coronarse como el nuevo Zar en la sombra.

Peter se levantó, su sombra proyectándose sobre ellos como un espectro.

Y yo… yo elegí el bando ganador.

El sonido de un motor se filtró desde la calle, grave y ominoso. Luego, el chirrido de neumáticos sobre el asfalto mojado.

Por un instante, Vladislav sintió esa punzada que solo le provocaba un recuerdo: la forma en que Anya dejaba de respirar cuando mentía. No sabía por qué, pero tuvo ese presentimiento oscuro, como si alguien más estuviera acercándose.

Eli corrió hacia la ventana. Lo que vio le heló la sangre: una furgoneta negra, sin distintivos, se detenía frente a la casa.
Dos hombres bajaron, sus siluetas recortadas contra la luz mortecina del amanecer. Llevaban chaquetas oscuras y la calma letal de los profesionales.
—Nos vendiste —susurró Vladislav, y en su voz había más dolor que rabia.
Peter no respondió. Solo sonrió, esa sonrisa vieja y cansada que no llegaba a los ojos.
—No es personal, muchacho. Es Historia. Son negocios.
El golpe en la puerta fue seco, definitivo. Luego, otro. Y otro. La madera crujió, protestando.
Eli se volvió hacia Juan, sus ojos ardiendo con una determinación feroz.
—Plan B —soltó.
Juan asintió, su mano buscando el frío metálico de la llave inglesa en el bolsillo.
Vladislav, pálido y sudoroso, se aferró al maletín como si fuera su propia vida.
El tercer golpe hizo saltar la cerradura. La puerta se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire fresco, pero también la sombra de la muerte.
Dos hombres irrumpieron primero, siluetas negras recortadas contra la luz mortecina del amanecer. Tras ellos, avanzó una figura erguida, con la calma letal de quien no necesita demostrar nada.
Iván Antonov.
El tiempo no había erosionado su porte; al contrario, lo había pulido hasta convertirlo en una estatua de poder. Su cabello plateado, peinado con una raya perfecta, brillaba bajo la luz tenue. Sus ojos, de un azul acerado, eran dos bisturís que diseccionaban la escena con precisión quirúrgica.
—Vladislav —dijo, con una voz grave y modulada que parecía arrastrar ecos de sótanos y despachos sin ventanas—. Qué viaje tan largo para acabar donde todo empezó.
Peter se apartó con la docilidad de un perro viejo que reconoce al amo verdadero. Antonov ni lo miró.

Sus ojos se clavaron en Vladislav, que se mantenía en pie a duras penas, apoyado en la mesa, con el maletín aferrado como un escudo inútil.
—¿Qué quieres? —preguntó con rabia Vladislav.
Antonov sonrió, una sonrisa fría, sin alegría.
—Lo que siempre he querido. Orden. Continuidad. Poder.
Avanzó un paso, su sombra devorando la luz—.
—Y tú, Vladislav, eres la llave de todo eso.
—¿Por qué yo? —escupió él, sonando desafiante.
Antonov se detuvo frente a él, tan cerca que Vladislav pudo oler el perfume caro mezclado con el aroma metálico de las armas.
—Porque tu sangre canta la melodía que Alejandro I escribió hace dos siglos —susurró—. Tu padre lo preparó todo. Por eso lo enviaron a Hanói. Por eso lo condenaron. Y por eso tú…
Su voz se volvió un cuchillo.
—No saldrás vivo de esta habitación si no colaboras.
Un silencio denso se apoderó del cuarto, roto solo por el jadeo entrecortado de Vladislav.
Eli dio un paso adelante, interponiéndose entre Antonov y Juan, que sostenía el maletín con los nudillos blancos.
—No lo tocarás —dijo ella, con una firmeza que sonó a acero.
Antonov la miró, y en sus ojos brilló una chispa de diversión cruel.
—La hija del «diplomático». Siempre tan valiente.
¿Crees que esto es un juego de espías romántico? Esto es Historia y es poder. Y la Historia no perdona a los curiosos, y el poder aplasta a los débiles.
Un movimiento súbito cortó el aire. Desde la puerta lateral, emergió una figura que heló la sangre de Vladislav.
Anya.
Su hija.
Vestía una chaqueta negra ajustada, el pelo recogido en un moño severo. En sus manos, su pistola parecía una extensión natural de su brazo. Sus ojos claros eran un espejo deformado de los suyos.
—Papá —dijo, con una voz que era puro acero—. Entrégalo. Hazlo fácil.

El mundo se derrumbó bajo los pies de Vladislav. Cada recuerdo del pasado le quemaba.
—Anya… —Apenas emitió un susurro—. ¿Por qué?
Ella lo miró sin parpadear, pero en sus pupilas había una sombra, una grieta que apenas duró un segundo.
—Porque no hay elección —respondió, con una calma que parecía aprendida, no sentida—. Ellos me hicieron entenderlo.
—¿Ellos? ¿Morozov? ¿Antonov? —Vladislav dio un paso, la desesperación arañándole la garganta—. No eres su arma. Eres mi hija.
Por un instante, el cañón tembló. Pero la autoridad de Antonov se interpuso como un muro:
—No pierdas tiempo, Anya. Él sabe por qué tú no bastas.
—No es solo sangre —dijo Antonov—. Es la llave. El activador. Sin eso, la tinta no responde, aunque te abras la mano en dos.
Tu padre lo lleva encima. Siempre lo llevó sin saberlo. Tú estás aquí para traerme a quien puede encender el papel.
Anya tragó saliva. Sus dedos se aferraron al arma con más fuerza, como si ese gesto pudiera borrar la duda que la atravesaba.
Cuando habló, sonó más dura, más ajena:
—Papá… —El dedo de Anya tensó el gatillo—. No me obligues.
Juan sintió cómo el sudor le resbalaba por la espalda. Eli, con la respiración contenida, calculaba distancias, ángulos, probabilidades. La puerta principal estaba bloqueada por dos hombres armados. La ventana, demasiado alta.
Solo quedaba el pasillo trasero, una línea de fuga tan estrecha como la esperanza.
Antonov rompió el silencio con una voz cargada de veneno:
—Basta de melodramas.
Alzó la mano, un gesto que era sentencia.
—Llévenselos.
El primer hombre avanzó hacia Juan.
Fue entonces cuando Eli actuó.
Con un movimiento rápido, sacó la llave inglesa del bolsillo de Juan y la lanzó contra la lámpara del techo.

La bombilla estalló y la habitación quedó en penumbra, lo suficiente para desorientar a los hombres armados durante un segundo vital.
Juan, en un acto reflejo, se abalanzó no sobre el hombre, sino sobre la mesa, agarrando el maletín con los Diarios justo cuando una mano anónima intentaba arrebatárselo.
Luego, usó el pesado maletín como un ariete para abrirse paso entre sus atacantes.
Vladislav, impulsado por una fuerza nacida del instinto, se lanzó hacia Anya, no para atacarla, sino para apartar el cañón de su pistola.
El disparo resonó como un trueno, astillando la madera de la puerta.
—¡Por aquí! —gritó Eli, señalando el pasillo trasero.
Corrieron mientras el sonido de las botas tras ellos marcaba un tambor de muerte.
Juan sentía el peso del maletín como una piedra que lo arrastraba al abismo. Vladislav cojeaba, cada paso una puñalada de fuego en su tobillo. Eli iba delante, su silueta recortada contra la luz mortecina del amanecer que se filtraba por una ventana al final del corredor.
Otro disparo. La bala silenciada se incrustó en la pared, a centímetros de su cabeza. El olor a pólvora llenó el aire.
Juan se volvió un instante y vio a Anya en el umbral, su rostro iluminado por una furia impotente… y por algo más. Una duda. Una grieta invisible que se abría en la máscara de acero.
Llegaron a la puerta trasera. Eli la golpeó con el hombro. La madera cedió. Una ráfaga de aire frío los envolvió.
Afuera, la calle era una mezcla de sombras y sirenas lejanas.
Corrieron sin mirar atrás, fundiéndose con la oscuridad, mientras el eco de la voz de Antonov retumbaba en sus cráneos como una maldición:
—¡No pueden escapar de la realidad!

◆ ◆ ◆

Se quedaron inmóviles, respirando al unísono, como si en ese ritmo frágil encontraran la única certeza que les quedaba.

20. EL RÍO DE LA PLATA

El aire cálido de la madrugada se pegó a sus pieles como un manto pesado, cargado con la humedad del Río de la Plata y el sudor del miedo. Corrían sin rumbo por callejones que olían a salitre, el eco de los disparos aún persiguiéndolos más allá de cada esquina. Vladislav cojeaba penosamente, cada paso una puñalada en su tobillo que le recordaba su fragilidad. Pero más que el dolor físico, lo que lo derribaba era el peso de la traición. La imagen de Anya, su Anya, apuntándole con esa frialdad profesional, se había incrustado en su alma como metralla envenenada.

—¡Por aquí! —gritó Eli, arrastrándolos hacia un pasaje entre dos edificios de la Ciudad Vieja—. No podemos continuar juntos. Somos un blanco muy visible.
—No —jadeó Juan, aferrando el maletín contra su pecho como si fuera la única tabla flotante en un naufragio—. Separarnos es justo lo que esperan. Divide y vencerás. Es lo más elemental.
Se refugiaron en el zaguán abandonado de lo que parecía una antigua librería, jadeando, con el corazón martilleándoles los oídos. En la penumbra polvorienta, Vladislav se dejó caer contra la pared, derrotado. El sudor le corría por las sienes mezclándose con la pegajosa atmósfera veraniega.
—Peter tenía razón, incluso en su perversa traición —susurró al fin, con la voz quebrada por el agotamiento y una emoción que apenas podía contener—. Yo soy la llave. Sin mí, los Diarios no son más que papel viejo. Por eso no me han matado. Una llave rota no abre ninguna cerradura
Eli se arrodilló frente a él, sus manos firmes en sus hombros, transmitiéndole una fuerza que él sentía haber perdido para siempre.
—Escúchame, Vladislav. No eres un objeto. No eres una llave. Eres un hombre. Y no vamos a entregarte a cambio de nada.
—Mi propia hija —la voz se le quebró en un gemido ronco—. Me apuntó, Eli. La niña a la que enseñé a montar en bicicleta... tenía un arma en la mano y la mirada de un verdugo.
Juan vigilaba la entrada a través de las tablas podridas de la puerta, pero se volvió hacia ellos, su perfil recortado contra la tenue luz que se filtraba desde la calle.
—No era ella, Vladislav. O no era solo ella. Había algo en sus ojos... una vacilación. Lo vi. En el último segundo, justo antes de que disparara, su mirada cambió.
—¡Me disparó! —estalló Vladislav, con un grito tan visceral que parecía desgarrarle la garganta—. ¡Disparó!
—¡Y falló! —contraatacó Juan, de forma cortante como un cristal—. Anya es una profesional, entrenada por los mejores del FSB. Si hubiera querido acertar… A diez metros, con su calibre y su entrenamiento, no se falla. Sólo si se quiere fallar.

Un silencio denso se apoderó del momento. Vladislav alzó la mirada, y por primera vez desde que la puerta de la casa de Pocitos se derrumbó, un destello de algo que no fuera desesperación absoluta brilló en sus ojos.

Mientras, en el caos reinante de la casa allanada, la tensión era tan palpable como el olor a pólvora. Antonov observaba con desprecio el desorden, sus manos blancas recorriendo el borde de la mesa donde minutos antes estaban los diarios.

—Encuéntrenlos. Montevideo es el tablero. Que no salgan de la ciudad —ordenó a sus hombres, con toda la autoridad acumulada de años.

Cuando se quedó solo con Anya, el aire se enrareció y se volvió más denso.

—Fallaste. Deliberadamente... ¿verdad?

Ella mantuvo la mirada fija en la pared, en el agujero que su bala había dejado.

—Cumplí con mi deber —murmuró, pero hasta ella pudo notar la falta de convicción en sus propias palabras.

—Tus órdenes eran mantenerlo con vida. Pero has permitido que escapara en medio de un tiroteo —se acercó hasta invadir su espacio personal, como un fantasma, con aliento a café caro y bañado de amenaza—. ¿Crees que soy idiota, Anya? ¿Crees que no veo la debilidad que reaparece cada vez que lo miras? Ese… «traidor» que dice ser tu padre.

Por primera vez, Anya bajó la guardia. Un temblor casi imperceptible, el mismo que había sentido al apretar el gatillo y desviar el cañón un milímetro, recorrió sus manos.

—Él me abandonó —confesó, como si intentara convencerse a sí misma.

—¿O lo abandonaron a él? —replicó Antonov, con serenidad, como la de un profesor que corrige a un alumno brillante—. La historia siempre tiene dos caras, Anya. La que te contó Morozov… la que te hemos contado todos… es la más conveniente. La que construye soldados leales. —Hizo una pausa, dejando que las palabras calasen —. Pero la conveniencia es el disfraz favorito de la mentira. Y a mi nivel, uno aprecia más la verdad, aunque sea incómoda.

Dejó caer las palabras como semillas venenosas antes de salir de la habitación, dejándola sola con sus propios pensamientos. Anya se quedó inmóvil, tambaleándose bajo el peso de una duda que crecía como una maleza en el jardín perfectamente podado de su lealtad.

Mientras Antonov daba órdenes a sus hombres en la habitación contigua, Anya permaneció inmóvil en la penumbra, pero su mente era un torbellino de cálculos. Cada segundo era crítico.

Con movimientos casi imperceptibles, sus dedos recorrieron el borde de su reloj de pulsera: un Seiko aparentemente normal, modificado por el FSB. Presionó una secuencia específica —tres pulsaciones largas, dos cortas— que no actuaba sobre un botón físico, sino sobre un sensor táctil que respondía a su huella.

El dispositivo solo funcionaba a corta distancia y en ventanas mínimas. El hormigón y el acero se tragaban la señal en cuanto había una pared de por medio. Tenía margen para un único golpe limpio; insistir significaría activar una alerta.

Al ejecutar el patrón, el reloj emitió un pulso de frecuencia ultra baja. Fue casi imperceptible, pero suficiente para provocar 4,3 segundos de estática en los audífonos de los hombres de Antonov y un retardo momentáneo en las tablets de geolocalización.

Suficiente.

Mientras los operativos se golpeaban los oídos y maldecían en ruso, sus dedos bailaron sobre la esfera del reloj. La cara digital se transformó en una interfaz táctil minimalista. Dos toques laterales, un desliz circular.

Accedió a una red fantasma, un canal encriptado que usaba la infraestructura de telefonía local como espejo. Pero esa red no estaba «en todas partes»: solo respiraba en nodos concretos y durante minutos contados, como una grieta en el sistema. Si se movían de sector, si una antena cambiaba de prioridad o alguien elevaba el nivel de bloqueo, la conexión caería sin aviso.

Allí, se generaba una señal casi muerta: el *tracker* nanotecnológico que había fijado en la bisagra del maletín durante el forcejeo en la casa de Pocitos. Un tag pasivo autoadhesivo de polímero de 3 mm de diámetro que no emitía, solo respondía cuando se le «despertaba».

La señal era débil—intermitente—pero detectable. El subsuelo la destrozaba: hormigón armado, agua y masas metálicas convertían cada lectura en una apuesta. Si entraban en un ascensor blindado, un sótano o una caja de Faraday improvisada, el punto se apagaría como una cerilla.

Los fugitivos estaban a 1240 metros, al suroeste, moviéndose con lentitud. Demasiado despacio para estar en un vehículo. Heridos, entonces, y seguramente también desesperados.

Una voz áspera la sacó de su concentración.

«Petrova, conmigo. Revisaremos la zona portuaria».

Era Morozov, el segundo al mando, con el rostro cicatrizado y los ojos vacíos.

Anya asintió, la máscara de la soldado leal perfectamente colocada.

—Voy al coche a por el equipo —dijo con frialdad—. Un momento.

Se deslizó hacia la salida trasera, sus pasos silenciosos sobre las baldosas rotas.

Al pasar junto al maletero del Audi Q5 negro, no tomó el fusil de asalto que le correspondía. En su lugar, aplicó un emulador de falla de alimentación Zaslon-7 contra el chasis del vehículo. El dispositivo generó una secuencia de pulsos de interferencia (SWI)[89] dirigida específicamente al CAN bus[90] del sistema de telemetría.

El Zaslon-7, desarrollado por el «Instituto de Sistemas de Radioelectrónica de Moscú», emuló una caída controlada de tensión desde 12.0 a 6.5 voltios durante 800 milisegundos, suficiente para forzar un reinicio del módulo de localización sin activar los códigos de error que habrían alertado al control. El sistema registraría una fluctuación eléctrica dentro de los parámetros tolerables para vehículos en clima cálido.

Pero no era gratuito: la secuencia SWI dejaba un patrón, una «firma» estadística que un analista fino podía aislar si se repetía. Anya solo podía permitírselo una vez; dos, como mucho, antes de que el sistema aprendiera a llamarlo por su nombre.

Al doblar la esquina, se introdujo en una carrera silenciosa, fundiéndose con las sombras. Cada callejón, cada esquina, era procesado por su memoria espacial entrenada.

La señal se fortalecía.
400 metros.
100 metros.
Se detuvo frente a la pensión de fachada descascarada.
El rastro terminaba aquí.
Desde el otro lado de la calle, estudió el edificio durante cuarenta y siete segundos críticos. Tres pisos. Escalera central. Ventanas traseras con posible salida a un callejón. Múltiples puntos ciegos. Un nudo de ansiedad se formó en su estómago.
Esta no era una misión de extracción. Era una rendición. Una traición a todo lo que había sido durante una década.
Respiró hondo, el aire cargado de salitre y dudas.
Con una determinación que le sabía a libertad y a condena, cruzó la calle hacia la puerta de la pensión. El sonido de sus pasos era el de una vida que se resquebrajaba para siempre.
Con los primeros rayos del sol filtrándose por las persianas, los tres fugitivos encontraron un refugio precario en una pensión de mala muerte en el Barrio Sur, cerca del Mercado del Puerto[91]. La habitación era mínima, con paredes descascarilladas y un colchón manchado que olía a desinfectante y derrota. Pero era un respiro, un alto en su huida hacia ninguna parte.
Bajo la luz escasa amarillenta de una bombilla desnuda, Juan extendió los «Diarios de Smolensk» sobre la cama.
—Por lo menos no perdimos lo único que importa —dijo Juan, desabrochando las hebillas del maletín que no había soltado en toda la huida.
Las páginas, ahora manchadas con la sangre seca de Vladislav, parecían haber cobrado vida propia. Lo que antes eran anotaciones históricas sobre el zar Alejandro I y sus tratos secretos con Napoleón, ahora revelaban una capa oculta. Entre las líneas de tinta descolorida, casi invisibles al ojo inexperto, emergían patrones geométricos, secuencias numéricas que formaban un mapa cifrado de gran precisión.
—Mira —susurró Juan, su dedo siguiendo una intricada secuencia al margen de una página que describía el Tratado de Tilsit[92]—. Esto no

es solo historia. Son coordenadas. Rutas comerciales secretas, acuerdos de no agresión que violaban todos los pactos públicos… Esto, si se hace público, no solo reescribe los libros de historia, sino que puede desestabilizar alianzas modernas. Hay referencias a territorios en Polonia y Finlandia cuyos status aún hoy son polémicos. Estos documentos no pertenecen a Rusia ni al FSB. Pertenecen a la Historia, y hay que devolverlos a sus legítimos dueños: al mundo.

Eli examinó las páginas, trazando mentalmente la estructura subyacente.

—Es un algoritmo de ubicación de varios niveles. Pero no se activa solo con números. Fíjate en la recurrencia de estos símbolos —señaló unas marcas casi imperceptibles junto a las firmas—.

Necesita un componente físico, biológico, para activarse. Es una cerradura de sangre, literalmente.

Vladislav se acercó lentamente. Su mirada se posó en una esquina del documento donde había una mancha oscurecida por el tiempo, junto a la firma de su propio padre, Yuri.

—Sangre —confirmó, su voz hecha de dolor y revelación—. De mi padre.

Tomó la hoja de la maquinilla de afeitar del baño y, antes de que pudieran detenerlo, se hizo un corte preciso en la yema del dedo.

—Demostremos que no lo era.

Con el pulgar presionó la costura interior del maletín, justo donde el forro hacía un pliegue extraño; algo cedió con un crujido mínimo, como si reventara una cápsula diminuta.

Una gota de su sangre, fresca y carmesí, cayó sobre la página especificada, junto a la mancha seca de su padre.

Vladislav tragó saliva.

—Peter ya lo dijo… —susurró—. La sangre debe estar fresca.

Eli observó cómo la tinta reaccionaba, expandiéndose con un movimiento orgánico.

—Exacto —murmuró, completando la idea—. Un frasco de sangre almacenada no serviría de nada.

Por eso necesitan a Vladislav. No solo su ADN.

Lo que sucedió entonces los dejó sin aliento.

Una reacción química instantánea: un texto invisible comenzó a revelarse, trazando patrones complejos sobre el papel amarillento. La sangre fresca parecía bullir, interactuando con los compuestos del papel de una manera que confirmaba la naturaleza «viva» del proceso.
No solo un sistema de coordenadas bien detallado, sino esquemas técnicos, diagramas de lo que parecían ser mecanismos de activación, y una palabra que destacaba:

КАРДИНАЛ

—Cardenal —susurró Vladislav, clavando los ojos en la palabra—.
Eli no apartaba la vista del papel, pero algo en su expresión había cambiado.
—Ahora lo entiendo —dijo despacio—. Esto no es un único sistema.
Juan levantó la mirada.
—¿A qué te refieres?
Eli pasó el dedo con cuidado por el margen de la página, sin tocar la sangre aún húmeda.
—El primer nivel es deliberadamente simple. La reacción que hemos visto antes. La sangre revelando patrones, números, mapas… información suficiente para convencerte de que has llegado al final.
Juan asintió lentamente.
—Una trampa elegante —añadió—. O un filtro. Cualquiera con acceso a una muestra biológica podría ver eso y creer que ya lo tiene todo.
—Pero no lo tiene —continuó Eli—. Porque ese primer nivel no entrega el secreto. Solo lo despierta.
Señaló el punto exacto donde Vladislav había presionado la costura del maletín.
—El verdadero mecanismo está aquí. Integrado físicamente. Microcápsulas cosidas al soporte, invisibles mientras el proceso no se active por completo.
Juan comprendió de golpe.

—Por eso las gotas no bastaban por sí solas. No estaban pensadas para revelar «El cardenal»… sino para activar lo que lo contiene.
Vladislav cerró los ojos un segundo.

—Mi padre siempre decía que el peor error era confundir una señal con una respuesta —murmuró—. El primer nivel es lo que cualquiera puede ver. El segundo… solo se abre cuando la sangre correcta cruza el umbral.
Eli alzó la vista hacia ellos.
—Dos niveles de codificación. El primero engaña. El segundo decide.
—Peter me explicó que mi padre no fue un simple asesor o archivista —asintió, una amarga comprensión iluminando sus ojos—. Lo enviaron a Uruguay, a este exilio dorado, no para esconderlo, sino para custodiarlo.
«El cardenal» es lo que él protegía. Los Diarios… los Diarios son solo el manual de instrucciones.
—Los otros lo miraron, escrutando lo que tenían delante.
—Mi padre, en sus noches de vodka y remordimiento, hablaba de dos pesadillas recurrentes. La primera —dijo, señalando las coordenadas que se dibujaban alrededor de la palabra— es un robo. El robo fundacional de la Europa moderna. Aquí no solo están las rutas del oro napoleónico. Está la lista de lo que Rusia y… *otros…* se llevaron y nunca devolvieron. Documentos de estado, reliquias que son títulos de propiedad de naciones enteras. La prueba de que la historia la escriben no los vencedores, sino los que guardan las escrituras.
Juan palideció. —¿El Vaticano? ¿Es esa la conexión?
Vladislav asintió con gravedad. —«El cardenal» es el nombre en clave de ese pacto de silencio y complicidad. Quien lo posea, no posee un arma, posee la legitimidad. Puede derrumbar la autoridad moral de medio mundo con un susurro.
—Peor —continuó Vladislav, su voz bajando a un tono de confesión aterrada—. No se llevaron solo oro o joyas. Se llevaron pruebas. Durante el saqueo de archivos tras la caída de Napoleón, agentes del Zar, extrajeron documentos que la Santa Sede había custodiado... o suprimido... durante siglos.

Eli frunció el ceño.
—¿Como qué?
—Como la Copia del Concilio de Nicea[93] con las anotaciones marginales de Arrio[94], que demostraría cómo se manipuló el dogma de la Trinidad. O los mapas originales de la Donación de Constantino, el documento que dio poder temporal al Papa, pero con sellos que prueban que es una falsificación del siglo VIII.
—Vladislav miró a sus compañeros, viendo el horror reflejado en sus ojos—. Son los certificados de nacimiento falsificados de la Europa cristiana. Imagina lo que pasaría si salieran a la luz.
No sería un escándalo.
Sería un terremoto teológico e histórico. La fe de millones se haría añicos contra la roca de una mentira documentada. El Vaticano lo sabe.
Y por eso «El cardenal» es el chantaje perfecto: no amenaza con destruir, amenaza con revelar.
—Dijiste dos pesadillas —recordó Eli, fijando su mirada en unos extraños símbolos alquímicos que aparecían junto a un mapa hidrográfico de Europa Central.
Vladislav siguió su mirada y contuvo la respiración.
—La segunda... la llamaban «La Cosecha Amarga». —Su dedo recorrió unos esquemas de acueductos y depósitos de grano, marcados con runas químicas del siglo XIX: *arsenicum, ergota, aqua mortis*—.
No es un arma para una guerra. Es un arma en lugar de la guerra. Un protocolo para sembrar el caos desde dentro, lento, imparable. Envenenar el pan de una región. Corromper el agua de una capital. Con los puntos de acceso ya mapeados hace dos siglos. Es un botón de destrucción demorada que alguien, hoy, podría apretar.
Un silencio gélido llenó la habitación. El peso de lo que tenían entre manos ya no era histórico. Era una espada de Damocles sobre el presente.
—Esto no es un diario —dijo Juan al fin, en voz baja.
Pasó la página con cuidado y señaló el pie del folio.
II–S.C.–Art. 7

Frunció el ceño, como si acabara de comprender algo demasiado grande para decirlo deprisa.
—Es un manual —concluyó—. Un texto normativo. Mira la estructura: artículos, numeración, referencias cruzadas…
Alzó la vista hacia Eli.
—«*S.C.*» no es un nombre. Es una clasificación común de esa época. *Second Cahier*[95].
El silencio se volvió denso.
—Un segundo cuaderno —continuó—. Un tomo posterior.
Tragó saliva.
—Esto no es el origen del sistema.
Cerró el documento despacio, como si temiera que siguiera escribiéndose solo.
—Es la continuación.
En ese momento, un golpe suave y discreto en la puerta los paralizó. No era el golpe violento de los matones de Antonov. Era un toque contenido, casi tímido.
Eli se acercó sigilosamente y miró por la mirilla. Lo que vio la hizo retroceder, palideciendo. Con un gesto rápido, indicó a los otros que se escondieran.
Era Anya. Estaba sola, sin armas a la vista, su impecable postura militar sustituida por una curvatura de derrota. Su rostro, normalmente una máscara de serenidad profesional, estaba marcado por la huella de una guerra interna que, sin remedio, había perdido.
—Papá —dijo a través de la madera, con una voz que ya no era de hielo, sino de una niña asustada y terriblemente cansada—. Sé que estás ahí. Tengo que hablar contigo. Sé la verdad sobre lo que le pasó a tu padre. Y sé lo que Antonov y Morozov realmente planean hacer con el… Cardenal. No es solo poder… es un «reinicio». Quieren usar lo que tu padre escondió para reescribir el mundo, empezando por las fronteras de Europa.
Vladislav miró a Juan y a Eli, en cuyos ojos veía reflejada su propia tormenta de desconfianza y esperanza. En sus propias entrañas, el instinto de padre luchaba ferozmente contra la prudencia del fugitivo.

—¿Y por qué debería creerte? —preguntó, su voz cargada de tanto dolor como de una frágil esperanza—. ¿Por qué, después de hoy?
La respuesta de Anya llegó como un susurro que resonó en el silencio de la habitación, una verdad tan simple y devastadora que lo cambió todo:
—Porque mi nombre es Anya Petrova. Y hoy… hoy he elegido ser leal a mi familia. Y a la verdad.

◆ ◆ ◆

La puerta se abrió despacio, marcando el comienzo de una nueva y peligrosísima alianza, mientras la sombra de Antonov y la maquinaria implacable del FSB se cernían sobre ellos, más amenazadoras que nunca.

21. EL CARDENAL

La puerta de la pensión se cerró con un golpe sordo, aislando el mundo exterior pero no el peso de la decisión que acababan de tomar. Anya estaba dentro. La cazadora se había convertido en refugiada, en aliada.

La tensión en la habitación era densa, casi física. Anya permanecía de pie, junto a la puerta, como si aún dudara entre cruzar el umbral o salir huyendo.

Sus ojos, claros y fríos, barrieron la estancia, evaluando a cada uno de ellos no como blancos, sino como los escombros de la vida que

acababa de traicionar.
Vladislav fue el primero en romper el silencio, su voz un susurro ronco cargado de una esperanza devastadora.
—¿Por qué, Anya? Dijiste que sabías la verdad.
Ella no se inmutó. De la parte interior de su muñequera, sacó un papel doblado en cuatro y lo deslizó sobre la mesa camilla.
Era la carta que Yuri había escrito a Irina, y que Vladislav le había entregado días atrás.
Aquellos Diarios —el archivo cifrado que había provocado décadas de persecuciones, exilios y muertes— seguían siendo el núcleo del conflicto. Contenían las claves para activar «el cardenal», un protocolo tan antiguo como peligroso, construido sobre secretos de Estado que jamás debieron sobrevivir.
La última línea de Yuri lo atravesó como un disparo en frío. No era una amenaza: era verdad. Anya supo que el siguiente paso la rompería por dentro, pero también que no darlo la convertiría en aquello que más despreciaba.
Vladislav cogió el papel como si fuera una reliquia. Era la prueba tangible de la humanidad que le habían robado a su familia.
—No he venido por lealtad a ti, papá —aclaró Anya, con una crudeza que cortaba más profundamente que cualquier mentira—. He venido porque Antonov y Morozov no quieren los Diarios para proteger a Rusia. Quieren «el cardenal» para hacerla añicos. Lo llaman «el Reinicio». Borrar fronteras, reescribir alianzas… empezando por una guerra no convencional usando el archivo como arma de chantaje. Serán millones de vidas.
Juan, que no había apartado la mirada de la escena y miraba de reojo a Eli, intervino.
—Es una locura. ¿Y crees que podemos detenerlos?
—No —reconoció Anya, con la frialdad táctica de una operativa—. Pero podemos robarles la llave. El Cardenal no es un objeto físico. Es un protocolo, una serie de instrucciones y activadores basados en los Diarios. Necesitan los Diarios y te necesitan a ti, tu sangre.
Eli, que había estado observando el lenguaje corporal de Anya, cruzó los brazos.

—Asumamos que te creemos. ¿Qué propones? Esta habitación huele a derrota y en unas horas Antonov tendrá perros olfateando cada pensión de la Ciudad Vieja.
—Antonov no es un diplomático, es algo más —reveló Anya, y la información cayó como una losa—. Es coronel del FSB y jefe de la Dirección de Operaciones Especiales. Su misión es «el cardenal», a cualquier coste. Morozov es su brazo ejecutor. Y ahora mismo, están desplegando un equipo de seis hombres. Tienen acceso a la red de cámaras de la intendencia y están sobornando a informantes en el puerto. Tenemos menos de doce horas.
Fue entonces cuando Juan expuso la única jugada que veía posible.
—Antonov es un hombre de estrategia, de calcular cada paso. Calculemos esto. No podemos escondernos para siempre. pero podemos cambiar el tablero.
Todos lo miraron.
—Propongo un intercambio —dijo con firmeza Juan—. Él obtiene los «Diarios de Smolensk», completos. Nosotros le damos acceso pleno al código del «cardenal», aquí mismo, para que verifique su autenticidad. A cambio, que nos dé vía libre de salida.
Un silencio incrédulo llenó la habitación.
—¿Estás loco? —susurró Eli.
—Escuchadme un segundo —aseveró Juan—. No los Diarios físicos, no el archivo. Le damos acceso bajo nuestros términos. Un acto controlado de revelación, en un lugar neutral, supervisado.
—Él nunca aceptará —dijo Vladislav, con amargura.
—Sí lo hará —intervino Anya, comprendiendo la jugada—. Porque para él, el control es la forma ejecutiva de la verdad. Prefiere una victoria completa y limpia a una cacería sangrienta que podría dejar el archivo dañado o en manos de otros. Si le demostramos que tenemos una salida que lo perjudicaría, como la publicación de los Diarios.
—Exactamente —asintió Juan—. Un «muerto» digital. Copias cifradas, programadas. Si no introducimos una contraseña en cuarenta y ocho horas, se publican extractos clave. No podemos «aplastarlo», pero el escándalo arruinaría su operación y su carrera. Le costaría un Consejo de Guerra.

La propuesta flotó en el aire, audaz y desesperada. Anya, contra todo pronóstico, asintió.
—Es arriesgado, pero es la única opción que no subestima su inteligencia. Yo seré la mensajera. Él aún no sabe que le he abandonado. Puedo plantearle el... «acuerdo».
Vladislav miró a su hija, y en sus ojos ya no había un verdugo, sino a la niña que una vez intentó proteger de los monstruos que ahora los acechaban a ambos.
—No. No te expondrás sola.
—Es la única manera —dijo ella, con una determinación final. Su mirada se cruzó con la de Juan y Eli, sellando un frágil pacto. —Lo que pides a cambio no es libertad, es algo que él no valora: la rehabilitación de Yuri e Irina. Que sus nombres descansen en paz. Él se queda su sombra; nosotros nos llevamos a nuestros muertos.
Antes de que pudieran protestar, Anya se acercó a la ventana a modo de despedida.
—El muelle de los pescadores artesanales. Dos horas. Si no estoy ahí, es que he fallado. Huyan.
Sin mirar atrás, salió de la habitación, fundiéndose de nuevo con las sombras del pasillo.
Las dos horas siguientes fueron un purgatorio. La habitación olía a polvo, miedo y sudor frío. A la hora y cuarenta y cinco minutos, no pudieron esperar más. Salieron de la pensión, moviéndose como fantasmas entre los callejones que olían a salitre y pescado podrido, hasta llegar al punto acordado.
El Río de la Plata, ancho y marrón, se extendía ante ellos bajo un cielo plomizo. La brisa traía el sonido de las gaviotas y el lejano rumor de la ciudad. Y allí, de pie junto a una pila de redes, estaba Antonov. Solo. Vestía un traje impecable que contrastaba con el entorno degradado. A su lado, Anya, pálida pero firme.
—He escuchado su... propuesta —dijo con serenidad Antonov—. La audacia a veces es síntoma de genio, otras de desesperación. —Su mirada se posó en Vladislav. —Acepto —concedió Antonov, con la voz un hilo de acero—. Comprendo las limitaciones del mecanismo. Un cadáver no me sirve. Usted me mostrará el código completo del

«cardenal». Aquí y ahora. Yo me aseguraré de que los expedientes de sus padres sean... reevaluados. Y ustedes desaparecerán.
—¿Y nuestra garantía? —preguntó Juan.
Antonov esbozó una sonrisa glacial.
—No olviden algo —añadió en voz baja, como si compartiera un secreto doméstico—. En mi trabajo, los acuerdos no terminan cuando uno se marcha, sino cuando deja de ser útil.
—Mi palabra. Y el hecho de que matarlos ahora supondría más problemas de los que resolvería. —Se volvió hacia Anya—. Tú has elegido un bando. Asegúrate de que no te arrepientas.
El intercambio fue rápido. Bajo la atenta mirada de Antonov, Vladislav, con manos temblorosas, aplicó su sangre a otra página clave de los Diarios, revelando un nuevo conjunto de coordenadas y esquemas que completaban el rompecabezas del «cardenal». La tinta reaccionó como si despertara. No era solo química: era la llave viva de un linaje que había sobrevivido.
Antonov examinó y fotografió cada detalle con un escáner portátil espectral DocEx MSC Tablet.
—No necesito poseer algo para que me pertenezca —dijo Antonov, sin dureza—. Los protocolos no se roban. Se dejan madurar.
—Ahora, cumpla su parte —dijo Juan.
Antonov obvió responder. No hubo agradecimientos ni despedidas. Con una última mirada cargada de una advertencia infinita, el ruso se dio la vuelta y se alejó murmurando para sí mismo «mientras estén vivos, el protocolo no estará perdido».
La victoria era amarga. Una forma de seguir adelante, nada más.
Anya miraba a su padre. La distancia entre ellos era un océano.
—No fue por ti —le dijo, su voz quebrada por la emoción que ya no podía contener—. Fue por ellos. Por los que estuvieron silenciados.
—Lo sé —asintió Vladislav, con lágrimas que finalmente se desbordaron—. Gracias.
Ella no respondió. Dio media vuelta y comenzó a alejarse por el muelle, su silueta recortándose contra la inmensidad del río. No se subió a ningún coche. Se fundió con la bruma, un fantasma que acababa de elegir su exilio.

Juan sintió que algo dentro de él también se alejaba con ella: la ilusión de que aún quedaban decisiones sin heridas. Eli, en silencio, se limitó a observar el muelle; la dureza en su gesto era solo una capa para ocultar el temor creciente de que aquel sacrificio no fuese el último.
Vladislav, Juan y Eli se quedaron solos en el muelle, el viento salado del Río de la Plata azotando sus rostros. Habían ganado. Estaban libres.
Por ahora.

◆ ◆ ◆

El viaje había terminado. La vida, la complicada y dolorosa vida de prófugos, con un enemigo que siempre sabría que estaban vivos, acababa de comenzar. Y en el horizonte, el río marrón se confundía con un océano incierto.

22. EL ÚLTIMO MUELLE

La noche era húmeda y pesada, cargada de salitre y desesperanza. En el interior de una casa segura en el barrio de Palermo[96], muy distinta a la de Pocitos, el silencio dominaba aquel último refugio.
El polvo de esta nueva clandestinidad ya se estaba asentando sobre ellos, más fino y penetrante que el de la casa de la infancia de Vladislav.

La tregua con Antonov pesaba como una losa; no era libertad, sino una condena suspendida. El aire viciado olía a vendas usadas y a la electricidad estática del miedo puro.

Juan comprobó por enésima vez la cerradura de la puerta, un ritual inútil contra el enemigo que los acosaba. Eli, con la espalda apoyada contra la pared fría, observaba a Vladislav. Él no sudaba por la fiebre ahora, sino por una intoxicación lenta de derrota.

—No podemos quedarnos —declaró Eli, su voz un suspiro en la penumbra—. Antonov no se detendrá. Un acuerdo con él es un aplazamiento de la sentencia, no un indulto. Su palabra vale menos que el viento. Nos dio una ruta, pero es otra celda: más amplia, igual de mortífera.

—¿Y adónde ir? —preguntó Juan, con un marcado cansancio—. Nos dieron una identidad prestada, un pasaje a Europa… pero es otro callejón. Más largo, pero sin salida. Es lo que no hemos dejado de hacer: correr hacia la siguiente incertidumbre. ¿Y si esta vez es la trampa final?

Vladislav alzó la cabeza. En sus ojos ya no había rastro de la esperanza que lo sostuvo en el muelle. Solo quedaba la obstinación fría de una ficha acorralada.

—Peter —murmuró, y el nombre sonó a blasfemia—. Él tiene más salidas. Conexiones que ni Antonov conoce. Es un roedor que ha sobrevivido a todas las inundaciones. Sabe cómo moverse.

—¿Peter? —Juan estalló en una risa amarga—. ¿El mismo que nos vendió a Antonov? ¿En quién confiamos y nos entregó atados de pies y manos? Eso no es un plan, es un suicidio. Es como pedirle a un escorpión que no nos aguijonee.

—¡No lo entiendes! —dijo Vladislav al tiempo que golpeó la mesa con el puño, con una furia que le devolvió por un instante su antiguo carácter—. Peter no tiene bandos, solo intereses. Antonov lo usó y lo descartó. Ahora está asustado. Un animal acorralado es más peligroso, pero también más maleable. Sabe que si Antonov gana, él sobra. Podemos ofrecerle lo único que le importa: supervivencia. A cambio de una solución real, no de esta migaja envenenada.

Eli se puso en pie, su figura esbelta era una línea de tensión en la habitación.

—Es una locura, Vladislav. Ya hemos vivido esta película y termina con nosotros encañonados con armas.
—No es confianza —replicó él, con una sonrisa torcida—. Es canibalismo. Nos devoramos entre nosotros antes de que llegue el depredador. Él tiene los medios. Nosotros… tenemos esto.
Su mirada se clavó en el maletín que reposaba a los pies de Juan.
—Los Diarios. Son la única moneda de cambio que vale en este infierno.
La discusión se enconó, alimentada por la fatiga y la certeza de que todas las opciones eran malas o peores. Juan abogaba por la ruta dada por Antonov, por la discreción. Vladislav, por la audacia de recurrir al traidor. Eli, por desaparecer por su cuenta, separarse para sobrevivir.
La tensión era un cuarto personaje en la habitación, sofocante y palpable.
Fue en el clímax de esta pelea, al límite de la rendición, cuando el teléfono de Vladislav vibró con un zumbido sordo.
Un mensaje.
El remitente era un espectro: «El Pájaro».
No había compartido ese número con nadie. O eso creía.
Pero «El Pájaro» no necesitaba que se lo dieran. Solo necesitaba preguntar y seguir los pasos.
Alguien había visto a Vladislav salir de la tienda de electrónica y había rastreado el patrón de movimiento, el tipo de dispositivo, la activación de la línea.
No era magia, era método: vigilancia indirecta, observación.
«El Pájaro» tenía ojos en lugares donde nadie miraba y a él no se le veía. Y ahora, tenía su número.
El aire se cortó. Vladislav palideció. Ese nombre era un eco de las historias que su madre, Irina, susurraba en las noches de Hanói, un mito familiar, un hilo de esperanza que ella jamás pudo tirar. «El Pájaro» era un contacto legendario, una nota al margen de un papel, una sombra que ayudaba a los que estaban atrapados en las redes del KGB, un fantasma que operaba en los límites.
Con dedos que temblaban, abrió el mensaje. Un texto corto, en un español perfecto y antiguo:

«La jaula del canario es de oro, pero sigue siendo una jaula.
No uses la puerta que te han abierto.
Usa la que dejaron olvidada.
Muelle de los pescadores.
Barca Esperanza.
Antes del alba».
Eli leyó la pantalla por encima de su hombro. Sus ojos se encontraron con los de Juan. No hubo palabras. En ese cruce de miradas se selló un pacto silencioso. La fe en un fantasma era preferible a la certeza de la trampa de Antonov o la navaja de Peter.
—Cambiamos el plan —anunció Vladislav, su voz recuperando una chispa de autoridad—. No contactamos a Peter.
Bajaron a la calle, envolviéndose en las sombras como si fueran su segunda piel. La ciudad dormía, pero su instinto les gritaba que cada esquina tenía ojos.
Al doblar hacia una calle más transitada, una figura se desprendió del marco de una puerta.
Era Peter Durán.
No llevaba su impecable traje, sino ropas oscuras y discretas. Su elegancia, sin embargo, era inherente, una maldición de su carácter.
Les bloqueó el paso, su sonrisa era un gesto tenso, sin rastro de la seguridad de antaño.
—Vladislav —saludó, con una voz que pretendía ser calmada pero que delataba una urgencia de hielo—. Caminar así es malo para la salud. Sobre todo con tantos… amigos interesados en vuestro paradero.
—Peter —lo increpó Vladislav, y la palabra sonó a sentencia—. Ya no tenemos nada de qué hablar.
—¡Error! —cortó él, con un destello de su antigua arrogancia—. Tienen la única cosa que importa. Y yo tengo la única salida que Antonov no controla. Un barco. Rumbo a África, lejos de sus garras. Un trueque justo: el maletín por vuestras vidas.
Juan dio un paso al frente.
—La última vez que hicimos un trato contigo, acabamos con Antonov en el salón.

—¡Antonov me utilizó! —explotó Peter, y por primera vez mostró la grieta, el miedo visceral—. Ustedes son mi seguro. Con los Diarios, yo puedo negociar, desaparecer. Sin ellos, soy un cadáver. ¡Es la lógica, muchacho! La misma lógica que nos mantiene vivos a todos en este juego.
—Tu lógica apesta a traición —escupió Eli—. Ahora, sal de nuestro camino.
La mano de Peter se movió hacia el interior de su chaqueta. Pero Juan fue más rápido, no sacando un arma, sino plantándose frente a Vladislav, usando su cuerpo como escudo.
—Dispara —desafió Juan, con una calma mortal—. Y el ruido atraerá a todos los halcones de Antonov sobre ti. Moriremos. Pero tú irás primero. ¿Crees que ellos te perdonarán? Eres un traidor para todos ahora.
Peter dudó. Su mirada, calculadora y febril, evaluó la calle desierta. La jugada era demasiado sucia, incluso para él. Sabía que Juan tenía razón; un disparo sería su sentencia de muerte.
—Es su última oportunidad —susurró, con odio—. No habrá otra.
—No la queremos —respondió Vladislav.
Y echaron a andar, dejando a Peter plantado en la acera, consumiéndose en su propia bilis venenosa. No miraron atrás. La ciudad se tragó su silueta, otro fantasma más en una noche hecha de ellos.
Llegaron al muelle de los pescadores. No tenía nada de postal: tablones viejos, defensas de goma desgastadas y una única farola oxidada que devolvía el reflejo del río como una lámina de mercurio. El olor a pescado podrido y gasóleo era mareante.
La barca *Esperanza* era una reliquia de madera carcomida, meciéndose con languidez en el agua negra. No había nadie. Por un momento, el pánico se apoderó de ellos. ¿Era otra trampa? ¿Habían sido demasiado ingenuos?
Entonces, una figura se irguió desde la bodega de la embarcación. No era un viejo misterioso. Era una mujer menuda, de edad avanzada, con un rostro curtido por el viento y los ojos tan claros que parecían ver a través de la oscuridad. En sus manos no llevaba un arma, sino una linterna.

—Irina siempre dijo que su hijo tenía la testarudez del padre —dijo, con tono áspero pero no desagradable—. Pero también su corazón. Me alegro de que hayas venido.
—¿«El Pájaro»? —preguntó Vladislav, sin poder ocultar el asombro.
La mujer esbozó una sonrisa mínima.
—«El Pájaro» no es una persona. Es… una red. Una cadena de favores que se remonta a la Guerra Fría. Tu madre fue parte de ella, una de las mejores. Yo soy Gabriela, un eslabón más.
Hizo una pausa, observándolos.
—Irina me pidió que velara por ti si alguna vez lo necesitabas. Parece que ese momento ha llegado.
—¿Por qué ahora? —preguntó Juan, aún receloso—. ¿Por qué no antes?
—Porque antes no era el momento —respondió Gabriela con calma —. «El Pájaro» solo actúa cuando no hay escapatoria real. Y ahora, con Antonov creyendo que tiene el control, es cuando podemos movernos. Suban. Los llevaré aguas arriba, por el río. Es la ruta más segura. No la vigilan.
Subieron a la barca. El motor arrancó con un ronquido ahogado, y la *Esperanza* se deslizó hacia el corazón del Río de la Plata.
Gabriela manejaba con la familiaridad de quien había hecho este viaje cientos de veces en la noche.
Después de media hora de navegación en silencio, Gabriela se acercó a Vladislav.
—Tienes que decidir ahora —dijo en voz baja—. El río tiene dos orillas: una lleva a Occidente y la otra a una vida nueva. ¿Cuál eliges?
Vladislav miró hacia la costa este, donde las luces se iban espaciando hasta convertirse en destellos solitarios.
—Mi padre siempre decía que Punta del Este era donde los fantasmas iban a descansar —murmuró—. Allí nadie busca a nadie. Los ricos solo miran su propio reflejo en el mar.
Juan lo escuchó desde la proa.
—¿Estás pensando en quedarte?
—Pienso que es lo más sensato —respondió Vladislav, con una certeza que sorprendió hasta a él mismo—. Si nos separamos, les

será más difícil seguir el rastro a los tres. Además —su voz se quebró un ápice—. Esta tierra me debe una paz. Y yo le debo a mis padres el guardar sus memorias aquí.
Eli se acercó y posó la mano sobre su hombro.
—Entendemos.
No había más que decir. Era una despedida, otra más, pero esta vez elegida.
Al amanecer, la *Esperanza* se deslizó hacia un pequeño muelle privado en las afueras de Punta del Este. Gabriela le entregó a Vladislav una llave.
—Es de una cabaña frente al mar. Perteneció a un contacto que ya no la necesita. Allí serás otro turista más.
Vladislav bajó de la barca sin los Diarios. Se dio la vuelta y miró a Juan y Eli por última vez.
—Cuidaros —dijo—. Y cuiden esos malditos papeles. Algún día, quizás, el mundo esté listo para ellos.
La *Esperanza* reanudó su rumbo hacia el oeste, ahora más ligera. Juan y Eli se quedaron mirando la figura de Vladislav, que se volvía cada vez más pequeña en el muelle, hasta fundirse con el paisaje.
Vladislav no miró atrás. Sabía que su guerra no había terminado, pero por primera vez, no era por venganza. Era por memoria. Y por redención.
No era un final. Era un respiro. Un lapso tenso entre una etapa de persecución y la siguiente. Mientras la costa de Punta del Este se desvanecía en la distancia, Juan y Eli se aferraron el uno al otro, sabiendo que su futuro juntos pasaba por dejar atrás todo esto, pero llevándose la certeza de que Vladislav, al menos, había encontrado su propio refugio.
En la *Esperanza* los dos refugiados continuaban su rumbo hacia su siguiente etapa, y era suficiente.

◆ ◆ ◆

La partida había cambiado. Ya no eran tres fugitivos, sino dos, con un aliado en la sombra y otro guardián del pasado.

Cada uno navegaba hacia un destino que, por primera vez, podían elegir.
Y, por ahora, eso bastaba.

EPÍLOGO. CINCO MESES DESPUÉS



El Cantábrico respiraba con un ritmo lento y profundo. Golpeaba contra los acantilados de San Sebastián. Era mayo de 2026, y la primavera había aplacado la furia del océano, que ahora golpeaba con suavidad tras los embates del invierno. Desde el amplio ventanal del apartamento de Michael, el espectáculo era a la vez majestuoso y sereno. Dentro, el olor a café recién hecho y a pasteles —un capricho que Michael ahora se permitía con más frecuencia— creaba una atmósfera cálida doméstica que aún les parecía irreal.

Juan y Eli estaban en el sofá, sus cuerpos fundidos en un solo contorno bajo una manta gruesa. Ella, con un suéter de lana beige que acentuaba su figura, tenía la cabeza apoyada en el hombro de él. Su pelo oscuro olía a champú y a salitre, no a polvo de archivos ni a miedo. Estaban vivos, y estaban juntos.

Michael, desde su sillón preferido, los observaba con una sonrisa tranquila que no lograba ocultar del todo la preocupación en sus ojos.
Sobre la mesa, entre tazas y migas, una carpeta gris yacía abierta. El membrete era inconfundible, el de la «Federación Rusa — Comisión Interministerial para la Clarificación de Activos Históricos».:

Российская Федерация — Межведомственная комиссия
по уточнению исторических активов

—Moscú se ha movido —anunció Michael, hojeando las copias traducidas al inglés—. Anuncian una investigación oficial sobre el paradero de bienes imperiales y el papel de «determinados funcionarios y exfuncionarios». Hablan de colaboración con Uruguay y asistencia técnica de España. Nada de grandes proclamas, pero es un portazo a las viejas sombras.
—¿Y Antonov *aita*? —preguntó Eli, con una serenidad más grave que meses atrás.
—En un proceso incierto, sin destino conocido —respondió Michael —. En los papeles, «evaluando su salud». En los pasillos, «deslealtad». No es la justicia que querríamos, pero ha caído.
Juan alzó la vista:
—¿Y de los Petrov? —preguntó Juan con voz grave, pero más serena que meses atrás—. ¿Alguna noticia?
Michael negó con la cabeza.
—El expediente fue revisado y cerrado con honor póstumo, según la comunicación oficial. Es una losa, pero al menos ya no es una mancha. Vladislav tiene una victoria. Amarga, pero suya.
Eli alzó la vista.
—¿Y de Vladislav?

—Nada —respondió Michael—. Es un fantasma que eligió su propio limbo. Es lo más seguro para él.
Un silencio cómodo se instaló entre ellos. Miraron el atardecer teñir el mar de tonos naranjas y púrpuras. Era una paz visual ganada a pulso, un lujo que ninguno de los tres daba por sentado.
—¿Y nosotros? —preguntó Juan, rompiendo el silencio y mirando a Eli—. ¿Volvemos a Madrid? ¿Retomamos nuestra actividad?
Eli se separó un poco de él y lo miró de frente. En sus ojos marrones ya no había solo la astucia o la determinación de la ingeniera; había una luz nueva, más profunda.
—No —dijo, con una calma que sonaba a decisión largamente meditada—. No podemos y no debemos. No después de lo que sabemos, de lo que hemos visto. Esto no es el final. Es solo el primer capítulo de algo más grande.
Michael arqueó una ceja, intrigado. —¿A qué te refieres?
—Los «Diarios de Smolensk» eran una pieza. La pieza que desencadenó todo, sí. Pero no creo que su contenido esté completamente a salvo. Antonov tuvo acceso. Y aunque no los retuvo físicamente, pudo fotografiar fragmentos, copiar pasajes, compartir extractos.
—¿Filtraciones? —preguntó Michael, con el ceño fruncido.
—Sí —afirmó Eli—. Y hay muchas fortunas dispuestas a pagar por información que les dé ventaja: para manipular gobiernos, para destruir reputaciones, para reescribir alianzas. Lo que hay en esos Diarios no es solo historia. Es poder. Y el poder, cuando se fragmenta, se vende.
Apretó la mano de Juan.
—Y también puede unir a las personas de la manera más improbable.
Juan la miró, y una sonrisa de comprensión y admiración se dibujó en sus labios.
—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?
—Estoy diciendo que tenemos una habilidad única —continuó Eli, mientras adquiría intensidad—. Tú, para ver los patrones donde otros ven caos. Yo, para moverme en los márgenes, para leer a las personas. Y tú, *aita* —miró a Michael—, tienes una red y un

conocimiento que ningún archivo oficial posee. Juntos… juntos podemos ser algo más.
Michael se reclinó en su sillón, una chispa de su antiguo fuego brillando en sus ojos.
—¿Buscar la verdad? Suena pretencioso. Suena… fascinante.
—No será como antes —advirtió Juan, su tono práctico imponiéndose—. Seremos independientes. Y eso nos hace vulnerables.
—Pero libres —contraatacó Eli—. Libres para elegir nuestras batallas. Para seguir el rastro sin pedir permiso.
La propuesta flotó en la habitación, cargada de potencial y de un peligro delicioso. No era una vuelta a la normalidad; era la creación de una nueva, construida alrededor del misterio.
—Habrá consecuencias —dijo Michael, seriamente—. Antonov no olvida. Y hay más jugadores en la sombra.
—Lo sabemos —asintió Juan—. Pero después de Moscú, de Estambul, Montevideo… no puedo imaginarme volviendo a escribir solo sobre la eficiencia de las centrales hidroeléctricas. Hay un mundo ahí fuera, Eli. Y quiero explorarlo contigo.
El aire templado les rozó las mejillas con la humedad suave del Cantábrico en el mes de mayo. Abajo, las olas rompían con constancia, no con violencia, como si el mar respirara en paz tras meses invernales.
—¿Estás segura de esto? —preguntó Juan, rodeándola con sus brazos—. Podríamos buscar una casa con vistas al mar. Una vida tranquila.
—¿Una vida tranquila? —repitió Eli, con un deje de su antigua ironía —. Después de haber desenterrado los secretos de un Zar, huido de una facción disidente del FSB y habernos enamorado en un camión de carga… ¿de verdad crees que estamos hechos para eso?
—Tienes razón.
—Él sonrió. La besó; un beso lento que sabía a promesa y a futuro.
—Así que… ¿por dónde empezamos?
—Por esperar —susurró ella contra sus labios—. Algo llegará.
Algo siempre llega.

◆ ◆ ◆

Punta del Este, esa misma noche. La noche cerrada de España había dado paso a una tarde agradable en Punta del Este. Vladislav caminaba con pausa por la rambla de la Mansa[97], arrastrando una ligera cojera que el tiempo no había curado del todo. El aire era fresco, húmedo, con ese aroma salino que solo el Atlántico sabe regalar en otoño. Su vida era ahora una rutina anónima, tejida con paseos solitarios, lecturas fragmentadas y silencios que ya no dolían. Había encontrado una paz frágil, construida sobre la renuncia y la distancia.

Al llegar a la puerta de su casa —una construcción baja, de líneas sencillas, con vista parcial al mar— notó algo extraño. Un sobre blanco, sin remitente, había sido deslizado por debajo. De estilo pulcro, impersonal. Con manos temblorosas, lo recogió y entró.

Accedió al salón, lo abrió. No había carta. Solo una fotografía en color, de resolución excepcional. Mostraba a un hombre entrando en un edificio antiguo que Vladislav reconoció al instante: los Archivos Generales de la Nación[98], en Montevideo. El hombre era Peter, el viejo amigo convertido en nuevo traidor.

Iba acompañado por otra persona, una figura más joven, de espaldas, con una chaqueta de cuero negra y el pelo oscuro recogido en un moño severo. Anya.

Pero no era eso lo que le heló la sangre.

En la mano Peter llevaba un pequeño estuche tubular, antiguo, de cuero desgastado, del que asomaba el borde de un viejo papel.

Lo que le dejó sin aliento, dejándose caer sobre la silla, fue lo que encontró en el dorso de la foto.

Escrito con una caligrafía clara y legible, tres líneas y una firma, en un español perfecto:

Este Diario es el más evidente.Los otros dos esperan. Es urgente.

2707

El Pajaro

Vladislav miró la fotografía. Una sonrisa amarga, llena de una emoción que no era ni alegría ni miedo. «El Pájaro», el guardián de su madre, el fantasma que cruzaba su vida desde Hanói, acababa de mover ficha.

Se levantó, descorrió un trazo de cortina y miró su propio reflejo. No vio a un fugitivo; vio a un hombre con una cita pendiente.

Marcó un número. Sonó una vez. Dos. Al tercer tono, una respiración al otro lado.

—La clave es 2707 —dijo Vladislav—.

Silencio. Luego, una voz filtrada, neutra, como si hablara desde la garganta de la ciudad:

—Puerto. Muelle C. En… cuarenta y tres horas. Lleve solo lo imprescindible, nada que no pueda justificar.

La línea telefónica murió.

Vladislav contempló por última vez la fotografía. El miedo se desvaneció, reemplazado por una certeza fría. El tablero había cambiado de mano. La partida, en realidad, continuaba.

NOTAS

[1] **Kensington.** Barrio del centro-oeste de Londres, integrado en el Royal Borough of Kensington and Chelsea. Nacido como asentamiento medieval, evolucionó con el tiempo hacia un distrito distinguido y cultural, especialmente a partir del siglo XIX, cuando se convirtió en uno de los núcleos más representativos de la vida londinense.

[2] **Árbol bàng (Ficus callosa Willd.).** Especie originaria de Vietnam, apreciada tanto por su imponente presencia como por su profundo simbolismo cultural. En regiones como Đình Bảng, alcanza alturas notables y es tradicionalmente venerado como árbol protector de las comunidades.

[3] **Lago Hoàn Kiếm.** Situado en el corazón de Hanói, este lago es uno de los emblemas históricos y espirituales de Vietnam. Su nombre, «La Espada Restituida», recuerda la leyenda del emperador Lê Lợi y la devolución de su arma mágica a la Tortuga Sagrada, cuyo recuerdo perdura en la pequeña Torre de la Tortuga, erguida en un islote central.

[4] **KGB.** Siglas del Komitet Gosudarstvennoy Bezopasnosti, la temida agencia soviética de inteligencia y seguridad activa entre 1954 y 1991. Desde la sede de la Lubianka dirigió operaciones de contrainteligencia, vigilancia interna y redes de espionaje exterior, célebre por su uso de identidades de cobertura o «leyendas».

[5] **Río Rojo (Sông Hồng).** Nacido en las montañas de Yunnan, en China, este río atraviesa el norte de Vietnam antes de desembocar en el golfo de Tonkín. Su característico color rojizo lo debe a los sedimentos que arrastra, y a lo largo de la historia ha sido eje vital para la comunicación, la agricultura y el comercio en la región de Hanói.

[6] **FSB.** Servicio Federal de Seguridad de Rusia, heredero directo de funciones del antiguo KGB. Centrado en la seguridad interior y la contrainteligencia, mantiene su sede en la histórica Lubianka, un edificio cargado de simbolismo para la memoria del poder soviético y postsoviético.

[7] **Tor Browser.** Navegador diseñado para proteger la privacidad mediante enrutamiento cifrado en la red Tor. Facilita la navegación anónima y el acceso a servicios no indexados («deep web»), incluyendo zonas asociadas a anonimato («dark web»).

[8] **MI6.** Nombre común del Secret Intelligence Service británico, creado en 1909 para vigilar actividades de potencias extranjeras. Su papel se fortaleció durante las dos guerras mundiales y la Guerra Fría. Desde 1994 opera desde su icónica sede en Vauxhall, un edificio modernista que mira al Támesis.

[9] **URSS.** La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas nació en 1922 tras la Revolución Rusa y la guerra civil. A lo largo de siete décadas se consolidó como superpotencia global, protagonista decisiva tanto en la Segunda Guerra Mundial como en la Guerra Fría. Su disolución en 1991 marcó el fin del bloque comunista y reconfiguró el mapa político de Eurasia.

[10] **Smolensk.** Ciudad estratégica del oeste de Rusia, asentada a orillas del Dniéper y con raíces que se remontan al siglo IX. Durante la campaña de 1812, la batalla de Smolensk abrió el camino a la táctica de tierra quemada que permitió al zar Alejandro I reorganizar sus fuerzas y preparar la contraofensiva que terminaría doblegando a Napoleón.

[11] **Alejandro I (1777–1825).** Zar de Rusia desde 1801, ascendió al trono tras el asesinato de su padre, Pablo I, en una conspiración en la que su propia implicación siempre generó dudas. Figura decisiva en la derrota de Napoleón, entró en París en 1814 al mando de sus tropas. Fundador de la Santa Alianza, dejó tras su muerte en Taganrog un halo de misterio que alimentó teorías sobre su posible retiro como ermitaño.

[12] **Ejército Rojo.** Fuerza militar creada por los bolcheviques en 1918, erigida en pilar del poder soviético. Protagonizó la Guerra Civil Rusa, desempeñó un papel crucial en la derrota nazi y sustentó la proyección de la URSS durante la Guerra Fría.

[13] **Metro-2 (Línea D6).** Nombre en clave de una supuesta red subterránea paralela al metro de Moscú, construida en la era de Stalin como vía de escape para la élite política en caso de ataque nuclear. Se dice que discurre a profundidades de hasta 200 metros y conecta el Kremlin con búnkeres estratégicos, aunque su existencia nunca ha sido oficialmente confirmada.

[14] **Biblioteca Estatal de Rusia.** Con origen en 1862 a partir de la colección Rumyántsev, es hoy la mayor biblioteca del país. Durante décadas fue conocida como Biblioteca Lenin y conserva la obligación legal de recibir ejemplares de todas las publicaciones editadas en Rusia.

[15] **NKVD.** Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, organismo soviético especialmente activo en las décadas de 1930 y 1940. Asociado a purgas, deportaciones y al sistema Gulag, operaba mediante tribunales sumarios —las célebres «troikas»— que simbolizaron el rostro más implacable de la represión estalinista.

[16] **Línea Koltsevaya.** Línea circular del Metro de Moscú inaugurada en 1950. Concebida para enlazar las grandes estaciones ferroviarias de la capital, se convirtió pronto en una obra emblemática del urbanismo soviético de posguerra.

[17] **Río de la Plata.** Estuario colosal formado por la unión de los ríos Paraná y Uruguay. Marca la frontera natural entre Argentina y Uruguay y alberga en sus orillas a Buenos Aires y Montevideo. Con sus 290 kilómetros de longitud y una anchura que llega a los 220, es considerado el río más ancho del mundo.

[18] **Phở.** Sopa tradicional vietnamita elaborada con caldo claro y aromático, fideos de arroz y carne —generalmente de res o pollo—. Suele acompañarse con hierbas

frescas, lima y diversas salsas. Es un plato cotidiano, identitario y profundamente arraigado en la vida urbana del país.

[19] **Nước mắm.** Salsa de pescado fermentado esencial en la gastronomía vietnamita. Su sabor intenso y marcado carácter umami la convierten no solo en condimento sino en un verdadero pilar cultural, elaborado tradicionalmente con pescado y sal según métodos transmitidos durante generaciones.

[20] **Pagoda del Pilar Único.** Construida en 1049 por orden del emperador Lý Thái Tông, su diseño se inspiró en un sueño con la diosa budista Quan Âm. Elevada sobre un único pilar de madera en medio de un estanque, simboliza una flor de loto emergiendo del agua, imagen de pureza espiritual. A lo largo de los siglos ha sido destruida y reconstruida, manteniéndose como uno de los iconos de Hanói.

[21] **Protocolos heredados del NKVD.** Aunque el NKVD había dejado de existir oficialmente desde los años cuarenta, algunos de sus métodos operativos siguieron empleándose de forma interna por el KGB en la década de 1970, como vestigios operativos de una era más oscura.

[22] **Planta hidroeléctrica de Thác Bà.** Situada en la provincia vietnamita de Yên Bái, fue la primera gran central hidroeléctrica del país. Inaugurada en 1971 con apoyo soviético, funciona gracias al embalse creado al represar el río Chảy, formando el extenso lago Thác Bà.

[23] **Áo bà ba.** Conjunto tradicional del sur de Vietnam compuesto por blusa ligera y pantalón holgado. Su diseño práctico y elegante lo ha convertido en símbolo de sencillez cotidiana y de identidad cultural.

[24] **Aeropuerto Internacional de Carrasco.** Principal puerta aérea de Uruguay, inaugurado en 1947. Su arquitectura moderna actual, asociada al estudio de Rafael Viñoly, contrasta con la memoria de sus décadas anteriores como eje del transporte regional.

[25] **Bánh cuốn.** Delicadas láminas de arroz al vapor rellenas de cerdo, setas y chalotas. Plato tradicional del norte de Vietnam, apreciado por su textura suave y su sabor equilibrado, que suele servirse acompañado de hierbas frescas y salsa aromática.

[26] **Politburó.** Órgano ejecutivo central de los partidos comunistas. Nacido en la Unión Soviética, fue replicado en otros países como China, Cuba y Vietnam, y concentró las decisiones más importantes sobre política, gobierno y estrategia ideológica.

[27] **St. James's.** Barrio histórico del centro de Londres que emergió en el siglo XVII como enclave aristocrático. Con el tiempo se convirtió en hogar de clubes de caballeros, residencias nobles y comercios exclusivos, conservando aún su aura de elegancia histórica.

[28] **Kensington Palace Gardens.** Una de las zonas residenciales más exclusivas de Londres. Surgió en el siglo XIX sobre antiguos jardines privados vinculados al Palacio de Kensington, y aún hoy mantiene su carácter privilegiado y reservado.

[29] **GCHQ.** Agencia británica especializada en ciberseguridad, criptografía y vigilancia electrónica. Su misión principal es proteger la seguridad nacional mediante el análisis de comunicaciones y datos, actuando como el cerebro tecnológico de los servicios de inteligencia del Reino Unido.

[30] **Aeropuerto de Vnukovo.** El más antiguo de Moscú, inaugurado en 1941. Durante la etapa soviética desempeñó un papel clave en vuelos oficiales y traslados de dignatarios, y hoy sigue siendo uno de los principales aeropuertos de la capital rusa.

[31] **Kiyevskoye Shosse.** Autopista que conecta Moscú con regiones del suroeste. Funciona como corredor estratégico hacia zonas residenciales e industriales, y es una de las rutas de entrada más transitadas de la capital.

[32] **Río Moscova.** Curso fluvial que atraviesa Moscú en dirección noroeste-sureste, bordeando parques emblemáticos como el Gorki y serpenteando entre meandros urbanos antes de unirse al río Oká. Navegable durante gran parte del año, excepto cuando el invierno lo congela.

[33] **Catedral de San Basilio.** Erigida entre 1555 y 1561 por orden de Iván el Terrible para conmemorar la conquista de Kazán. Sus cúpulas bulbosas, cada una decorada con colores y patrones únicos, representan capillas independientes que forman un conjunto inconfundible en la Plaza Roja.

[34] **Teatralnaya Plóshchad.** Plaza cultural de Moscú dominada por el majestuoso Teatro Bolshói. Bajo su superficie confluyen estaciones clave del metro, decoradas con el característico lenguaje monumental de la arquitectura soviética.

[35] **Plaza de la Revolución.** Situada entre el Teatro Bolshói y el Hotel Metropol, adquirió su nombre en 1918 tras la Revolución de Octubre. En el siglo XIX el río Neglinnaya fue canalizado bajo tierra para permitir su urbanización. Desde 1993 es una amplia zona peatonal que conecta el Kremlin con el corazón cultural de la ciudad.

[36] **Kurskaya.** Estación inaugurada en 1938 como parte de la segunda línea del metro de Moscú. Su imponente diseño estalinista, con lámparas de bronce y amplios pasillos, celebraba el poder soviético. La línea circular Koltsevaya se añadió en 1950, reforzando su papel como nudo clave del transporte capitalino.

[37] **Komsomolskaya.** Inaugurada en 1952, es una de las estaciones más célebres del metro de Moscú. Su techo barroco, adornado con mosaicos de Pável Korin, celebra la resistencia histórica del pueblo ruso. Alekséi Shchúsev la diseñó como un homenaje arquitectónico a un discurso de Stalin pronunciado en 1941.

[38] **Taganskaya.** Abierta en 1950, destaca por su decoración inspirada en motivos tradicionales rusos. Sus 48 paneles de mayólica representan soldados soviéticos de la Segunda Guerra Mundial —pilotos, marineros, tanquistas— bajo

una estética barroca propia de la posguerra. En su vestíbulo se reinstaló una estatua de Stalin.

[39] **Whitehall.** Calle histórica de Londres que alberga muchas de las principales oficinas gubernamentales del Reino Unido. Su nombre se utiliza a menudo como sinónimo del propio gobierno británico y su aparato ejecutivo.

[40] **«Always a pleasure.»** «Siempre es un placer.» Expresión cortés y versátil, habitual tanto en encuentros profesionales como en conversaciones informales, que transmite cordialidad y elegancia británica.

[41] **«Come on, old friend.»** «Vamos, viejo amigo.» Expresión inglesa que transmite camaradería y confianza, habitual en situaciones donde se invita a otro a actuar con cercanía casi fraterna.

[42] **After Eight.** Delicado dulce británico creado en 1962, compuesto por finas láminas de chocolate negro con crema de menta. Asociado tradicionalmente al ritual del postre después de la cena, evoca un tipo de refinamiento discreto y casi nostálgico.

[43] **Parte Vieja de San Sebastián.** Barrio histórico situado entre el monte Urgull, la bahía de La Concha y el río Urumea. Reconocido por sus estrechas calles repletas de bares de pintxos, su vitalidad social y enclaves emblemáticos como la Plaza de la Constitución y la Basílica de Santa María del Coro.

[44] **«A great achievement.»** «Un gran logro.» Fórmula de elogio que subraya el mérito y el esfuerzo detrás de una acción destacada.

[45] **«But sensationalism sells, my dear friend.»** «Pero lo sensacionalista vende, querido amigo.» Comentario irónico que señala la atracción del público por lo llamativo frente a lo riguroso, especialmente en medios y debates públicos.

[46] **Academia del KGB / SVR.** Centro de formación de élite para agentes de inteligencia soviéticos y, posteriormente, rusos. En el imaginario colectivo

simboliza disciplina férrea, doctrina operativa y una tradición continuada de redes internas de poder.

[47] **«But Eli has always had her own judgment.»** «Pero Eli siempre ha tenido criterio propio.» Expresión que destaca la independencia de carácter y la capacidad de mantener juicio propio frente a presiones externas.

[48] **Gran Guerra Patriótica.** Término con el que Rusia y la antigua URSS designan su combate contra la Alemania nazi entre 1941 y 1945. Constituye un pilar de la memoria nacional, conmemorándose cada 9 de mayo en el Día de la Victoria.

[49] **«Matter closed.»** «Asunto concluido.» Fórmula tajante utilizada para dar por terminada una conversación, una discusión o una investigación.

[50] **«You still play with the same precision as ever, Ivan.»** «Sigues jugando con la misma precisión de siempre, Iván.» Comentario que mezcla admiración y reconocimiento hacia una habilidad mantenida a lo largo del tiempo.

[51] **Irulea**. Tienda histórica situada en la calle Mayor de San Sebastián, fundada en 1932 por Doña Manuela Barandiaran. Desde sus inicios, el negocio se convirtió en un símbolo del esmero artesanal en el ámbito textil. Hoy, su taller, transmitido de generación en generación, ha alcanzado un prestigio que traspasa fronteras y llega incluso a la realeza británica. Su trayectoria convierte a Irulea en un auténtico referente del patrimonio vivo de San Sebastián.

[52] **«Damn it!»** «¡Maldita sea!» Interjección inglesa de enfado o frustración, de tono coloquial y uso muy extendido en situaciones de tensión.

[53] **Biblioteka Imeni Lenina.** Estación inaugurada el 15 de mayo de 1935 como parte de la primera línea del Metro de Moscú. Construida bajo la calle Mokhovaya para dar servicio a la entonces Biblioteca Lenin, destaca por su bóveda singular y

el uso de mármol y cerámica. Sus mosaicos rinden homenaje a la literatura y la cultura soviética.

[54] **Conducto de ventilación BK-7.** Inscripción en ruso correspondiente a un conducto de ventilación identificado como BK-7. Indica una rejilla desmontable situada en las coordenadas 55.7602° N, 37.6590° E.

[55] **GUM.** Históricos grandes almacenes situados en la Plaza Roja de Moscú. Construidos en 1893 con una llamativa estructura de hierro y vidrio, pasaron de tienda estatal en la época soviética a convertirse en un centro comercial de lujo que mantiene su arquitectura original.

[56] **Plaza Roja.** Corazón simbólico de Moscú, originalmente espacio de mercado y celebraciones desde el siglo XV. Durante la era soviética fue escenario de desfiles militares y actos oficiales. En la actualidad es uno de los enclaves patrimoniales más reconocidos del mundo.

[57] **TsUM.** Grandes almacenes situados cerca del Teatro Bolshói, con origen en los primeros años del siglo XX. Asociados a la moda y al lujo, han mantenido su prestigio desde la Rusia imperial hasta la actualidad.

[58] **Cementerio de Brookwood.** Cementerio de Surrey inaugurado en 1854 para aliviar la saturación funeraria de Londres. A lo largo del tiempo ha albergado diversas secciones dedicadas a víctimas de la Primera y Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en un espacio de memoria histórica.

[59] **Aeropuerto Internacional Sheremétievo.** Nacido como base militar en 1957 y abierto al tráfico civil en 1959, se ha convertido en uno de los aeropuertos más importantes de Rusia y en la sede principal de Aeroflot.

[60] **Era de Leonid Brézhnev.** Periodo comprendido entre 1964 y 1982, caracterizado por estabilidad política, expansión militar y un creciente estancamiento económico. Fue una etapa marcada por la consolidación del poder burocrático y una intensificación de la Guerra Fría.

[61] **Intercambiador de Kíevskaya.** Complejo que reúne tres estaciones del Metro de Moscú junto a la terminal ferroviaria Kiyevsky. Desde los años treinta y cincuenta fue concebido como un espacio monumental para impresionar al visitante.

[62] **Parque Gorky.** Extenso parque moscovita inaugurado en 1928 como espacio de ocio popular. Tras sucesivas renovaciones, se ha consolidado como uno de los pulmones verdes de la ciudad, combinando zonas culturales, deportivas y recreativas a orillas del río Moscova.

[63] **«Would you be so kind... would you mind taking a photo of me?»** «¿Sería tan amable? ¿Le importaría hacerme una foto?» Petición educada y frecuente en situaciones cotidianas, especialmente entre desconocidos.

[64] **Teatro Bolshói.** Inaugurado en 1825, es uno de los grandes templos mundiales de la ópera y el ballet. En la era soviética se convirtió también en un símbolo institucional del poder cultural del Estado.

[65] **Arbat.** Barrio histórico de Moscú con raíces medievales, hoy célebre por su ambiente artístico y bohemio. Sus calles peatonales, cafés y artistas callejeros lo han convertido en uno de los rincones más emblemáticos de la ciudad.

[66] **Borsch.** Sopa tradicional de Europa del Este elaborada con remolacha, carne y verduras. En Rusia se asocia a la cocina casera y al clima frío, evocando una tradición culinaria profundamente enraizada.

[67] **Stroganoff.** Plato ruso del siglo XIX, atribuido a la familia Stroganov. Consiste en finas tiras de ternera cocinadas en salsa cremosa con crema agria, mostaza y cebolla, servidas habitualmente con arroz o pasta.

[68] **Jardines de Aleksandr.** Abiertos en 1821 junto a la muralla occidental del Kremlin, constituyen uno de los primeros parques urbanos de Moscú. Custodian monumentos de memoria nacional, entre ellos la Tumba del Soldado Desconocido.

[69] **Metrostroy.** Organismo creado en 1931 para construir el Metro de Moscú, concebido tanto como solución de transporte como proyecto propagandístico. Su legado incluye algunas de las estaciones subterráneas más monumentales del mundo.

[70] **Alexey N. Dushkin (1904–1977).** Arquitecto soviético célebre por varias estaciones icónicas del Metro de Moscú. Su obra combina funcionalidad con una estética monumental propia del estilo oficial de la época.

[71] **OGPU.** Policía secreta soviética activa entre 1922 y 1934. Sucesora de la Cheka y precursora del NKVD, desempeñó un papel clave en la represión política y en la consolidación del aparato de seguridad del Estado.

[72] **Canalización del río Neglínnaya.** A comienzos del siglo XIX, tras el incendio de 1812, el afluente del Moscova fue encauzado bajo una bóveda entre 1817 y 1819. Sobre su trazado se desarrollaron los Jardines de Aleksandr.

[73] **Manej de Moscú.** Gran edificio ubicado junto a la Plaza Roja, construido entre 1817 y 1825 con una notable estructura sin apoyos interiores. Funciona como sala de exposiciones y fue reconstruido tras el incendio de 2004.

[74] **GSh-18.** Pistola semiautomática rusa de diseño ligero y alta capacidad. Asociada a unidades de seguridad, destaca por su fiabilidad y por formar parte de la dotación contemporánea de varias unidades de seguridad del Estado.

[75] **Basmanny.** Distrito del centro de Moscú que combina herencia zarista, pasado industrial y capas de arquitectura soviética. Su ubicación lo convierte en zona de tránsito entre diferentes épocas de la ciudad.

[76] **Novorossiysk.** Ciudad fundada en 1838 como bastión ruso en el mar Negro. Escenario de intensos combates durante la Segunda Guerra Mundial, se consolidó posteriormente como uno de los principales puertos comerciales de la URSS y sede estratégica de la Flota del mar Negro.

[77] **Shashlik.** Carne marinada asada en pinchos, típica de Rusia, el Cáucaso y Asia Central. Su sabor ahumado y su preparación comunitaria lo convierten en un plato emblemático de reuniones al aire libre.

[78] **Interjección rusa de enfado.** Expresión coloquial equivalente a «¡Maldita sea!», utilizada para manifestar frustración o irritación en situaciones tensas.

[79] **Taganka.** Distrito histórico de Moscú con raíces artesanales y mezcla de arquitectura religiosa y soviética. Alberga el célebre Teatro Taganka y conserva una identidad cultural propia y reconocible.

[80] **Sochi.** Ciudad rusa del mar Negro famosa por su clima subtropical, sus balnearios y su valor estratégico. Su modernización se intensificó con los Juegos Olímpicos de Invierno de 2014.

[81] **Llanura del Don.** Extensa región de suelos fértiles de chernozem que, desde Vorónezh hacia el sur, se abre en una amplia estepa cerealera y de girasol. Sus horizontes despejados, el viento constante y el discurrir del río Don camino del mar de Azov definen un paisaje de enorme fuerza geográfica y simbólica.

[82] **GIBDD.** División policial rusa dedicada a la seguridad vial. Encargada del control del tráfico, la regulación de la circulación y la investigación de accidentes. Su presencia es especialmente visible en accesos urbanos y grandes avenidas.

[83] **Transportnaya politsiya.** Fuerza policial especializada en la protección de infraestructuras de transporte en Rusia. Supervisa la seguridad de estaciones ferroviarias, aeropuertos, puertos y redes metropolitanas, velando por su funcionamiento sin incidentes.

[84] **Puerto de Trabzon.** Principal puerto del noreste de Turquía en el mar Negro. Con raíces comerciales antiguas, ha sido punto clave de intercambio entre rutas euroasiáticas y puente entre continentes.

[85] **Baklava.** Postre tradicional de origen otomano elaborado con capas de masa filo y frutos secos, bañado en almíbar o miel. Su dulzor intenso y su textura crujiente lo convierten en un referente de la repostería del Mediterráneo oriental.

[86] **Mar de Mármara.** Mar interior que conecta el Egeo con el mar Negro a través del estrecho del Bósforo y los Dardanelos. Históricamente ha sido un corredor estratégico desde Bizancio y el Imperio otomano hasta la actualidad.

[87] **Pocitos.** Barrio costero de Montevideo que combina arquitectura moderna con vestigios neoclásicos. Nacido en el siglo XIX como balneario popular —su nombre proviene de los pozos excavados por lavanderas en la arena—, hoy es una zona vibrante con embajadas, cafés y una célebre rambla.

[88] **Avenida 18 de Julio.** Principal arteria de Montevideo, bautizada en honor a la Constitución de 1830. Durante décadas fue el centro social y comercial de la ciudad, aunque su dinamismo ha variado con el paso del tiempo.

[89] **SWI.** Pulsos de interferencia generados por conmutación eléctrica, utilizados para evaluar la resistencia de ciertos dispositivos a perturbaciones temporales en sus sistemas de comunicación internos. Se menciona en contextos de ingeniería y pruebas de fiabilidad.

[90] **CAN bus.** Protocolo de comunicación utilizado en vehículos y otros sistemas electrónicos para permitir que distintos módulos intercambien datos con rapidez y fiabilidad, sin necesidad de un central que coordine a todos.

[91] **Mercado del Puerto.** Mercado histórico inaugurado en 1868 en la Ciudad Vieja de Montevideo. Su estructura metálica, típica del siglo XIX, alberga hoy restaurantes y parrilladas que lo han convertido en un icono gastronómico y turístico asociado al asado uruguayo.

[92] **Tratado de Tilsit (1807).** Firmado entre Napoleón Bonaparte y el zar Alejandro I sobre una balsa en el río Niemen tras la derrota rusa en Friedland.

Consolidó la hegemonía francesa en Europa y obligó a Rusia a unirse al bloqueo continental contra el Reino Unido, además de aceptar la creación del Ducado de Varsovia.

[93] **Concilio de Nicea (325 d.C.).** Primer concilio ecuménico del cristianismo, convocado por el emperador Constantino. Definió la ortodoxia frente a doctrinas consideradas heréticas y formuló el Credo de Nicea, que afirmó la doctrina de la Trinidad y la consustancialidad de Cristo con el Padre.

[94] **Arrio.** Presbítero de Alejandría cuya doctrina sostenía que Cristo, aunque perfecto, no era eterno ni de la misma sustancia que Dios Padre. Su pensamiento —el arrianismo— fue condenado en Nicea, pero su influencia perduró durante siglos, provocando tensiones profundas en la Iglesia y el Imperio.

[95] **Second Cahier.** Expresión administrativa de origen francés utilizada para designar un segundo cuaderno o volumen complementario, normalmente destinado a ampliar, matizar o regular un texto principal ya existente.

[96] **Palermo (Montevideo).** Barrio nacido en el siglo XIX como enclave de inmigrantes y comunidades afrouruguayas. Fue epicentro del candombe y de las tradicionales llamadas. La construcción de la Rambla Sur en los años veinte alteró su paisaje costero, pero no borró su identidad bohemia y cultural.

[97] **Rambla de la Mansa.** Paseo costero que bordea la Playa Mansa en Punta del Este. Consolidado durante el desarrollo urbano del siglo XX, es hoy uno de los ejes turísticos y sociales más característicos del balneario.

[98] **Archivo General de la Nación (Uruguay).** Institución responsable de conservar y organizar el patrimonio documental del Estado. Custodia fondos históricos, mapas, fotografías y documentos esenciales para la memoria institucional del país.

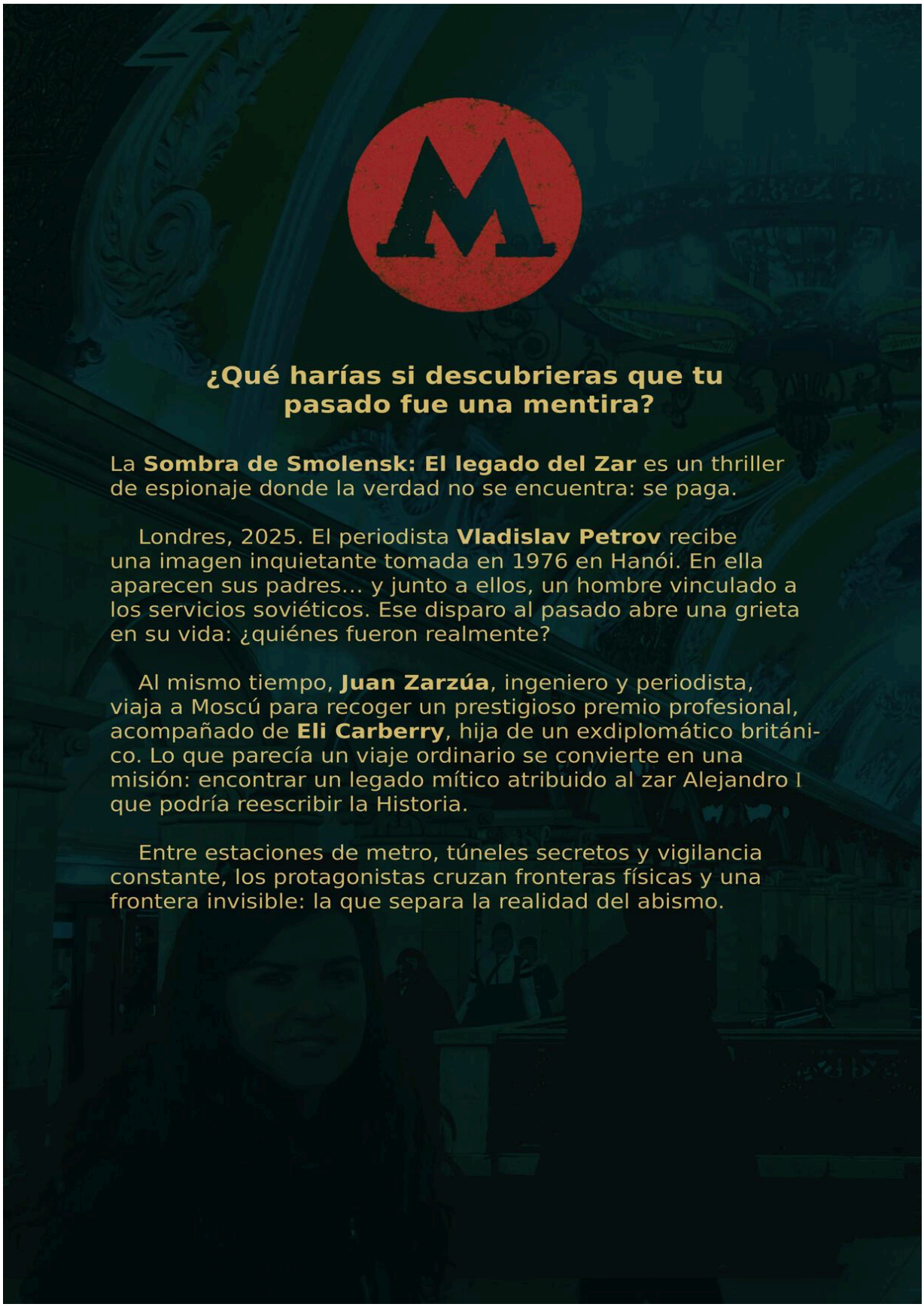
ACERCA DEL AUTOR

Héctor J. Zarzosa González



Héctor Juan Zarzosa González (Madrid) es ingeniero de caminos, canales y puertos. Ejerce como profesional del ámbito de la gestión y la consultoría, con una trayectoria vinculada al análisis de procesos, la toma de decisiones y la evaluación rigurosa de sistemas complejos. Paralelamente, desarrolla una labor docente que ha extendido al campo de la comunicación y, con esta obra, a la narrativa.

La Sombra de Smolensk es su primera novela. Combina intriga contemporánea, precisión técnica y una mirada analítica sobre los mecanismos del poder, la memoria y la responsabilidad individual. Ambientada en un contexto cercano y reconocible, la novela se apoya en una documentación exhaustiva y en una estructura narrativa cuidada, sin renunciar a la tensión ni a la profundidad psicológica de los personajes.



¿Qué harías si descubrieras que tu pasado fue una mentira?

La **Sombra de Smolensk: El legado del Zar** es un thriller de espionaje donde la verdad no se encuentra: se paga.

Londres, 2025. El periodista **Vladislav Petrov** recibe una imagen inquietante tomada en 1976 en Hanói. En ella aparecen sus padres... y junto a ellos, un hombre vinculado a los servicios soviéticos. Ese disparo al pasado abre una grieta en su vida: ¿quiénes fueron realmente?

Al mismo tiempo, **Juan Zarzúa**, ingeniero y periodista, viaja a Moscú para recoger un prestigioso premio profesional, acompañado de **Eli Carberry**, hija de un exdiplomático británico. Lo que parecía un viaje ordinario se convierte en una misión: encontrar un legado mítico atribuido al zar Alejandro I que podría reescribir la Historia.

Entre estaciones de metro, túneles secretos y vigilancia constante, los protagonistas cruzan fronteras físicas y una frontera invisible: la que separa la realidad del abismo.